



El crimen de la noche de bodas

JACINTO AMENÁBAR

PRÓLOGO DE SYLVIA SAÍTTA



Disparos
EN LA BIBLIOTECA



Salvador Cordone nació en 1903. Su nombre estuvo casi siempre enmascarado por el reconocido heterónimo de Jacinto Amenábar, un periodista y detective aficionado que actuaba como la voz, en primera persona, de los textos policiales que escribía el autor.

Destacado escritor de radioteatros, sus *Aventuras de Carlos Norton* supieron entremezclar el policial, el drama folletinesco y los trucos radiales, constituyendo un fenómeno de público. Escribió, también, una serie de cuentos titulada *Los enredos de Martin-Martin*, publicada en la revista *Tipperary* en 1937.

En los años siguientes, y hasta su retiro, se desempeñó en tareas de redacción y de escritor fantasma en diversos diarios y revistas. Su último puesto fue como secretario de redacción en el diario *Clarín*. Falleció en Buenos Aires en enero de 1974.

El crimen de la noche de bodas

JACINTO AMENÁBAR

El crimen de la noche de bodas

JACINTO AMENÁBAR

PRÓLOGO DE SYLVIA SAÍTTA



Disparos
EN LA BIBLIOTECA



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL

Jacinto Amenábar (Salvador Cordone)

El crimen de la noche de bodas / Jacinto Amenábar ; prólogo de Sylvia Saítta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2023.

276 p. ; 20 x 13 cm. - (Disparos en la Biblioteca / 2)

ISBN 978-987-728-177-4

1. Novelas Policiales. I. Saítta, Sylvia, prolog. II. Título.
CDD A863

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones BN

COLECCIÓN DISPAROS EN LA BIBLIOTECA

Coordinación: Mariano Buscaglia

Ilustración de tapa: Diego Fiorucci

Las ilustraciones de la publicación, de Héctor Bernabó, fueron extraídas de la edición original, publicada por entregas en el diario *Noticias Gráficas* entre julio y agosto de 1933.

© 2023, Biblioteca Nacional
Agüero 2502 (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gob.ar

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo	9
por Sylvia Saítta	
El crimen de la noche de bodas	23
Salvador Cordone / Jacinto Amenábar	269
Bosquejo biográfico	

Prólogo

Fue a comienzos de los años treinta, y en las páginas de dos diarios vespertinos, cuando irrumpió, de una vez y para siempre, la novela policial y popular en la Argentina, con la publicación de *El enigma de la calle Arcos*, a finales de 1932, y *El crimen de la noche de bodas. Memorias del pesquisante Jacinto Amenábar*, a mediados de 1933. Sucedió con la estridencia que ameritaba un suceso de tales características. Las dos novelas se publicaron por entregas; y con seudónimo, tanto en los diarios como muy poco después en los dos libros editados por Anaconda. Las dos sostenían que se trataba de crímenes “verdaderos”, que “realmente” habían ocurrido años antes, y se inscribían en la gran tradición del misterio del cuarto cerrado, audazmente concebido por Edgar Allan Poe en “Los crímenes de la calle Morgue” (*Graham’s Magazine*, abril de 1841), y continuado por Arthur Conan Doyle en “La aventura de la banda de lunares” (*Las aventuras de Sherlock Holmes*, 1892); por Israel Zangwill en la novela *El misterio del gran arco* (1895) y por el popularísimo Gaston Leroux en *El misterio del cuarto amarillo*, novela publicada por entregas en el suplemento literario del semanario *L’Illustration* (septiembre y noviembre de 1907) y después en libro, muy rápidamente traducido y leído en Buenos Aires por su edición en la Biblioteca de *La Nación*, en 1908.

El enigma de la calle Arcos, de Sauli Lostal, apareció en *Crítica*, entre el 30 de octubre y el 30 de noviembre de 1932, y al año siguiente, en un volumen prologado por Luis F. Diegues (*sic*), prosecretario

de redacción de *Crítica*; en su tapa, impudicamente color naranja, se aclaraba: “Primera gran novela argentina de carácter policial”. *El crimen de la noche de bodas. Memorias del pesquisante Jacinto Amenábar* se publicó en *Noticias Gráficas*, entre el 6 de julio y el 6 de agosto de 1933, y meses después también en formato libro. La identidad de sus autores fue uno de los principales enigmas durante décadas. Con respecto a Sauli Lostal se escribieron páginas y páginas: en 1962, el escritor Enrique Anderson Imbert descubrió que Borges se había referido a esta novela de manera cifrada en “El acercamiento de Almotásim” (*Historia de la eternidad*, 1936) cuando simulaba reseñar un libro aparecido “en Bombay, a fines de 1932” cuyas características remitían a *El enigma de la calle Arcos* (“el papel era casi papel de diario; la cubierta anunciaba al comprador que se trataba de la primera novela policial escrita por un nativo de Bombay City”);¹ en 1996, cuando fue reeditada por la editorial Simurg, Juan-Jacobo Bajarlía se basó en ese artículo para afirmar que el autor de la novela era Borges, dando comienzo a una polémica sobre la autoría de la novela que todavía no ha sido del todo resuelta. Bajarlía aseguraba que Ulyses Petit de Murat, codirector con Borges de la *Revista Multicolor de los Sábados* del diario *Crítica*, le había confesado que “la novela fue escrita por Borges para ensayarse en ese género”.² No obstante, y si bien es cierto que existen cruces intertextuales entre la literatura borgeana y *El enigma de la calle Arcos* —como analizaron Anderson Imbert y Gonzalo Aguilar—, esta atribución no fue demostrada.³ Tomás Giordano, en una carta de lectores enviada al diario *Clarín*

¹ Enrique Anderson Imbert, “Nueva contribución al estudio de las fuentes de Borges”, *Filología*, año VIII, nros. 1-2, 1962, pp. 7-13.

² Juan-Jacobo Bajarlía, “La enigmática novela de Borges”, *La Nación*, 19 de julio de 1997, y “La novela que Borges sí escribió”, *La Nación*, 26 de octubre de 1997.

³ Gonzalo Aguilar, “Sauli Lostal: *El enigma de la calle Arcos*”, *Proa*, tercera época, nro. 25, 1996.

en 1997, señaló que Sauli Lostal era el anagrama de Luis A. Stallo, un hombre de negocios, un “caballero itálico” a quien él habría conocido durante su niñez.⁴ Con este dato, el biógrafo de Borges, Alejandro Vaccaro, corroboró la existencia de Luis Stallo por su inclusión en guías telefónicas de la época,⁵ pero su existencia no demuestra que sea el autor de la novela, como sostuvo en su momento Fernando Sorrentino.⁶ Como si esta historia fuese un capítulo de un relato policial, algunos años después de esta polémica, en 2004 recibí un mail de Martha Blanco de Dieguez, viuda de Héctor Luis Dieguez, hijo de Luis Dieguez, prosecretario de *Crítica*, en el que me aseguraba que Luis Dieguez era el autor de la novela.⁷ Si bien no puedo afirmar la veracidad de estos datos, lo cierto es que el libro lleva como prólogo una carta de Luis

⁴ *Clarín*, 27 de febrero de 1997.

⁵ Alejandro Vaccaro, “El fin de un enigma”, *Proa*, tercera época, nro. 28, marzo-abril de 1997.

⁶ Fernando Sorrentino, “La novela que Borges jamás escribió”, *La Nación*, 17 de agosto de 1997.

⁷ Dice el mail, enviado el 2 de junio de 2004: “Dra. Sylvia Saïta: Ante todo pido disculpas por haber demorado tanto tiempo en ponerme en contacto con usted. Mi nombre es Martha Blanco de Dieguez. Soy la viuda de Héctor Luis Dieguez, hijo de Luis Dieguez, prosecretario del diario *Crítica*. En su libro *Regueros de tinta*, que disfruté mucho, en su cita 44 del capítulo 6, usted plantea el hecho de que queda abierta la polémica acerca del autor de *El enigma de la calle Arcos*. Lamentablemente, cuando su libro fue publicado mi esposo ya había fallecido, pues creo que, a usted como investigadora del tema, le hubiera brindado su testimonio. Yo conozco muy poco de la vida de quien hubiera sido mi suegro, solo algunas anécdotas de la infancia de mi esposo. A pesar de que Luis Dieguez falleció cuando su hijo tenía ocho años, tan estrecha era la relación entre ambos, que leía sus sainetes, sus versos, siempre publicados con seudónimos, y también los borradores de la famosa novela. Desgraciadamente, la esposa de Luis Dieguez se ocupó de destruir su obra después de su muerte. Todo esto me fue relatado por mi esposo en ocasión de la publicación en el diario *La Opinión* (suplemento de domingo) de una parte de la novela, donde se hacía mención a la dudosa autoría. En esa oportunidad buscé la edición de 1933 que tenía de la novela, que luego mis hijos leerían como la novela escrita por el abuelo Luis. Este es solo un testimonio familiar directo, sin elementos de prueba. Pero es algo que, desde que leí su investigación, le quería contar”. “PD: Todos los Dieguez de esta familia no llevan acento en su apellido”.

F. Diegues (*sic*) dirigida a Sauli Lostal en enero de 1933; que en el momento de su aparición, la novela le fue veladamente atribuida en una reseña de la revista *La Literatura Argentina*: “En el diario *Crítica* se publicó por primera vez esta novela policial [...] Sauli Lostal la reproduce ahora en un volumen que lleva como prólogo una nota del conocido periodista Luis F. Dieguez, uno de los más sagaces redactores de dicho diario. Dieguez, que bien podría ser el autor de la novela, se refiere a la hábil argumentación del relato...”;⁸ que Dieguez ya había convertido una investigación periodística en una obra de ficción pues había sido el autor de la obra de teatro *Sierra Chica*, basada en sus propias experiencias como periodista en el penal de Sierra Chica; que Dieguez fue uno de los periodistas que tuvo a su cargo el seguimiento del caso del asesinato del concejal Carlos Ray a lo largo de tres años en notas cuya estructura se retoma en la novela; y que Diéguez (con tilde) es el nombre de uno de los personajes de *El crimen de la noche de bodas*, la novela publicada en *Noticias Gráficas*, diario que competía día a día con los periodistas de *Crítica*.

Por su parte, el seudónimo de Jacinto Amenábar fue atribuido por los críticos —Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera, principalmente— a Alberto Cordone, director de *Noticias Gráficas*.⁹ No obstante, la intensa participación de Amenábar en los comienzos de la radio argentina, como autor del primer radioteatro policial de los años treinta titulado *Las aventuras de Carlos Norton*, develó que se trataba de Salvador Cordone, hermano menor del director

⁸ “Jacinto Amenábar, *El crimen de la noche de bodas*”, *La Literatura Argentina*, nro. 62, octubre de 1933.

⁹ Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera, *Asesinos de papel*, Buenos Aires, Calicanto, 1977.

de *Noticias Gráficas*.¹⁰ Además de la novela y del radioteatro policial, Amenábar fue también el primero en convertir una saga radioteatral en historieta policial —una historieta que, según Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno, fue la primera historieta policial ambientada en escenarios porteños—,¹¹ y el primero en publicar “folletines policiales fotográficos” en un diario masivo. Fue también columnista de *Noticias Gráficas* donde, a partir del 23 de julio de 1935, y durante más de cinco años, publicó una nota diaria sobre diferentes aspectos del mundo del delito: enigmas policiales, viejos casos policiales, comentarios de las noticias policiales del día, descripciones de las distintas prácticas delictivas de ladrones, estafadores y cuenteros.

Si bien es cierto que las dos novelas son contemporáneas, la gran novedad que inventa *Noticias Gráficas* es la de anunciar la publicación de *El crimen de la noche de bodas* convocando a los lectores a resolver el enigma y, a su vez, a participar de un concurso de grandes dimensiones: en página entera, con ilustraciones y grandes titulares, el diario proclama:

¡Usted debe descubrirlo!

El crimen de la noche de bodas no es un folletín: es el relato de un hecho ocurrido hace treinta años y que quedó, para el público, en el misterio.

El pesquisante que intervino en su investigación —ya alejado de la policía— lo evoca en sus memorias inéditas. La señora

¹⁰ Para un análisis de Jacinto Amenábar como escritor de radioteatros policiales en los años treinta, véase Sylvia Saïtta, “Policías y ladrones en los comienzos del radioteatro argentino”, *ReHiMe. Cuadernos de la Red de Historia de los Medios. Historia de los medios en América Latina*, nro. 4, verano 2015/2016, <http://www.rehime.com.ar/escritos/cuadernos/04/ReHiMeCuaderno04saittaweb.pdf>

¹¹ Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno, *Historia de la historieta argentina*, Buenos Aires, Récord, 1980, p. 29.

de... apareció muerta la noche de su boda con el Dr... ¿Quién la mató? ¿Por qué la mató? ¿Cómo la mató? El lector deberá descubrirlo por sí mismo. Las publicaciones que leerá en *Noticias Gráficas* le darán todos los elementos de juicio de que dispuso el pesquisante para descifrar el misterio. Él lo descifró. El lector debe hacerlo también.

Terminado el relato minucioso que haremos, el problema quedará sometido por unos días a concurso entre los lectores del diario.

El que acierte, enviándonos la respuesta exacta a estas tres preguntas: ¿por qué la mató?, ¿quién la mató?, ¿cómo la mató?, recibirá un juego de muebles de dormitorio, un juego de muebles de comedor.

Dentro de poco, todo el país se hará esas tres preguntas. Empezará a publicarse el 6 de julio.¹²

La publicidad que *Noticias Gráficas* da a la novela es realmente desmesurada: no solo se reiteran los avisos en páginas enteras, en los que se repiten, una y otra vez, los enigmas planteados, sino que la publicidad y la novela misma transgreden los límites del papel impreso para ocupar el éter y la calle: el primer capítulo se transmite por LR3 Radio Nacional dos días antes de que comience su publicación en el diario, a las 16:45 horas, y se repite durante los días siguientes: “Escuche hoy miércoles 5 por LR3 R. Nacional a las 23:30; LR6 R. La Nación a las 20:30; LS4 R. Porteña a las 22”.¹³ Como los premios son un juego de muebles de dormitorio y un juego de muebles de comedor de la Casa Harrods, también antes de que comience a publicarse la

¹² *Noticias Gráficas*, 28 de junio de 1933.

¹³ *Noticias Gráficas*, 5 de julio de 1933.

Usted Debe Descubrirlo:



"EL CRIMEN DE LA NOCHE DE BODAS"

no es un folletín: es el relato de un hecho ocurrido hace treinta años y que quedó, para el público, en el misterio. El periodista que intervino en su investigación -ya aliado de la policía- lo evoca en sus memorias íntimas. La señora de... apareció muerta la noche de su boda con el Dr... ¿Quién la mató? ¿Por qué la mató? ¿Cómo la mató? El lector deberá descubrirlo por sí mismo. Las publicaciones que hará en NOTICIAS GRÁFICAS le darán todos los elementos de juicio de que dispone el periodista para desdichar el misterio. El lo desdichó. El lector debe hacerlo también.

Terminado el relato minucioso que hacemos, el problema quedará sometido por unos días a concurso entre los lectores del diario.

El que acierte, enviándonos la respuesta exacta a estas TRES PREGUNTAS (A fin de simplificar el problema hemos agrupado una, contenida en nuestro año anterior).

¿POR QUE LA MATO? ¿QUIEN LA MATO? ¿COMO LA MATO?

RECIBIRA: Un Juego de Muebles de Dormitorio
Un Juego de Muebles de Comedor

Dentro de poco, todo el país se hará esas Tres Preguntas

Empezará a Publicarse el 6 de Julio

novela, el diario indica: “En una vidriera de la casa Harrods se exhibe una escena del drama, reconstruida en muñecos de cera. La observación de los personajes será siempre útil al lector que siga el desarrollo de este relato. Le recomendamos, pues, que vaya a ver a la víctima y a su esposo en la vidriera de Harrods, Florida y Córdoba”.¹⁴

Con todos estos preámbulos, el 6 de julio de 1933 comienza a publicarse por entregas *El crimen de la noche de bodas*, una gran novela policial que se inscribe, como antes se señaló, en el misterio del cuarto cerrado que, como señalan Boileau-Narcejac, es el problema por excelencia de la literatura policial porque es un escándalo lógico, el triunfo de la magia y de lo irracional, y es, a su vez, un artificio evidente, un decorado armado para realzar a un personaje cuya inteligencia lo convierte en excepcional.¹⁵ Ese personaje excepcional no es un detective, como suele suceder en la novela policial anglosajona, sino Jacinto Amenábar quien, en el prólogo, afirma que se trata del relato de los acontecimientos que lo tuvieron como protagonista cuando era un joven oficial de policía en la provincia de Buenos Aires y que se mantuvo en silencio, durante tantos años, porque los implicados en el crimen pertenecían a la elite social “y nadie quería ser el primero en echar sombras sobre sus apellidos ilustres”. Aclara también que “a fin de evitarme complicaciones enojosas con varios de los protagonistas de este desgraciado suceso, que viven aún, me permitiré cambiar algunos nombres y reservarme algunos datos que no tienen ninguna importancia para el lector”, y que sus fuentes son las copias de los partes

¹⁴ “Estos muebles serán suyos si descubre al asesino”, *Noticias Gráficas*, 9 de julio de 1933.

¹⁵ Boileau-Narcejac (Pierre Boileau y Thomas Narcejac), *La novela policial*, Buenos Aires, Paidós, 1968. Traducción de Basilia Papastamatíu.

policiales, sus propias anotaciones, algunos pocos recortes de periódicos y, sobre todo, su memoria, que le permite “referir con exactitud lo acontecido”. En este comienzo se cifra, premonitoriamente, uno de los principales rasgos del policial argentino: el de develar crímenes cometidos por la clase dirigente, amparados por el aparato del Estado.

La acción transcurre hacia mil novecientos. Elvira Costa, una joven recién casada con el doctor Ramiro Ortúzar, aparece muerta en el escritorio de una casa de campo en Villa Ballester, totalmente cerrada por fuera; al comienzo, todos piensan que se suicidó, pero con el correr de la investigación y la aparición de algunos otros muertos, se sabe que se trató de un asesinato. Quién la mató, cómo la mató y por qué la mató son las preguntas que encadenan una precisa y entretenida trama policial cuyo desenlace, al que se arriba siguiendo los métodos de la investigación policial, no se adelantará en estas páginas preliminares.¹⁶

Entre la penúltima entrega y la publicación del final de la novela, transcurren varios días, a lo largo de los cuales el diario recibe miles de cartas de lectores que envían el resultado del enigma planteado para participar del tan prometido concurso. Lo notable es que, durante esos mismos días, sucede un crimen real: “el asesinato del millonario Álzaga”, de gran resonancia pública. El diario informa en tapa y páginas interiores, con dibujos y muchas notas, los avances en la investigación del asesinato bajo el título “¿Quién mató al millonario Álzaga?” mientras continúa invitando a los lectores a participar del concurso.¹⁷ Los modos de presentar la información son los mismos y por momentos no se sabe si se

¹⁶ Para una lectura de *El crimen de la noche de bodas* en el marco de la historia del policial argentino, véase Ezequiel de Rosso, “Lectores asiduos y viciosos: la emergencia del caso policial en la ficción”, en Celina Manzoni (dir.), *Rupturas. Historia crítica de la literatura argentina*, tomo 7, Buenos Aires, Emecé, 2009.

¹⁷ *Noticias Gráficas*, 4 de agosto de 1933.

está hablando del asesinato ficcional o del asesinato real. Tanto es así que, cuando un aviso publicitario de una radio dice, en un recuadro que ocupa un cuarto de página: “El descubrimiento del crimen... lo puede Ud. saber teniendo en su hogar uno de nuestros aparatos de Radio Astral”,¹⁸ no se sabe de qué crimen se habla: si del crimen real del millonario Álzaga o del crimen ficcional de Elvira Costa. El borramiento de los límites entre realidad y ficción aumenta con el paso de los días: el diario titula indistintamente sus notas diciendo “Descubra al asesino de Elvira Costa”,¹⁹ o “¿Se sabrá hoy quién mató a Álzaga?”,²⁰ e hilvana los dos asesinatos en una misma serie: “El asesino de Álzaga no ha aparecido pero el próximo jueves 17 *Noticias Gráficas* publicará en todas sus ediciones la última parte de *El crimen de la noche de bodas* en la que el señor Jacinto Amenábar dice: Quién mató a Elvira Costa, cómo la mató y por qué la mató”.²¹ Esta confusión llega a su clímax el día anterior a la resolución del caso ficcional; en tapa, se anuncia: “Mañana el señor Jacinto Amenábar dice: Quién mató a Elvira Costa, cómo la mató y por qué la mató”, pero, debajo de ese gran título, sobre tres fotografías de la casa del millonario Álzaga, dice: “El escenario del crimen de la calle Charcas, todavía rodeado de misterio. El juez doctor Moreno dará esta noche la resolución”.²²

Resuelto el enigma, con la publicación de su última entrega, la novela continúa generando información durante varios días:

¹⁸ *Noticias Gráficas*, 11 de agosto de 1933.

¹⁹ *Noticias Gráficas*, 10 de agosto de 1933.

²⁰ *Noticias Gráficas*, 12 de agosto de 1933.

²¹ *Noticias Gráficas*, 13 de agosto de 1933.

²² *Noticias Gráficas*, 16 de agosto de 1933.

el 26 de agosto, se anuncia que Anaconda editará el libro;²³ el 31 de agosto, se publica la nómina de las personas que acertaron en sus respuestas, entre quienes se realizará el sorteo de los muebles; el 1º de septiembre, se anuncia el nombre de la ganadora, Pilar Sáenz, “una mujer ‘detective’ no es cosa frecuente entre nosotros; pero el problema de *El crimen de la noche de bodas* interesó a todos los lectores —hombres y mujeres— [...] Tiene pues su premio la primera ‘detective’ argentina”.²⁴

Este juego entre verdad y ficción propuesto por *Noticias Gráficas* se radicaliza en la respuesta de *Crítica*, que, como su competidor, pasa a informar los casos policiales verdaderos haciendo uso de los mismos procedimientos que *Noticias Gráficas* incorporó en la publicidad de su novela ficcional. Por lo tanto, en el crimen del millonario, al que *Crítica* bautiza como “El crimen de la calle Charcas” —en obvia referencia a la novela *El crimen de la noche de bodas*—, como ni los diarios ni la policía aciertan con una explicación plausible, llama a sus lectores a colaborar en la resolución del caso. Como el crimen “parece una novela de Conan Doyle, no un hecho real” porque hasta el momento “es un crimen perfecto”, *Crítica* convoca a los lectores con titulares que provocativamente remiten a los anuncios de la novela que en esos mismos días está publicando *Noticias Gráficas*: “Lector, ¿cuál es su hipótesis? ¿Quién mató al millonario Álzaga? ¿Qué

²³ “Muchos lectores no han podido seguir desde un principio el relato, por diversas circunstancias, y se conformaban con leer el sumario de lo publicado anteriormente, arrancando de ahí, atraídos por el gran interés de la relación del pesquisante Amenábar. Otros han debido interrumpir en algunos números la lectura porque el creciente interés del público por *Noticias Gráficas* hizo en muchas ocasiones difícil la obtención de ejemplares de ediciones que el público agotó a poco de salidas a la venta”, *Noticias Gráficas*, 26 de agosto de 1933.

²⁴ *Noticias Gráficas*, 1º de septiembre de 1933.

móviles indujeron al crimen? Mande Ud. su opinión a *Crítica*".²⁵ El diario reproduce las cartas de los lectores y, una vez resuelto el caso, *Crítica* reconstruye las "escenas culminantes del crimen" perfeccionando su propio sistema al incorporar a actores profesionales en la puesta en escena.

Entre ficción y realidad entonces, la novela policial argentina irrumpe como producto de varios cruces: entre la crónica policial, el relato de enigma y el aviso publicitario; entre un discurso periodístico que se propone como verdadero y la ficcionalización de ese mismo discurso periodístico; entre periodistas y escritores en el periodismo de comienzos del siglo xx. Este diálogo entre género policial y periodismo popular será una constante en la narrativa argentina, y está en la base de una de las vertientes de la novela popular que se consolida en los años cincuenta, cuando el policial se convierte en uno de los géneros de mayor masividad. A su vez, estas novelas abren una línea dentro de la novela popular que se caracteriza por estar escrita por periodistas profesionales que convierten en ficción casos policiales realmente existentes, ajustando las tramas a las convenciones del género, un género que a comienzos de los años treinta está demostrando —o está comenzando a demostrar— su inmensa popularidad.

En la tensión —o la abierta discusión— con esta popularidad del género policial —con este *bestsellerismo* del policial— se escribieron muchos de los mejores textos de la literatura argentina: desde el final de *Los siete locos / Los lanzallamas* de Roberto Arlt, que incorpora al cronista policial de *Crítica* para diferenciar periodismo de ficción, hasta la no-ficción de Rodolfo Walsh, pasando por las operaciones de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares en los años cuarenta, cuando se proponen cambiar

²⁵ "Lector: ¿Cuál es su hipótesis? ¿Quién mató al millonario Álzaga? ¿Qué móviles indujeron al crimen? Mande Ud. su opinión a *Crítica*", *Crítica*, 4 de agosto de 1933, tapa.

el circuito de lectura del policial desplazándolo del kiosco y las desmesuradas páginas de los diarios a la biblioteca y la tan cuidada y prolija colección Séptimo Círculo. Se trata *del otro lado* del policial, que no es el relato policial clásico de racionalidad inglesa, sino el que circuló en torpes ediciones populares y afianzó una fórmula literaria que encontró en la narración del crimen y en los artilugios del periodismo popular algunos de sus procedimientos más duraderos.

Sylvia Saítta

El crimen de la noche de bodas

Memorias del pesquisante Jacinto Amenábar



A manera de prólogo

La palabra “misterio” está gastada. La han empleado tantas veces los periódicos y el público mismo en el comentario de algunos hechos de índole policial, que hoy, para que conserve toda su fuerza de expresión, es preciso endilgarle algún adjetivo: “impenetrable”, “absoluto”, “insondable”, u otro por el estilo. Pero estoy seguro de que ningún suceso se presentó a la consideración de la policía argentina en forma más sencillamente misteriosa que el que narro en este libro.

Nada tiene que ver esto, desde luego, con una novela policial, aunque el simple relato de los acontecimientos en que me tocó actuar habría servido de tema para un libro magnífico, para alguien que manejara la palabra escrita mejor que yo.

El misterio a que me refiero envolvió el cadáver de una mujer joven, de una hermosa muchacha que cayó con el pecho perforado por una bala de revólver pocas horas después de haber contraído enlace y vistiendo todavía el blanco traje de la ceremonia nupcial.

Cuatro funcionarios policiales se enfrentaron al misterio. Tres de esos funcionarios eran hombres experimentados en la aclaración de delitos, inteligentes, astutos, sagaces y de un amor propio profesional que nunca los había hecho darse por vencidos ante ningún obstáculo. Pues bien: a los tres —entre los cuales se contaba el comisario Mario Navarro, hoy difunto— los he visto dejarse caer en sendas sillas de la comisaría de Villa Ballester,

pintada en sus caras la expresión del desaliento y del fracaso, y exclamar uno a uno:

—¡Eso no tiene explicación posible!

“Eso” era la muerte de Elvira Costa; “eso” era el misterio. Misterio auténtico, mil veces más perturbador que el que rodeó ciertos crímenes famosos, el de Gartland o el de Ray, por ejemplo.

Tres sabuesos policiales se habían estrellado contra el misterio; ni siquiera conjeturas lógicas pudieron hilvanar para explicarse de algún modo el trágico suceso, cuando el cuarto policía que se abocó al asunto, un pobre oficialillo desconocido, halló la clave que dio luz, finalmente, a tanta sombra.

Ese pobre oficialillo desconocido era yo. Sin falsa modestia, declaro que considero muy valiosa la investigación realizada por mí en aquella oportunidad. Y si mi mala estrella impidió que me destacara entre mis compañeros y me consagrara como un buen “detective”, hoy este libro, después de más de treinta años de acaecida la muerte de Elvira Costa, me brinda en cierto modo la oportunidad de reivindicarme como buen policía. No he podido menos que referirme a mi mala estrella. Perdonarán ustedes, entonces, que haga aquí una pequeña referencia a mi persona para explicar cómo la fatalidad se cebó en mí.

Era yo, en la época en que ocurrieron los hechos que voy a narrar, un muchacho tan poco habituado a actuar como oficial de policía de la provincia de Buenos Aires que llegué hasta dejarme olvidado sobre una mesa, en cierta ocasión, la única arma que solía usar: un revólver, ¡y eso al salir con varios compañeros a perseguir a un grupo de maleantes! Pero, al decir de todos los policías experimentados que me trataron entonces, yo “llegaría lejos”. Tenía grandes aptitudes para distinguirme como un pesquisante de excepción. Y la primera vez que se me brinda una buena oportunidad de poner en evidencia mis condiciones, frente al suceso más misterioso, creo, que haya ocurrido en el

país, y en cuya aclaración triunfo después de ímproba labor, se echa tierra al asunto, ¡y mis propios superiores me aconsejan que lo olvide!

Es que los protagonistas del trágico hecho pertenecían a la “elite” social de Buenos Aires y nadie quería ser el primero en echar sombras sobre sus apellidos ilustres. La muerte de Elvira Costa, misterio impresionante que debió apasionar, en su hora, a todo el país, pasó así casi inadvertido, mientras los periódicos se lamentaban de “la repentina desaparición” —no hablaban de suicidio ni de crimen— de tan prestigiosa figura social.

Voy a narrar en estas páginas el hecho, con todos sus pormenores, a fin de que llegue a ser conocido por el público en la misma forma, exactamente, como lo conocí yo cuando llegué a resolver el misterio que lo envolvía.

A fin de evitarme complicaciones enojosas con varios de los protagonistas de este desgraciado suceso, que viven aún, me permitiré cambiar algunos nombres y reservarme algunos datos que no tienen ninguna importancia para el lector.

Esta narración se ajusta rigurosamente, en lo demás, a los hechos. Copias de partes policiales, anotaciones mías, recortes de periódicos —a decir verdad, poco útiles me han sido estos— y, sobre todo, la memoria, que todavía no me falla, me han servido para referir con exactitud lo acontecido.

Pero antes de dar comienzo al relato, se me permitirá una última mención a mi mala estrella. Pocos meses después de acaecida la muerte de Elvira Costa, fui comisionado para detener a un peligroso delincuente cuyo apodo quizá recuerden las personas de mi edad: el Brasileiro. En dos días descubrí dónde estaba. Se había refugiado en un rancho de Caseros, y al ir yo a detenerlo con un par de agentes, nos recibió a balazos. Mis acompañantes contestaron manejando sus revólveres, hasta que el Brasileiro cayó frente a la puerta del rancho. A pesar de que aún se movía en el

suelo, no quise que lo ultimaran y ordené que cesara el fuego. Me adelanté empuñando el revólver y gritando:

—¡Entregate, Brasileiro! No luchés más...

Pero el Brasileiro muriéndose era peligroso como un toro de lidia, y me lanzó su última cornada: tres balazos, que recibí en la pierna derecha. En la pierna derecha, que llevo desde entonces arrastrando como si no me perteneciera y que quebró las mejores esperanzas de mi vida.

J. A.
Julio de 1933

1

Una pareja feliz

El atrio de la iglesia de Santo Domingo desbordaba de grupos curiosos. Alrededor de los lacayos, que lucían con orgullo sus libreas adornadas de oro, se reunían las sirvientas, los dependientes de los negocios próximos, ruidosos enjambres de niños, transeúntes que detenían el paso; y en todos los balcones y puertas de la vecindad, las mujeres se asomaban, ansiosas por no perder un detalle del espectáculo. En lo alto de sus pescantes o de pie junto al tronco de inquietos caballos y acariciándolos con suaves palmadas en las ancas, estaban los cocheros, hablando hasta por los codos y contestando gustosos a las preguntas que sin cesar se les formulaban. Abriéndose un claro en el gentío, a fuerza de codos y con la colaboración de dos ayudantes, un fotógrafo montaba la enorme máquina junto al cordón de la acera, cubriéndose luego la cabeza con un paño negro y oprimiendo una y otra vez, como ensayo, la perilla de goma, después de haber enfocado laboriosamente el lugar por donde aparecerían los novios. La sola presencia del fotógrafo y su visible nerviosidad indicaban con elocuencia la importancia del acto que se realizaba en la iglesia.

Música de Mendelssohn llegaba desde adentro.

Un jovencito exhibía a varios amigos, con cierto orgullo y hablando ruidosamente, la larga lista de las personalidades que se hallaban en ese momento en el templo, lista que encabezaba el nombre del vicepresidente de la República. Estaban en Santo

Domingo, sin duda alguna, las figuras de mayor prestigio social de Buenos Aires.

Los periódicos se habían ocupado con antelación del casamiento que se estaba efectuando. La fotografía de Elvira Costa había aparecido en diarios y revistas con epígrafes afectuosos, en los que se elogiaba su belleza, su simpatía personal, su educación exquisita. En realidad, no se decía de ella sino lo que suele decirse siempre de las novias en circunstancias tales. No ocurría lo propio con el que iba a ser su esposo. Es que el Dr. Ramiro Ortúzar, catedrático de la Facultad de Medicina, altamente considerado en el país y en el extranjero por la importancia de sus investigaciones científicas, propietario de varios grandes establecimientos de campo, muy adinerado y vinculado a la mejor sociedad porteña, merecía el elogio periodístico, y los periodistas no se lo habían escatimado.

Hubo un revuelo en el gentío: los novios abandonaban el templo. Elvira Costa estaba más hermosa que nunca: la emoción le había coloreado las mejillas y los ojos le brillaban mucho, con un brillo de fiebre. Era rubia, de grandes ojos y labios finos. Temblaba ligeramente y se apoyaba, al andar, en el brazo de su esposo. Este era alto, recio, bien plantado.

Formaban una hermosa pareja, indudablemente.

Subieron al lustroso cupé. No había nadie, entre los presentes, que no les envidiara un poco su felicidad.

Sonaron los cascos de los caballos sobre el empedrado.

¿Quién iba a sospechar, entonces, que sobre el coche en marcha, alrededor de la pareja feliz de los recién casados, se cernía la sombra de una tragedia inminente?...

2

La Madreselva

Esto no es, lo he dicho ya, una novela. En los párrafos precedentes no he hecho otra cosa que repetir, casi con las mismas palabras, un artículo aparecido en la más prestigiosa revista porteña de entonces. Y como no es una novela, debo hacer aquí un pequeño paréntesis en el relato, a fin de que los lectores tengan una idea exacta del lugar donde se desarrolló el drama. Fue en La Madreselva, casaquinta del Dr. Ramiro Ortúzar, ubicada en Villa Ballester, elegida por los recién casados para pasar su luna de miel y adonde se dirigieron directamente desde la iglesia de Santo Domingo.

La Madreselva era un cuadrado de tierra de 150 metros por lado, aproximadamente, con frente a dos caminos paralelos: el que quedaba a espaldas de la casa-habitación, que corría junto a los rieles del ferrocarril, y el que quedaba frente a la casa, más importante y mejor conservado que el anterior. Rodeaba toda la propiedad un alto alambrado coronado de púas, que las madreselvas cubrían casi por completo. Dos puertas tenía el cerco, dando una a cada camino. A ambos lados de la propiedad, extensos terrenos baldíos.

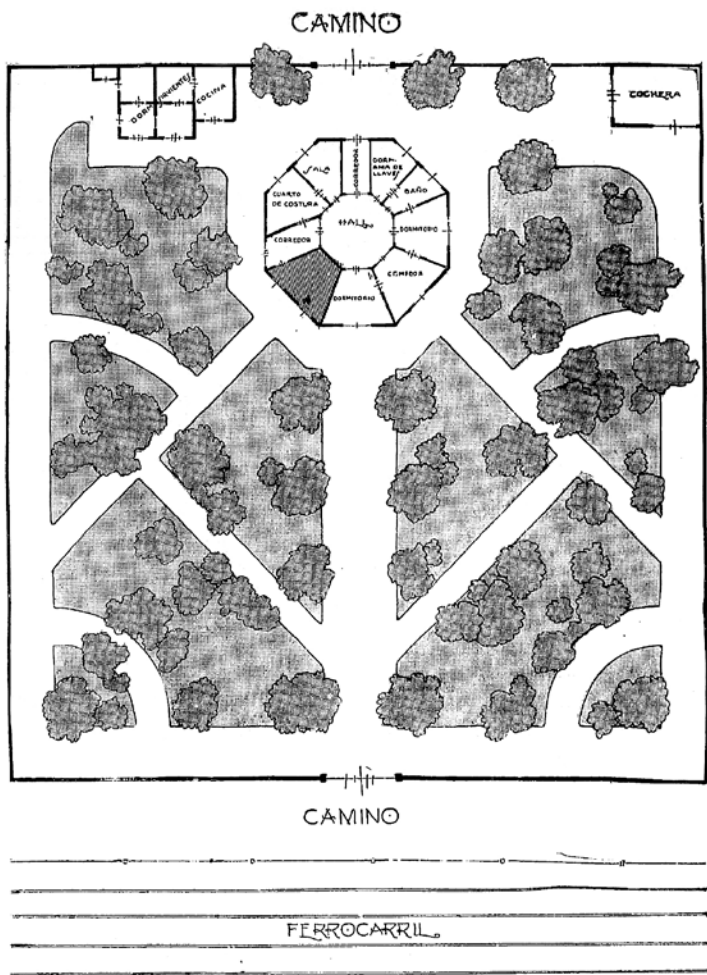
A pocos metros del alambrado que limitaba la propiedad con el camino principal, en su parte media, se alzaba la casa, chata y extendida. Tenía la forma de un octágono regular. La puerta principal estaba situada frente a la del cerco. En el lado de la casa, paralelo al flanco izquierdo de la propiedad, se abría la otra puerta.

Las habitaciones estaban dispuestas en la forma que puede verse en el plano. Todas tenían ventanas al exterior y estas eran enrejadas.

A ambos lados de la casa, junto al camino principal, estaban las habitaciones de los criados, a la izquierda, y la cochera, a la derecha.

Un magnífico jardín, con abundantes paraísos y algunos eucaliptos que sombreaban los caminos, rodeaba el edificio.

En ese escenario cuatro policías nos asomamos al misterio.



Este es el plano de la casa quinta del doctor Ramón Ortúzar, escenario del misterioso crimen que hemos empezado a relatar ayer. La habitación grisada, en la planta de la casa, es el escritorio del doctor Ortúzar, donde fue encontrada muerta su esposa.

Una muerte en La Madreselva

En la comisaria de Villa Ballester estábamos abrumados de trabajo. Los numerosos salteadores, ladrones y rateros del entorno no nos daban tregua. Hacíamos un gran esfuerzo, nos multiplicábamos trabajando día y noche, sin descanso, durante una semana o dos, arreábamos una cantidad de delincuentes hacia los calabozos, y en cuanto nos tumbábamos a descansar, nos llegaban noticias de nuevos crímenes, de nuevos asaltos, de nuevos robos. Aparecían los maleantes como las ranas en el campo después de ciertas lluvias. Poco podíamos contra ellos, porque pocos éramos nosotros.

En uno de esos momentos de desaliento que cortaban de cuando en cuando mi entusiasmo juvenil por la lucha contra los delincuentes, en la noche de un 15 de diciembre, un peón de La Madreselva llegó hasta la comisaría para comunicarnos que la esposa de su patrón acababa de ser encontrada muerta de un balazo en el pecho. “La pobrecita se había matado, Dios sabría por qué, sin cambiarse siquiera su vestido de novia”.

El primero en levantarse fue el comisario Navarro. Él no conocía el cansancio ni el desaliento. Se puso la gorra, recogió la fusta de sobre el escritorio y me hizo una seña con la cabeza.

Salimos después de ordenar que comunicaran el hecho al médico de la repartición.

Los caballos ya estaban ensillados.

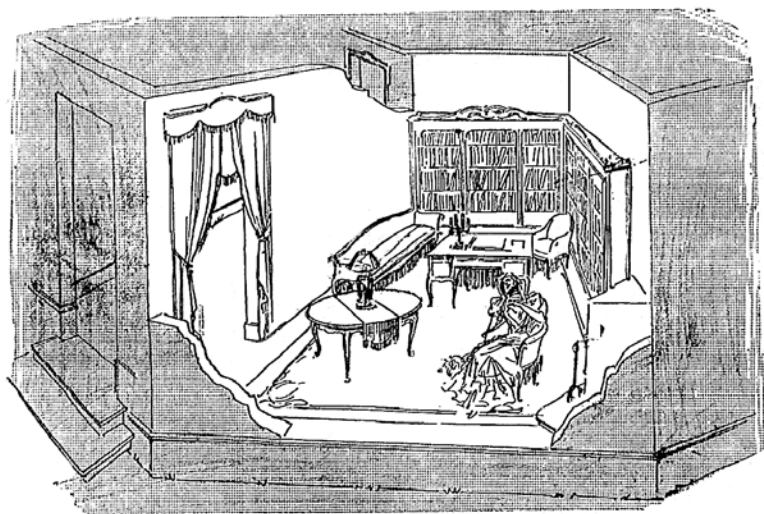
Navarro, el sargento Fernández, dos agentes y yo —¡casi todo el personal de la comisaría!— marchamos al trote y en silencio detrás del peón que nos había traído la noticia. La personalidad del doctor Ortúzar, el vecino más prestigioso de la localidad, justificaba aquel despliegue de fuerzas. Por lo demás, si en La Madreselva había ocurrido un crimen, deberíamos efectuar una batida por los contornos y estar preparados para todo evento.

Chapaleamos barro durante diez minutos.

Desmontamos en la puerta de La Madreselva sobre el camino principal, mientras los perros nos rodeaban ladrando furiosamente.

Un agente quedó allí a cargo de los caballos, con orden de no dejar entrar ni salir a nadie. El otro agente fue destacado de guardia en la otra puerta, con la misma consigna.

Varias personas salieron a nuestro encuentro en la oscuridad del jardín, llenas de zozobra. Nos guiaron hasta la puerta lateral de la casa, sobre la cual colgaba un farol. Entrando por ella dimos un par de pasos por un corredor mal alumbrado y hallamos a nuestra derecha otra puerta, abierta: la del escritorio del doctor Ortúzar. Era una habitación amplia, con forma de trapecio regular, con dos ventanas al jardín, a la sazón cerradas con tranca. Dos paredes —la opuesta a las ventanas y la opuesta a la puerta por donde nos asomamos— estaban cubiertas por estantes llenos de libros. Una amplia mesa escritorio, un sofá adosado al muro, una mesilla, desde la cual una lámpara de queroseno competía con su débil luz tamizada por una pantalla opalina con los reflejos dorados del fuego de la estufa, y varias sillas: esto lo vi de una ojeada. Pero delante nuestro estaba lo más importante: el cadáver de Elvira Costa. Se hallaba sentada en un sillón, dándonos la cara. Tenía la cabeza echada hacia atrás, el rubio cabello perfectamente peinado y los ojos cerrados, como si durmiera; pero el rostro estaba contraído en un gesto de dolor y



de miedo. Su vestido —el mismo blanco vestido de novia usado pocas horas antes en la ceremonia de Santo Domingo— se hallaba oscurecido por una gran mancha de sangre que había brotado del pecho, de una herida que la mano izquierda, crispada, oprimía aún. El brazo derecho estaba colgante, con la mano entreabierta, como si la muerte le hubiera quitado algo que retenía en ella. Y en el suelo, de ese mismo lado, un manojo de flores recién cortadas y un revólver oscuro.

Había humo de pólvora en la habitación.

El corazón se me encogió al darme cuenta del hondo silencio que rodeaba a la muerta.

El doctor Ortúzar estaba de pie en medio de la habitación, inmóvil como una estatua, con la mirada sin expresión, fija en la enorme mancha que empurpuraba el vestido de Elvira Costa. Al advertir nuestra presencia, no cambió de postura, pero murmuró como dirigiéndose a nosotros:

—¡Pobrecita!...

Ahogó un sollozo, sacudiendo con rabia la cabeza.

—¡Y yo, verla morir y no poder auxiliarla! ¡Qué poca cosa es la ciencia!, que no me ha permitido prolongar un solo minuto su vida...

Navarro dio un paso dentro de la habitación. Sin saludar —¿qué falta hacían allí los saludos?— dijo con voz serena, pero que transparentaba una emoción sincera:

—Siento mucho lo ocurrido, doctor. Lo siento por la señora —con el mentón señaló a la muerta— y por usted. Ahora procuro serle útil a usted de la mejor manera...

—Gracias —repuso Ortúzar.

Navarro era un policía en cuerpo y alma. Comprendía la gravedad del momento, pero necesitaba proceder enseguida, porque los minutos, en ciertas circunstancias, pueden tener el valor de horas. Volvió a hablar:

—Doctor, querría preguntarle algo. ¿Quiere tener usted la gentileza de acompañarme a cualquier otro lugar de la casa, durante un par de minutos?

El doctor Ortúzar levantó la cabeza; parecía haber envejecido repentinamente, hasta el punto de que, en su rostro descolorido, las arrugas aparecían como profundos surcos. Nos miró un instante sin hablar y exclamó luego, primero con un dejo de indignación, pero enseguida con mucha pena:

—¿Qué quieren preguntarme? ¿Qué quieren averiguar? ¿O no saben todavía que la pobrecita se ha matado?

Navarro abrió la boca para contestar, cuando el estampido de un balazo nos estremeció a todos. Habían hecho fuego en el jardín. Un chillido histérico de mujer llegó de no sé dónde. Como una tromba nos lanzamos fuera Navarro, Fernández y yo.

La voz del agente que estaba de guardia en la puerta posterior de La Madreselva nos llegó desde la oscuridad:

—¡Cuidado! Está escondido entre los árboles...

Empuñamos nuestros revólveres. Descolgué el farol que pendía sobre la puerta y, alumbrándome el camino con él, empecé a buscar entre los árboles, con esa inquietud febril que da la conciencia del peligro. Navarro y Fernández me seguían.

Inesperadamente, me hallé frente a un hombre acurrucado al pie de un árbol.

—¡No tiren, por favor! —gritó.

No tenía armas y estaba andrajosamente vestido. Lo llevamos a la casa para interrogarlo. Él, entretanto, seguía hablando en mal castellano:

—Yo no he hecho daño a nadie. Quería solamente irme por la puerta trasera y el vigilante me hizo fuego. ¡No sé cómo no me mató!...

El Alemán

—¿Cómo te llamás y qué hacías en La Madreselva? Estábamos en el hall de la casa, interrogando al detenido. Lo habíamos sentado junto a la luz, para verle bien la cara. Era un hombre alto, corpulento, de cabellera enmarañada y bigote y barba sin afeitar, por lo menos desde un mes atrás. Sus ojos claros no aguantaban nuestras miradas escudriñadoras y se movían sin cesar, como los de una bestia acorralada que busca un claro entre sus enemigos para intentar la fuga. El gesto que le torcía la boca era el único detalle de su fisonomía capaz de transparentar instintos encanallados. “Es muy listo —pensé— y no se dejará atrapar a preguntas como lo atrapamos en el jardín”.

Navarro repitió:

—¿Cómo te llamás y qué hacías en La Madreselva?

—Me llaman el Alemán.

Una pausa.

—¿Y qué hacías en La Madreselva?, he dicho.

—Nada...

—¿Cómo, nada?

—¿Y qué quería que hiciera, con la pierna como la tengo?

—A ver...

Nos levantamos a examinarlo. Los andrajos de sus pantalones le ocultaban varios desgarramientos en el muslo izquierdo, de los que manaba algo de sangre. Recién entonces reparé en la

palidez cadavérica del Alemán. Gran parte de sus ropas estaban empapadas en sangre.

Me arremangué la camisa y pedí a voces, desde el corredor, a los sirvientes de la casa, que se mantenían cuchicheando en la oscuridad del jardín, que me trajeran agua y elementos para curar al herido. Mientras aguardaba, terminé de desgarrarle el pantalón y le examiné atentamente las heridas.

—¿Con qué se las hizo? —interrogué.

—Fue al caerme...

—¿Dónde?

—En el camino, hace un rato... Contra un montón de vidrios... Era evidente que mentía.

—¿Para qué entró en la casa, entonces?

—Para pedir ayuda.

—¿Por dónde entró?

—Por la puerta principal, después de que ustedes la dejaron abierta.

—¡No puede ser! —interrumpió Navarro, impaciente, porque el Alemán estaba mintiendo a ojos vistas—. En esa puerta también hay un agente de guardia.

—No digo que no, pero yo no lo he visto, y él, sin duda, tampoco me ha visto a mí.

Ansioso por hacerlo incurrir en contradicciones, Navarro siguió preguntando:

—¿Qué fue lo primero que hiciste al entrar?

—Primero me dirigí a la casa. Pero después tuve miedo de ustedes, de que me arrestaran, confundíendome con un ladrón, y quise escaparme por la puerta del fondo. Pero allí había un vigilante de guardia. Al verme, se asustó más que yo, y sacó el revólver y me hizo fuego. No sé cómo no me agujereó la cabeza...

Una anciana pequeña, muy erguida y movediza como un ratón, entró en el hall, trayéndome los elementos de cura que había pedido. Después supe que se llamaba Ana Grimaux y que era el ama de llaves de La Madreselva. Al ver al Alemán, dio un chillido semejante al que habíamos escuchado momentos antes, inmediatamente después de que sonara el balazo en el jardín. Pero reaccionó enseguida y sonrió con aire de misterio. Sin decir una palabra, dejó lo que había traído sobre la mesa y se retiraba ya, examinando disimuladamente al detenido, cuando Navarro la tomó de un brazo:

—¿Usted conoce a este hombre? —preguntó con tono rudo.

La anciana seguía sonriendo, con una expresión de tanta felicidad, de tanto regocijo interior, que desconcertaba. No se dignó contestar.

El Alemán detuvo un instante en ella sus ojos inquietos y se sobresaltó.

—Usted conoce a este hombre —exclamó con energía Navarro— y le ruego que me conteste. ¿De dónde lo conoce? ¿Sabe usted cómo entró en La Madreselva?

La anciana seguía sonriendo. Había algo raro en su sonrisa, algo inexplicable. Por fin abrió la boca:

—¡Claro que lo conozco! Como que ayer estuvo a pedir trabajo y hoy se pasó todo el día rondando la quinta... ¡Pero se salió con la suya!...

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Que qué quiero decir? ¿O ustedes no se dan cuenta de lo que ha hecho? ¿Por qué están ustedes aquí, entonces? —Y prorrumpió en una carcajada larga, desgarrada, que parecía el ruido de cristales que se rompen. Recién entonces nos dimos cuenta de que esa mujer tenía el juicio trastornado.

—¡Cállese, bruja, cállese! —barbotó el Alemán.

La anciana se volvió hacia él, sin perder su sonrisa feliz, que distendía su cutis de niño.

—¡Pero, señor!... —exclamó—. Si yo no le guardo rencor alguno. Al contrario... Si usted no lo hubiera hecho hoy, a lo mejor lo hacía yo mañana o pasado...

El Alemán hacía esfuerzos inauditos por contenerse. Con los ojos fuera de las órbitas, la boca contraída en un gesto terrible, repetía con voz sorda:

—¡Bruja!... ¡Bruja!... ¡Bruja!

Navarro tenía aún a la anciana del brazo, mientras esta, con gesto irónico, tarareaba una canción.

La situación no podía ser más embarazosa. ¿Sacaríamos algo en limpio de todo aquello?

En ese momento entró en el hall, andando despaciosamente, el doctor Ortúzar. Miró con extrañeza a su alrededor, con la expresión de quien acaba de despertar. Creo que ni el balazo había escuchado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Navarro terminó una relación sucinta de lo ocurrido, con estas palabras:

—... Y detuvimos a este hombre, que, a pesar de lo que declara, algo debe saber del desgraciado suceso.

El médico hizo un gesto de impaciencia.

—Pero, ¿acaso no saben ustedes que la pobrecita se mató?... —Se serenó un tanto, agregando—: Mejor es que les explique detalladamente cómo ocurrió el hecho. De la iglesia, enseguida de contraer enlace, vinimos directamente a aquí. Nos acompañó un grupo de personas de nuestra mayor intimidad, a quienes mi esposa y yo hicimos entrar casi a la fuerza, ofreciéndoles, en el comedor, masas y champaña. Se retiraron hace una hora u hora y media. Elvira y yo quedamos solos, en este mismo hall, durante un buen rato. Conversando

cariñosamente, acordamos renunciar a la cena; pero antes de retirarnos a nuestra habitación, quiso la pobrecita traer algunas flores del jardín, seguramente con la secreta intención de que ellas adornasen su cadáver...

Hizo una breve pausa. Lo escuchábamos atentamente. Navarro se mordía los labios por no formular preguntas que pugnaban por escapársele. Ortúzar continuó diciendo:

—Le dije que la noche estaba oscura para buscar flores en nuestro jardín, y me repuso que la luz del farol de la puerta le bastaba. Cuando ella salió, llamé a mi ama de llaves —esta anciana que acaba de conversar con ustedes— y le dije que avisara a los sirvientes que mi esposa y yo no íbamos a cenar. Aguardando a Elvira, estuve durante unos diez minutos en este mismo hall, sentado primero, paseándome luego. Vino con un gran manojo de flores y entró al escritorio. Llamé entonces nuevamente a mi ama de llaves, que es la única persona del servicio que duerme dentro de la casa, y le ordené que cerrase puertas y ventanas. En cuanto lo hizo, se retiró a su habitación, después de darme las buenas noches. Fui a reunirme con mi esposa. Estaba sentada en el mismo sillón donde se halla ahora su cuerpo sin vida, y me recibió con la ternura de siempre. Cambiamos algunas frases y, a su requerimiento, fui al cuarto de costura a buscar un florero. Apenas traspuse el umbral de esa habitación, escuché un disparo de arma de fuego. Corrí. Al entrar al escritorio, oí el ruido del revólver al caer al suelo. Elvira se estaba muriendo. Vano habría sido intentar cualquier auxilio. Falleció enseguida.

Ortúzar se detuvo. Navarro preguntó:

—¿Alcanzó ella a decirle algo?

—Solo balbuceó algunas palabras de despedida, que no entendí bien. Eso fue todo. Yo grité como un loco, llamando a los criados. Abrí la puerta que da al jardín. La primera en llegar fue Ana.

—¿Conoce usted el revólver que ella utilizó?

—Sí. Me ha bastado verlo en el suelo para saber que es el que guardaba yo en un cajón de mi escritorio.

—¿Pero usted no la vio matarse? —siguió preguntando Navarro.

—Claro que no. Pero es como si la hubiera visto.

—¿Podríamos hablar en otro lugar un minuto más? —interrogó Navarro, mirando significativamente a Ana y al Alemán.

—Cómo no.

5

Una impresión personal

En el cuarto de costura, casi desamueblado, Ortúzar, Navarro y yo tomamos asiento. El primero en hablar fue el comisario:

—Me disculpará usted, doctor —dijo—, este pequeño interrogatorio. Lo que deseo es aclarar todo rápidamente, a fin de evitarle luego mayores molestias. ¿Sospecha usted cuál puede haber sido la causa que llevó al suicidio a su esposa?

—Lo ignoro en absoluto —repuso.

—¿Está usted seguro, doctor, de que fue ella misma la que puso fin a su vida?

—Ya se lo he dicho: sí, como si la hubiera visto matarse.

—¿Está usted seguro, doctor, de que no había dentro de la habitación otra persona, que bien pudo salir al jardín después de que usted mismo abrió la puerta del corredor?

—Estoy absolutamente seguro de que no había nadie. A pesar de ello, le diré a usted, comisario, que no hay en mi escritorio muebles o rincones donde poder ocultarse; además, nadie pudo tampoco salir ni entrar por la puerta lateral de la casa sin que lo vieran los sirvientes, que andaban por el jardín, a causa de que esa puerta está iluminada por un farol. Y no olvide, comisario, que la única salida del escritorio da al corredor, y que estando cerrada —y con tranca— la puerta que se abre al jardín, el corredor no conduce más que a esta habitación —precisamente en el lugar en que me hallaba yo cuando sonó el disparo— y al hall. Pero

nadie puede llegar al hall, naturalmente, sin pasar por aquí. Con absoluta certeza, comisario, nadie pudo ocultarse ni escapar de mi escritorio sin que yo lo hubiera visto. Y le doy mi palabra de honor: yo no he visto a nadie.

Había tanta seguridad en su voz varonil, mantenida serena a costa de un gran esfuerzo, que Navarro no insistió. Pero, casi enseguida, dejó escapar otra pregunta:

—¿Qué cree usted, doctor, que hacía en La Madreselva el individuo que hemos detenido?

—No lo sé ni me lo imagino. Sin duda, nada tiene que ver su presencia en este lugar con la trágica desaparición de Elvira.

—¿No pudo él, doctor, haber influido de algún modo en la desesperada resolución de la señora Elvira?

Ortúzar levantó la cabeza, contrajo el ceño y exclamó con voz destemplada:

—No. ¿Qué tiene que ver él en este asunto?

Navarro cambió conmigo una mirada rapidísima. Tradujo lo que quería decirme: “Esto marcha”. Siguió hablando:

—Estoy seguro de que él puede darnos alguna información, un dato cualquiera, que nos lleve, al cabo, a conocer el motivo por el cual la señora Elvira Costa, en el día que todos han supuesto el más feliz de su vida, resolvió eliminarse...

El médico se mantenía con la cabeza gacha. Navarro hablaba observando atentamente el efecto de sus palabras, que dejaba escapar lentamente:

—Por tal motivo —continuó— volveré a interrogar al Alemán hasta que hable...

Ortúzar se irguió en su asiento, con una impresionante expresión de angustia en el rostro. Con voz opaca, dijo:

—¿Qué se propone usted, comisario? ¿Escarbar el pasado de una muchacha muerta, divulgar sus intimidades y, lo que es peor, lanzar a los cuatro vientos, para que los periódicos las

recojan, suposiciones de todo orden sobre el motivo que la llevó al suicidio? Ella está muerta, comisario, pero antes de que sobre su nombre, que he enlazado ya definitivamente al mío, sobre su recuerdo querido, se lance la más leve sombra, prefiero mil veces que la consideración y el respeto de que gozo yo, se hagan piltrafas... Sí, pueden decir de mí lo que quieran, aunque no lo merezca; pero de ella...

Estaba excitadísimo. Se traslucía en sus gestos y palabras una indignación real y un gran cariño por la muerta.

—Doctor —se apresuró a decir Navarro—, le ruego que me escuche. En ningún momento he pensado que debe divulgarse el menor detalle de este doloroso asunto. Su nombre, doctor, basta y sobra para que todos nos hagamos el deber de evitarle a usted cualquier molestia. Pero le hago un pedido, a cambio de mi formal promesa de que haré cuanto pueda para que este asunto tenga la menor repercusión posible: facilite mi labor, ayúdeme usted en lo que pueda, a fin de que, cuando eleve al juez el sumario de mis actuaciones, todo esté en claro.

Ortúzar se pasó la mano por la frente y nos miró con ojos febriles y llenos de desesperación.

—¡Pero, señor!... —exclamó— ¿Qué es lo que quiere poner en claro? Le he dicho ya que ella se ha suicidado. ¿Qué es lo que se necesita aclarar, entonces? ¿O usted pone en duda mis afirmaciones?...

—No puedo dudar ni un instante de su palabra —repuso Navarro—. Lo que quiero dejar bien aclarado, doctor, es la intervención que haya podido tener en este asunto el Alemán. Usted ignora las causas por las que la señora Elvira resolvió eliminarse, pero él quizá las sepa. Hasta es posible que la haya amenazado o extorsionado cuando ella salió al jardín. ¿No lo cree usted posible, doctor?

—Con absoluta sinceridad, no lo creo posible.

—¿Por qué? —Sin contemplaciones, Navarro lanzó la pregunta. Sus palabras quedaron zumbando un instante en mis oídos, que aguzaban el deseo de oír la respuesta.

Ortúzar lo miró sin sorpresa.

—Sencillamente —dijo—, esa es mi impresión personal. Y opine usted lo mismo o lo contrario, lo que no puede negarme, comisario, es que mi impresión personal, en este caso, tiene más valor que la de quienes no conocieron a la pobrecita.

—¡Ah, sí! Probablemente —exclamó Navarro. Después de un largo silencio, que se iba haciendo molesto, agregó—: Con su permiso, doctor, voy a hacer una visita a su escritorio.

El médico se encogió de hombros:

—Como usted guste —repuso.

Tres trozos de papel

Un gran paño blanco cubría el cadáver de Elvira Costa. Con la mayor atención examinábamos todo. Envolvía la casa tan hondo silencio que parecía imposible que nuestras voces lo quebraran. Nuestros pasos por la habitación donde acababa de ocurrir el drama no producían ningún ruido.

Repentinamente, y como adivinando el hilo de mis pensamientos, Navarro se volvió hacia mí, interrogándome:

—¿Qué opina usted del doctor Ortúzar y de cuanto nos dijo?

—Que es absolutamente sincero y que quería a la muerta más que a las niñas de sus ojos —repuse.

—Opina usted exactamente como yo.

Continuamos examinando prolijamente la habitación. Todo estaba en perfecto orden alrededor del cadáver, con excepción de las flores, tintas en sangre, y del revólver caído junto a ellas. Lo examinamos: era un Colt calibre 32. Tenía una cápsula vacía.

—Reconstruyamos la escena —dijo Navarro, después de varios minutos de meditación—. La señora Elvira estaba sentada en el sillón, cuando el doctor Ortúzar fue a buscar el florero que ella le pedía para colocar las flores. Naturalmente, ese pedido no era más que un pretexto para alejar a su esposo. Apenas se va él, la señora Elvira deja caer el ramo, que queda allí, junto al sillón, y se levanta de un salto. Va enseguida al otro lado del escritorio, abre el cajón, saca el revólver, cierra el cajón y se descerraja el

balazo. Todo esto no pudo demorar más de quince segundos, y probablemente no duró más de diez. Ortúzar, al oír la detonación, corre hacia aquí. El tiempo que tarda en llegar le alcanza a ella para dar dos o tres vacilantes pasos hasta el sillón, en el que cae sentada, mientras su sangre mancha el piso. El revólver se le escapa de las manos, cuando el doctor Ortúzar entra... Todo esto me parece, ahora, bien claro. Cuando llegue nuestro médico observaremos si la deflagración de la pólvora que produjo el disparo quemó el vestido de la señora alrededor de la herida. Sin duda, deben estar esas quemaduras.

—Observe, comisario—dije entonces—, un detalle curioso. Esas flores están enrojecidas de sangre, sobre todo en los tallos. ¿Cómo se explica usted eso?

—Esa sangre debe haber salpicado allí porque en el momento de dispararse el balazo las flores estaban ya en el suelo, de acuerdo con la reconstrucción que acabo de hacer. De otro modo, considero que no lograríamos explicarnos los hechos satisfactoriamente, ya que es evidente que el ramo lo tenía en la mano derecha (la situación en que se hallan las flores en el suelo lo demuestra), y que solo con esa mano pudo empuñar el revólver. ¿No vio usted, acaso, cómo la mano izquierda está contraída sobre la herida?

—Su razonamiento es perfectamente lógico, comisario.

Seguimos dando vueltas por la habitación, examinando todo minuciosamente, hasta que hicimos un descubrimiento que podía ser de importancia: en el pavimento, junto a la reja de la estufa y chamuscados por el fuego, hallamos tres trozos de papel de carta, que evidentemente formaban parte de la misma hoja. Los aproximamos a la luz. En uno de los pedazos se leía: “I amor”; en otro: “no p”, y en el último: “quer”. Era bien poco aquello y podía ser mucho; como que esa carta, hecha pedazos y destruida luego casi por completo en el fuego, quizá fuera la

causa de la muerte de aquella mujer. Así lo entendió también Navarro, cuando me dijo:

—Me parece, estoy casi seguro de ello, que esta carta llevó al suicidio a Elvira Costa. Lo más probable es que el Alemán se la haya entregado en el jardín, después de haberse introducido en la quinta sin que nadie lo viera.

Guardó los tres trozos de papel en su billetera, y salimos a conversar al jardín. La noche era oscura y fresca. Paseamos lentamente por los caminos junto a la casa; cerca nuestro, cuchicheaban los sirvientes.

—¿Recuerda usted, comisario —dije—, las palabras que la anciana dirigió al Alemán?

—Sí, y le confieso que me intrigan bastante. Es claro como la luz que ella está segura de que el Alemán mató a la señora Elvira, y si no fuera porque la rectitud moral y la hombría de bien del doctor Ortúzar me mueven a no escarbar el asunto, le aseguro que yo descubriría la causa de esa muerte. Matarse una muchacha en el día de su boda, sin decir una palabra ni dejar escrita una línea sobre el motivo de tan tremenda resolución, no es un hecho frecuente aquí ni en ninguna parte... Me conmueve profundamente este drama, y tenga por seguro, Amenábar, que si alguien ha intentado con la muchacha algún chantaje y ese alguien cae en mis manos...

Navarro tenía nobles sentimientos y nunca lo vi —sea dicho esto en homenaje a su memoria— realizar ninguna acción de la que debiera luego arrepentirse. Pero cuando se indignaba, hablaba siempre de hacer justicia por su propia mano.

Y en ese momento estaba realmente indignado. El ladrido de los perros lo interrumpió. Corrieron los sirvientes. El doctor Héctor Rodríguez, médico de la policía, estaba allí. (Debo hacer aquí una confesión: en este punto mi memoria falla. ¿Es Héctor realmente el nombre de aquel viejo camarada mío? No estoy

seguro de ello). Entramos con él en la casa y lo presentamos al Dr. Ortúzar. Luego, Rodríguez examinó el cadáver y nos dio verbalmente su informe: “Elvira Costa murió, indudablemente, del balazo”. Agregó que alrededor de la herida, el vestido estaba quemado por la pólvora.

—¿Aconsejará usted la autopsia, doctor? —preguntó Navarro.

—Desde luego. Estoy en el deber de hacerlo.

Fue grande el efecto de esas palabras en el doctor Ortúzar. Con voz trémula de furia, exclamó:

—¡Todavía eso!... ¡Al dolor de la muerte, quieren agregarme ahora la pena de que manoseen y despedacen su cuerpo querido!... ¡Todavía eso!...

En sus ojos oscuros relampagueaba la ira y en los pliegues de su frente y en el rictus de su boca se delataba la angustia que le oprimía el corazón.

Rodríguez se impresionó vivamente.

—Se me ocurre una idea, doctor —exclamó—, que probablemente evite la autopsia: extraiga usted mismo la bala del cadáver. Ni el comisario Navarro, ni el oficial Amenábar ni yo, como policías, podemos autorizarlo a que lo haga, pero creo que usted puede hacerlo lo mismo, si afronta luego las consecuencias. Hasta podría brindarle yo mi modesta ayuda, de una manera extraoficial, se entiende.

—¿Pero está usted seguro, doctor, de que ese es el único medio de evitar la autopsia?

—Me parece que sí.

—Entonces, haré lo que me acaba usted de sugerir.

Navarro y yo nos apartamos del grupo; con voz seca, el comisario me dijo:

—¿No le parece a usted, Amenábar, que autorizar esa extracción, aunque solo sea con nuestra presencia, es extralimitarnos

en nuestras funciones? La autopsia no es de ningún modo necesaria, a mi juicio, y probablemente el juez, en atención al Dr. Ortúzar, no la ordene...

—La extracción de la bala, comisario —lo interrumpí—, no tiene ninguna importancia. Y si, como usted dice, el juez no ordenará la autopsia, ¿por qué no dejar que el doctor Ortúzar, obrando bajo su sola responsabilidad, nos permita agregar al sumario un elemento de juicio más?

Meditó un instante y repuso:

—Tal vez tenga usted razón, Amenábar.



De cara al misterio

Navarro y yo paseábamos lentamente por el corredor, desde el hall al jardín y desde este al hall, mientras Ortúzar, con la ayuda de Rodríguez, tendía a la muerta sobre un sofá del escritorio. El dueño de casa se puso un guardapolvo blanco y empuñó en la diestra un instrumento reluciente.

Desde el hall nos llegaba el tarareo de una canción que la anciana ama de llaves emitía alegremente. A pesar de ello, el silencio pesaba sobre la casa. Navarro y yo detuvimos nuestros pasos a la puerta del escritorio y aguardamos allí inmóviles y sin proferir palabra, hasta que la recia silueta de Ortúzar se dibujó a contraluz frente a nosotros.

—Tome, comisario —dijo, alargando a Navarro un trozo de plomo medio aplastado, pero que conservaba aún la forma de una bala.

Navarro tomó el proyectil y se acercó a la luz para verlo bien. Lanzó un grito ahogado.

—¿Qué pasa? —exclamé yo, aproximándome a él.

—Mire, Amenábar, mire...

Y me tendía el trozo de plomo medio aplastado y manchado que le acababan de entregar. No comprendía yo su excitación.

Rodríguez y Ortúzar seguían inclinados sobre el sofá. Navarro me tomó del brazo, arrastrándome hacia el jardín.

—¿No se ha fijado usted? ¿No ha visto bien? —exclamó—. ¡Esta bala es de calibre 38!

No alcancé, al pronto, a medir la importancia de lo que decía.

—Recuerde —continuó Navarro excitadamente— que el revólver que encontramos junto a la muerta, el revólver que tiene una cápsula vacía, es de calibre 32...

A la luz de la lámpara del cuarto de costura, volvimos a examinar atentamente la bala que causó la muerte de Elvira Costa: efectivamente, era de calibre 38. Para estar más seguro de ello, comparé ese proyectil con uno de los que tenía el revólver hallado en el escritorio: la diferencia entre ambos era bien visible.

Salimos para pasearnos por los caminos del jardín.

—Estamos en presencia de un crimen, comisario.

Navarro no hablaba, ordenando sus ideas. Después de varios minutos de silencioso andar, exclamó:

—¿Cree usted que el doctor Ortúzar haya podido matar a su esposa?

—No puedo creerlo. El doctor Ortúzar es persona de tanta probidad, de tanta rectitud moral que, si en un raptó de desesperación o de locura hubiera dado muerte a Elvira Costa, estoy seguro de que no lo habría ocultado de ninguna manera. Al contrario: un hombre de su carácter asume en todos los casos la responsabilidad íntegra de sus actos o se levanta tranquilamente la tapa de los sesos...

—Exactísimo. Y, ¿cómo pudo él matarla? ¿Acaso el disparo no ha debido retumbar en toda la quinta? ¿Y por qué iba a dejar al lado de la muerta un revólver que no es el que habría empleado...? Además, la presencia del Alemán en La Madreselva y las palabras de la vieja loca son cosas que, hasta ahora, no me las explico.

Continuamos andando en silencio, hasta que dije:

—Comisario, sea quien fuere la persona que dio muerte a Elvira Costa, tal vez no haya podido abandonar aun La Madreselva. Tenemos que interrogar ya mismo a los sirvientes; quizás entre ellos esté el criminal. Además, creo que debemos registrar a todas las personas que viven aquí y buscar en el edificio y en la quinta un revólver de calibre 38 al que debe faltarle una bala...

¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

— Sí... Sí —repuso Navarro meditabundo—. Pero antes de ponernos a trabajar, piense usted, Amenábar, en que si los sirvientes ratifican lo declarado por el doctor Ortúzar, la muerte de Elvira Costa no tiene explicación posible. Parece evidente que allí fueron empleados dos revólveres: el Colt de calibre 32 que hallamos junto a la muerta, y el otro de calibre 38 que no sabemos dónde está ni quién lo empuñó. Sin embargo, Ortúzar no oyó más que un disparo. Además, según nos asegura el esposo de la víctima, no había nadie dentro de la habitación, ni visible ni oculto, ni nadie tampoco pudo entrar ni salir del escritorio cuando él fue en busca del florero. Nadie pudo, por otra parte, hacer fuego desde afuera, porque las ventanas estaban herméticamente cerradas. ¿Y cómo es posible explicarse, entonces, que el asesino haya hecho fuego con su revólver de calibre 38 sin que nadie oiga el disparo y sin que nadie lo vea?...

—No alcanzo a explicármelo de ninguna manera...

Navarro se detuvo de cara a la oscuridad. Como si dirigiera la palabra al cadáver de Elvira Costa, la muchacha que halló la muerte vestida de novia y cuya sangre manchó un manojo de flores que acababa de cortar con sus manos, preguntó en voz baja:

—¿Quién la mató?

La noche era oscura y fresca; se oía el chapoteo de nuestros caballos en el barro del camino. Navarro preguntó de nuevo:

—¿Cómo la mató?

Se dio vuelta hacia mí; sus ojos brillaban en la sombra.

Volvió a interrogar:

—¿Por qué la mató?

La otra puerta del escritorio

Navarro y yo acordamos proceder rápidamente, sin dejar sospechar a nadie que el calibre de la bala que causó la muerte a Elvira Costa no era el mismo que el del revólver hallado en el escritorio. Nuestra reserva era fácil de explicar, aunque el doctor Ortúzar hubiera oído el grito de sorpresa que dio Navarro cuando examinó por primera vez el proyectil. Enseguida formulamos nuevas preguntas al dueño de casa. Se hallaba este sufriendo tan honda depresión moral, que se sometió dócilmente a nuestro interrogatorio.

—Doctor —dijo Navarro—, hemos hallado restos de una carta junto a la estufa. ¿Arrojó usted al fuego estos papeles? ¿Conoce usted la letra, al menos?

—No —dijo Ortúzar después de examinar atentamente los tres trozos de carta—. En estas palabras no hay rasgos que me permitan reconocer la letra. Además, el tostado del papel impide ver bien lo que se ha escrito.

—¿Hay o había en la casa algún otro revólver que el utilizado por su esposa?

—No. El único revólver que he tenido desde hace muchos años en esta casa es ese Colt de calibre 32, exactamente igual al que guardo en mi estancia de General Madariaga. Por otra parte, ninguno de mis sirvientes tiene armas de fuego.

—¿Está usted verdaderamente seguro de que sonó un solo disparo de revólver?

Ortúzar dio muestras de impaciencia, exclamando:

—¿No sabe usted que sí?

—¿Tiene usted confianza en todos sus sirvientes?

—En todos. Hace varios años que están a mi servicio, y los conozco bien.

—Las ventanas del escritorio, ¿estaban cerradas?

—Sí, exactamente como se encuentran ahora.

—¿Tiene sótano el escritorio?

—No.

—¿Tiene alguna otra puerta que la que da al corredor?

—Sí.

Navarro se estremeció.

—¿Dónde está esa otra puerta? —preguntó—. ¿Quiere usted mostrárnosla? Por más vueltas que he dado por la habitación, no la he podido encontrar.

—Les advierto que está clausurada desde hace años.

Estábamos en el hall y Ortúzar nos señalaba una puerta ancha, oscura y de doble hoja. Navarro intentó abrirla.

—No podrá usted —dijo Ortúzar—. Ya les he dicho que está clausurada.

—Pues veámosla del otro lado.

Entramos en el escritorio que, como he dicho antes, tenía la forma de un trapecio regular. El lado menor de este trapecio lo constituía la pared que separaba esta habitación del hall, cubierta enteramente de estantes con libros que llegaban, desde pocos centímetros de altura, a las vecindades del techo. Sacamos algunos libros y distinguimos la puerta: tenía echado el cerrojo, pero la llave no estaba puesta en la cerradura. Navarro empujó las maderas.

—Ya le he dicho a usted que no podrá —intervino otra vez Ortúzar—. Observe usted que los estantes están clavados en las dos hojas de la puerta. Con llave o sin llave, es absolutamente imposible abrirla.

El cerrojo enmohecido y los largos clavos que sujetaban los soportes de los estantes a la puerta daban la razón al doctor Ortúzar. No encontramos modo de separar siquiera unos centímetros la hoja de esa puerta, como no fuera desclavando todos los estantes de la pared a martillo y tenaza.

Volvimos a examinar la habitación. Las ventanas que, según ya he dicho, estaban cerradas con tranca, no tenían la más leve rendija al exterior. La chimenea atrajo mi interés. El fuego se había extinguido casi por completo. Metí la cabeza en la hornalla para ver el cañón: era cilíndrico, de unos treinta centímetros de diámetro, aproximadamente. Nadie, ni un niño, habría podido introducirse por allí.

—Ahora, doctor—dijo Navarro después de que terminamos de inspeccionar la habitación—; será necesario que usted nos autorice a revisar la casa y los muebles. Trataremos de molestar lo menos posible. Lo que queremos saber es qué hacía aquí el Alemán... Eso es todo.

Ortúzar, que permanecía de pie, inmóvil, con la mirada fija en el paño que cubría el rígido cuerpo de su esposa, contestó encogiéndose de hombros:

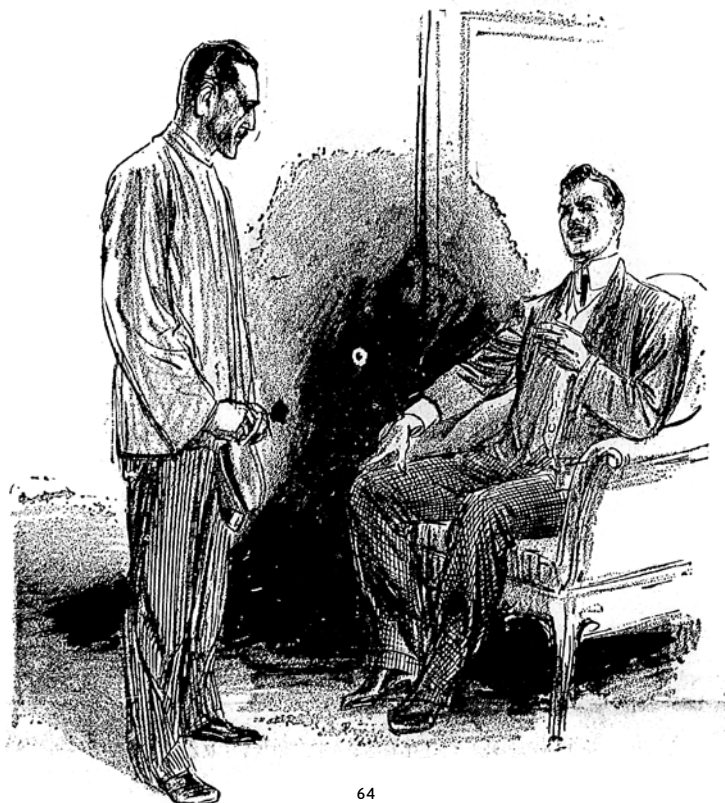
—Como usted quiera.

Salimos. En el pasillo, Navarro posó su diestra en mi hombro, diciéndome:

—Ya ve usted lo terriblemente complicado que es este asunto. Le confieso que todavía no puedo imaginarme siquiera cómo ha ocurrido la muerte de Elvira Costa. Navego en un mar de confusiones, y aunque yo tengo alguna experiencia y confío en el éxito final de las investigaciones que emprendamos, necesito de su colaboración; usted es joven y entusiasta, y tiene un don de observación y de deducción que le envidiarían muchos pesquisantes avezados. Por todo ello, Amenábar, ¿acepta usted trabajar conmigo en este asunto?

¿Puede imaginarse mayor gentileza de un superior? Pedía lo que en realidad podía ordenarme y me brindaba una de las oportunidades que yo tanto ambicionaba para poner a prueba mis condiciones de “detective”. Estreché, emocionado, su mano, No quiso enterarse de mi agradecimiento, y me dijo:

—En compañía del sargento, voy a buscar por todas partes el revólver de calibre 38 que usó el asesino. En cuanto aclare, inspeccionaré también la quinta y sus alrededores. Entretanto, ¿quiere interrogar a todo el personal de servicio en La Madreselva? Y no olvide que quizás entre ellos esté el criminal.



Lo que sabía el jardinero

Seis eran las personas que estaban al servicio del doctor Ramiro Ortúzar en La Madreselva; Ana, la vieja ama de llaves; el jardinero y su esposa; la mucama; el cochero y su esposa; la cocinera y un peón —el que nos había llevado la noticia del suceso a la comisaría. A las seis las hice reunir en el hall, y fui interrogándolas una a una, y a solas, en el cuarto de costura.

Ya he dicho antes que esto no es una novela. Por lo tanto, y para colocar al lector exactamente en la misma situación en que me hallaba yo frente a la misteriosa muerte de Elvira Costa, transcribo con toda fidelidad —los apuntes que hice en aquel entonces me lo permiten— los interrogatorios a que dio lugar el triste suceso.

Interrogué en primer término al jardinero. Era un hombre de unos 35 años, de ojos oscuros, cabello y bigote renegridos. Su mirada denotaba franqueza y una mentalidad clara.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté.

—Ramón Martínez, para servirlo —repuso, evidenciando en el tono de la voz su deseo de serme útil.

—¿Hace mucho tiempo que está usted al servicio del doctor Ortúzar?

—Cinco años, señor. Antes había trabajado en la casa del doctor José Quintana. Él me dio un certificado, en el que consta que durante todo el tiempo que estuve a su servicio me comporté

como es debido. Y el doctor Ortúzar podrá decirle si alguna vez le di motivo de queja. El jardín de La Madreselva ha sido siempre el mejor cuidado de todo Villa Ballester. Y el patrón sabe muy bien que cuando necesitaba flores para remitirle a la que hoy es finada —me refiero a la señora Elvira—, siempre las tenía en abundancia. Vivo aquí desde hace cinco años, señor, y hace dos que me casé con la cocinera.

—¿Quiere usted decirme lo que sepa respecto al desgraciado suceso de esta noche?

—Con mucho gusto, señor. Como usted ya sabrá, esta tarde contrajeron enlace el patrón y la señorita Elvira. Según me dijo la mujer del cochero, vinieron aquí directamente desde la iglesia. Desde Buenos Aires vinieron también, pero en tren, algunas otras personas. Metiendo mucha bulla, querían felicitar a los recién casados y marcharse enseguida...

—¿Recuerda usted quiénes eran?

—¡Y no!... Vino don Pascual Robierti, administrador de la estancia El Arenal.

—¿Qué estancia es esa?

—Es la que tiene el doctor Ortúzar en General Madariaga. Vino también el niño Federico, hijo de Robierti; la niña Isabel, y el ingeniero Raúl Fernández Acuña, gran amigo del señor...

—¿Quién es la niña Isabel?

—La hija del doctor Ortúzar. La tuvo en su primer matrimonio.

—Una vez aquí, ¿qué hicieron?

—Ellos se querían ir enseguida, como le dije. Decían que no habían venido nada más que a meter un poco de bulla; pero el patrón y la finadita no los dejaban ir si antes no comían y bebían algo. Así fue como mi mujer sirvió champaña y masas en el comedor. Dice —y Dios le perdone a ella la indiscreción y me la perdone a mí— que dos de los presentes estaban algo alegres...

El niño Federico hablaba muy fuerte, como cuando bebe de más, y la niña Isabel tenía la nariz coloradita como un tomate y se reía como una descosida...

—¿Cuándo se fueron?

—Al ratito, nomás.

—¿Partieron todos juntos?

—Sí, porque todos iban a La Colorada, que es la quinta que el señor Robierti tiene a media legua de aquí. A la niña Isabel le había parecido mal quedarse a vivir con su padre. Siempre le decía: “No quiero amargarte tu luna de miel, papá. Además, cuando me hicieras algún mimo, Elvira sería capaz de sentir celos...”. Lo decía riendo, claro está. A veces exclamaba, con aire muy serio: “Desde hoy en adelante no te voy a llamar ‘papá’ delante de gente... Si estás cada día más joven y buen mozo...”.

Martínez se detuvo un instante, vacilando. Luego preguntó:

—¿Está usted conforme con los detalles que le voy dando?

Asentí con la cabeza.

—Bueno —continuó—; el caso es que se fueron en dos sulkys. En uno subieron el señor Robierti y el ingeniero Fernández Acuña... y al minuto partieron en el otro sulky el niño Federico y la niña Isabel.

Otra vez se detuvo, con embarazo.

—¿Y después?...

—Después, viene lo malo. A los pocos minutos de haberse ido los invitados, Ana se allegó a la cocina para decirnos que los patrones no iban a cenar. Frente a las piezas que ocupamos nosotros, que, como usted sabe, son las que están a la izquierda de la casa, sobre el camino, nos reunimos a charlar mi mujer, Zoilo y yo. Malone, el cochero, se hallaba en la cochera en ese momento, y por eso creo que no habrá visto nada. Conversábamos sobre lo raro que resultaba el nuevo matrimonio del patrón, dado el gran amor que siempre había demostrado por su primera esposa. En

ese momento, vimos salir por la puerta lateral de la casa a la señora Elvira. Iba hacia el jardín, cantando alegremente.

—¿Hacia qué lugar del jardín se dirigió?

—Supongo que hacia la parte del jardín que está detrás de la casa, que es el lugar donde hay más flores. Digo esto porque a la luz de un tren, que pasó en ese momento, traté de ver a la señora Elvira y no lo conseguí.

—¿La vio regresar?

—Sí, unos cinco o diez minutos después.

—¿Notó en ella algo anormal?

—Nada. Venía con un gran ramo de flores entre los brazos. Entró en la casa por la misma puerta por donde había salido. Enseguida de pasar ella, cerraron esa puerta y escuché el ruido que hacían al colocar la tranca. Entonces fui a apagar el farol que pende de ese lado de la casa, y en el instante en que iba a hacerlo sonó en el escritorio un disparo de arma de fuego.

—¿Está usted seguro de que fue un solo disparo?

—Absolutamente seguro. A continuación, escuché gritos desesperados del doctor Ortúzar; él mismo abrió la puerta. Cuando penetró en el escritorio, la pobre señora Elvira estaba muerta. A su lado, en el suelo, vi un revólver oscuro que humeaba aún.

—¿Está usted absolutamente seguro de que al entrar no vio a otra persona que al doctor Ortúzar?

—Fuera del patrón y de Ana, que estaba en el escritorio cuando yo llegué, no vi a nadie.

—¿Recuerda usted qué hacía Ana en ese momento?

—Vea, señor: resulta triste decirlo. La pobre está medio loca. Por eso no ha de extrañarle que, en ese momento y en las propias barbas del doctor, se estuviera riendo.

—¿No hacía nada?

—No, no hacía otra cosa que reírse, como si estuviera contentísima de lo que acababa de ocurrir.

—¿Y después?

—Comprendiendo que convenía que la autoridad estuviera aquí cuanto antes, mandé a Zoilo a la comisaría. Y vinieron ustedes. Eso es todo, señor.

—Bueno, muchas gracias, Martínez.

Se fue, saludando respetuosamente.



Lo que declara Marta López

Marta López, la esposa del jardinero, representaba unos veinticinco años de edad; era morena, de ojos grandes, boca grande de labios carnosos y nariz pequeña y graciosa. Sus maneras eran suaves y transparentaban una docilidad extrema. Respondiendo a mis preguntas, dijo quiénes habían ido esa tarde a felicitar a los recién casados y qué les había servido ella, coincidiendo en todo con lo declarado por su esposo.

—¿Notó usted —pregunté— si alguno de los presentes se excedió un poco en la bebida?

—No sabría decirlo... —repuso con timidez.

La insté a que hablara:

—¿Qué mal hay en que usted me diga lo que sabe? ¿Acaso es algún delito tomar alguna copita de más? ¿Y no lo hacemos todos, de cuando en cuando?

—Bueno, señor, voy a decirle lo que sé. —Se veía que mi uniforme policial la impresionaba—. Me pareció que la niña Isabel había tomado algunas copas de más, porque la nariz se le puso muy colorada y porque reía y hablaba muy fuertemente, cosa desacostumbrada en ella. A cada momento, le decía zalamerías a su padre y se mostraba muy cariñosa con él. También el niño Federico estaba algo alegre y llegó a decirle al doctor Ortúzar que podía considerarse el hombre más feliz del mundo.

—Y los demás, ¿bebieron también mucho?

—No. La pobre señora Elvira tomó dos copas casi sin respirar, y dijo que le sentaron mal.

Describió luego la partida de los invitados, exactamente en la forma en que su esposo lo había hecho.

—¿De quién eran los sulkys en que se fueron los visitantes? —pregunté.

—Eran de La Colorada. Los cuatro visitantes habían venido en tren y tenían los sulkys en la estación. Llegaron aquí en ellos y en ellos partieron de regreso para la quinta del señor Robierti.

Continuando su narración, contó cómo Ana les había comunicado, guiñando mucho los ojos, que los señores no cenaban aquella noche.

—Vi salir —agregó— por la puerta lateral de la casa a la señora Elvira. Cantaba, pero me pareció que, si lo hacía en voz tan alta, debía ser por el efecto de las dos copas de champaña que acababa de beber. Porque, ¿a quién se le ocurre ir a buscar flores de noche? Bueno; el caso es que volvió al rato con un gran manojo de flores. Entró enseguida en la casa.

—¿Notó en ella algo raro?

—No. Pero oí que llamaba a su esposo.

—¿En qué forma lo llamaba? ¿Gritando?

—No; en voz baja. “Ramiro... Ramiro...”, dijo. Parecía que pedía ayuda porque las flores que llevaba en los brazos se le iban al suelo.

—¿Y después de entrar la señora Elvira?

—Cerraron la puerta. Creo que fue Ana quien lo hizo. Las ventanas no habían sido abiertas y la puerta principal estaba ya cerrada, de modo que en aquel momento la casa quedó herméticamente cerrada. Y en el instante en que mi esposo iba a apagar el farol que cuelga sobre la puerta lateral de la casa sonó el disparo en el escritorio. Casi enseguida, oí gritos desesperados. Yo estaba

tan aterrorizada que no pude moverme. Desde la puerta de mi habitación observaba las dos puertas de la casa con la mayor atención. Por allí debe salir el asesino, pensaba.

—¿Por qué pensó que era un asesinato?

—Por los gritos que dio el doctor Ortúzar. Creí que lo estaban matando a él.

—¿Qué ocurrió después?

—Vi abrirse la puerta chica de la casa; entró mi esposo. Enseguida corrió para allí el peoncito Zoilo.

—¿Y la cocinera qué hizo?

—Salió de la cocina al oír el alboroto, pero no se movió de mi lado, diciendo que no convenía meterse en lo que a uno no le importaba.

—¿Y qué hizo el cochero?

—Estaba en la cochera limpiando el coche. Tardó mucho en aparecer.

—¿Hasta cuándo estuvo usted observando las dos puertas de la casa?

—Hasta que llegaron ustedes. Me enteré por mi marido de que quien había recibido el balazo era la señora Elvira, y aunque me dijo que se trataba de un suicidio, no sé por qué tuve la sensación de que era un crimen. Por eso no me movía y seguía observando atentamente las puertas, esperando que el asesino saliera.

—¿Está usted segura de que nadie salió de la casa desde el momento en que sonó el disparo hasta que llegamos nosotros?

—Sí, absolutamente segura.

—¿La señora Elvira estaba alegre esta tarde?

—Sí, muy alegre. Reía por nada, pero a mí me parecía que estaba muy nerviosa. Y también eso le debió parecer a su esposo, porque dos o tres veces le preguntó qué le pasaba.

—¿Qué respondió ella?

—Siempre lo mismo: que era la mujer más feliz del mundo y que tenía miedo de tanta felicidad.

—¿Puede decirme algo más sobre este asunto?

—No; le he dicho ya todo lo que sé.

María Navarro y Zoilo Pertini

La esposa del cochero era, según dije ya, la cocinera. Se llamaba María Navarro; tenía alrededor de cincuenta años, el cabello entrecano, el rostro tostado por el sol y unos ojos pequeños y escudriñadores. Era insignificante y me mostró su desconfianza desde el principio del interrogatorio. Entre otras cosas, me dijo que no había visto quiénes fueron los visitantes de la tarde y que ni podía imaginar siquiera cuántos eran.

—Es que yo, señor —terminó—, me paso todo el día encerrada en la cocina.

—¿Cómo y cuándo se enteró de que las visitas se habían ido?

—Ana me lo dijo cuando fue a comunicarme que los señores no iban a cenar. Y como yo le preguntara: “¿Qué hacemos con la comida?”, me repuso guiñando mucho los ojos. “Antes de que se la coma la señora, es preferible tirarla a los perros”...

—¿Por qué le dijo eso?

—No lo sé. Como ella tiene el seso trastornado...

—¿Y después?

—¿Después qué?

—¿Oyó algún disparo de arma de fuego?

—¡Ah, sí! Lo oí y me eché afuera de la cocina. Vi a Martínez entrar por la puerta chica de la casa y detrás de él a Zoilo.

Contó luego la mujer la posición en que halló muerta a Elvira Costa y me dio algunos detalles que ya conocía.

—¿Vio usted a la señora cuando salió al jardín? —pregunté.

—Sí, señor; la vi.

—¿La vio volver?

—Sí, señor; la vi.

—¿Traía algo?

—Sí, flores. Eran tantas que se le escapaban de las manos.

—¿Oyó que ella llamara a alguien al regresar?

—No, señor.

—¿La oyó hablar o cantar al salir?

—No, señor.

—¿Vio en ella algo que le llamara la atención, cuando entraba o salía de la casa?

—No, señor.

—¿Cree usted que alguien haya podido salir sin ser visto de la casa y de la quinta después de que sonó el disparo?

—Lo creo posible.

A esta altura del interrogatorio —lo confieso— me desconcerté. Sabía por experiencia que las mujeres son las que suelen dar los detalles más valiosos para el éxito de una investigación, si uno es capaz de separar esos detalles de la hojarasca de mentiras y exageraciones con que los adornan. Pero la mujer que tenía adelante resultaba una excepción: no había modo de que se soltara a hablar. Su desconfianza era evidente y cuidaba mucho de no comprometerse de manera alguna en cualquier afirmación categórica.

Me di por vencido con ella, por esa noche, y comencé a interrogar a Zoilo Pertini, el peón. Aparentaba veinte años de edad, era rubio y de cabello ensortijado. Mi uniforme le imponía tanto respeto que tartamudeaba un poco al contestar a mis preguntas. Era un muchacho de poco alcance mental.

Coincidió en su declaración con las manifestaciones que me habían hecho el jardinero y la mucama.

—Cuando me ordenaron que fuera a avisarles a ustedes —terminó diciendo—, corrí a ensillar. Al entrar en la cochera me crucé con Malone, que salía de ella. Parecía muy preocupado en sus cosas y me contestó con un gruñido cuando le conté la desgracia que acababa de acontecer. Es un hombre raro, pero esta noche me pareció más extraño que siempre.

Con el “hombre raro”

El cochero era un hombre de unos cincuenta años de edad, alto, erguido y corpulento, con el cabello y el bigote totalmente blancos. No miraba de frente, como si temiera dejar traslucir en la mirada la indignación que lo poseía. Y estaba indignado, evidentemente, con que lo interrogase.

—¿Cómo se llama usted? —comencé a preguntar.

—Honorato Malone.

—¿Cuánto tiempo hace que está al servicio del doctor Ortúzar?

—Hace veintidós años que conozco al señor. Primero fui peón de El Arenal, y cuando me casé —va para quince años— me ofreció el puesto de cochero en La Madreselva. El doctor Ortúzar me ha demostrado siempre gran confianza y ha sido muy bueno conmigo. Con decirle que fue padrino de mi casamiento...

—A juzgar por lo que dice —exclamé yo, con el ánimo de hacerlo seguir hablando sobre el mismo tema—, usted aprecia mucho al doctor Ortúzar.

—¡Y tanto!... —Y luego de reflexionar un instante, agregó con tono duro—: Y sepa desde ya, señor (sea dicho esto con el mayor respeto), que no pienso decir absolutamente nada que pueda perjudicar en algo a mi patrón.

—Usted se equivoca, Malone —repuse—, si cree que yo le hago preguntas para perjudicar en algo al doctor Ortúzar. Al

contrario: el doctor Ortúzar es un hombre demasiado conocido y demasiado querido...

—¡Eso!... —interrumpió—. Pero hay los que le tienen envidia y quieren perjudicarlo de cualquier manera...

—No sé quién puede tenerle envidia. Admiración sí, pero envidia... No, nadie puede tenerle envidia —dije, tratando de hacerlo hablar.

—No diga que no, que se lo he oído decir al mismo doctor Ortúzar...

Se detuvo, con miedo de haber ido en su indignación demasiado lejos, para decir enseguida, bruscamente:

—¡Bueno!... Estoy hablando de más.

—Óigame bien, Malone. Eso que acaba de decirme no tiene importancia. El doctor Ortúzar, por la fama que ha adquirido su nombre, por el prestigio científico que lo rodea, es natural que sea envidiado. A todos los grandes hombres les ocurre así...

Malone se mantenía hosco y silencioso.

—Bueno... —dije con el tono más amable del mundo—: ¿Qué sabe usted del suceso de esta noche?

—No sé nada.

—¿Oyó algún balazo?

—Sí... No...

—¿En qué quedamos? ¿Lo oyó usted o no lo oyó?

—¿Qué balazo?

Me puse muy serio.

—Le ruego que no intente burlarse de mí. Soy oficial de policía y le formulo preguntas en cumplimiento de mi deber, sin que tenga interés en molestar a usted ni en perjudicar en lo más mínimo al doctor Ortúzar. Tampoco estoy bromeando. ¿Ha entendido?

—Sí.

—Bien. ¿Quiere ahora decirme si oyó o no oyó algún balazo?

—¡Pero si muchas veces se oyen balazos, señor!... Usted sabe que por estos alrededores menudean los maleantes y que por miedo a ellos la gente sale armada de noche y hace fuego en cuanto ve una sombra sospechosa...

No perdí la calma.

—Le ruego que me escuche y que me conteste con franqueza. Malone: en esta casa ha aparecido muerta de un balazo la esposa del doctor Ortúzar. ¿Oyó usted el disparo?

Vaciló en contestar, luego dijo en tono resuelto:

—No; no oí nada.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Sí.

—¿Y dónde estaba usted en el momento en que sonó el disparo?

No advirtió el burdo lazo que le tendía.

—Estaba en la cochera.

—¿Qué hacía?

—Guardaba el coche.

—¿De modo que en el momento mismo en que sonó el disparo usted estaba guardando el coche?...

—No; ya lo había guardado.

—¿Y qué hacía en ese momento?

—Entrar las herramientas del jardinero, que estaban junto al portón de la cochera.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Sí.

—¿Estaba usted solo entrando las herramientas?

—Sí.

—¿Y cómo sabe que justamente en ese momento sonó el disparo?

Quedó un instante silencioso, echándome una furtiva mirada de odio por haberlo puesto en ese aprieto. Después dijo con tono áspero:

—Yo no oí nada.

—¿En qué quedamos? Si no oyó usted nada, ¿cómo sabe que fue en el momento en que entraba las herramientas cuando sonó el disparo? No intente mentirme, Malone, que ello puede perjudicarlo luego.

—¿Por qué voy a perjudicarme, si le digo que no oí el disparo? ¿Acaso por eso me van a mandar a la cárcel?

—No; yo no digo ni quiero decir eso...

Él seguía, tercamente:

—Si usted quiere decirme que por eso voy a ir a la cárcel, lléveme nomás.

Volví a hablarle en tono amistoso. Le dije que, si se ajustaba a la verdad, su declaración favorecería al doctor Ortúzar. Agregué que el mismo doctor Ortúzar nos había dicho que él, Malone, nos iba a decir la verdad, toda la verdad de lo que supiese.

—Y eso —repuso—, ¿qué tiene que ver con el hecho de que yo no haya escuchado el balazo? A lo mejor, en ese momento pasaba el tren.

—¿Se oye mucho el paso del tren desde aquí?

—Sí, como que está del otro lado del camino. Puede decirse que lo tenemos encima.

—Entonces, ¿fue en el momento en que pasaba el tren cuando sonó el disparo?

Volvió a quedarse silencioso algunos segundos, reflexionando sobre lo que le convenía responder, después dijo con tono resuelto:

—No oí nada ni sé siquiera si ha pasado esta noche algún tren por esa vía o no.

Comprendí que no era el caso de seguir preguntando. A un hombre que se empeña así en no contestar, no hay mejor modo, para que desate la lengua, que tenerlo un par de días encerrado en un calabozo y decirle al tercero: “Esta tarde te fletan a La Plata, por considerarte complicado en el robo de la quinta tal y de la casa cual. Te lo digo amistosamente. Si en algo puedo servirte...”. ¡Entonces sí que el empecinado suelta la lengua, pidiendo por favor que lo escuchen!

Sin esperanzas ya, intenté hacerlo hablar por última vez.

—¿Oyó los gritos del doctor Ortúzar?

—No oí nada.

—¡Cómo! —mentí—. ¡Si él dijo que usted fue uno de los primeros en acudir!

—Y..., si él lo dice, así habrá sido.

Anoté en un papel: “Malone, jardinero. Fiel hasta la exageración al doctor Ortúzar. Probablemente ha recibido orden de no hablar”.

La anciana movediza

Finalmente hice entrar al ama de llaves en el cuarto de costura; quedamos solos, a puerta cerrada. Me miraba con ojos curiosos y muy abiertos, con una tranquilidad tan perfecta que me desconcertaba, probablemente porque yo estaba habituado, en mi calidad de policía, a que las gentes a quienes iba a interrogar se inmutaran ante mí.

—Señora —le dije suavemente, para iniciar una conversación que no pareciera un interrogatorio—, usted debe haber sentido mucho la muerte de la señora Costa.

Me miró entre sorprendida y risueña, prorrumpiendo luego en una carcajada desagradable, que tenía la virtud de crispar los nervios.

—Entonces, señora, ¿usted no la apreciaba?

—¿Cómo se imagina usted que pudiera quererla —repuso con vehemencia— si era una ambiciosa sin escrúpulos? Para lograr sus propósitos matrimoniales, al pobre señor Ortúzar le hizo perder la cabeza... Sí, como lo oye: el doctor era muy bueno, pero esa mujer hasta le ha hecho olvidar a su finadita

—¿A qué finadita se refiere usted?

—A Marujita Fred, la primera esposa del doctor.

—¿De modo que el doctor Ortúzar es viudo?

—¿Y no lo sabía usted? Lo es desde hace nada menos que diecisiete años. La pobre Marujita falleció al año de contraer enlace, cuando dio a luz a Isabelita.

Se interrumpió para recorrer a paso vivo la habitación, de un extremo al otro. Había adoptado un aire de coquetería y de suficiencia, sin duda por el hecho de que yo ignoraba cuanto me iba contando. Permanecía silenciosa, pero era evidente que deseaba hablar.

—¡Oh! Es extraordinario lo que usted me cuenta —dije con el tono más serio del mundo.

Se acercó a mí, tomándome una mano con su diestra sarmentosa.

—Eso no es todo; verá usted, Isabel es hoy una señorita hecha y derecha, y se ha convertido en el vivo retrato de su madre muerta. Es exactamente igual a ella, hasta en el carácter, vehemente y cariñosa, en los modales y en los gestos más insignificantes. Cuando la miro, me parece estar viendo a su madre, a quien críe entre mis brazos. Fui la nodriza de Maruja, después su niñera y más tarde su acompañante y su confidente. Me quería como a una madre, y yo, que no gocé la dicha de tener hijos, la quería como si fuera fruto de mis entrañas...

Se detuvo, con los ojos empapados de lágrimas; después recommenzó su paseo por la habitación, y de un modo inesperado se puso a tararear la misma canción de antes. Parecía no verme.

—¡Oh! Es extraordinario lo que usted me cuenta...

Esta vez la frase surtió un efecto contrario al que esperaba. Cesó de andar, para quedárase mirando con ojos burlones, y con voz que empezó en tono jovial y terminó en grito, dijo:

—¿Se cree que no me doy cuenta de que me está “tirando de la lengua”?

—¿Acaso hay algo de malo en ello? —repuse con la mayor desenvoltura—. Usted sabe cosas interesantes que yo ignoro. ¿Hay algo de malo en que yo desee saberlas y en que usted me las diga?

Meditó un momento, después volvió a reírse desagradablemente y por último exclamó:

—¡Y bueno!... Si a mí me da la gana de contarle ciertas cosas, se las cuento, aunque el mundo se venga abajo...

—Usted me hablaba de la primera esposa del doctor Ortúzar...

—¡Ah, sí! Era una santa. Nadie lo sabe mejor que yo. Isabel conserva un cariñoso recuerdo por la madre a quien nunca vio, y muchas veces, cuando me abraza o me besa, estoy segura de que lo hace pensando en la finada... El doctor Ortúzar, por su parte, adoraba y adora a la que fue su esposa y le dio una hija. ¿Acaso no ha observado usted que cada vez que echa mano de su reloj de bolsillo se queda abstraído mirando el retrato de Maruja, que lleva en una de las tapas desde que murió la pobre?

—Y si la quiere todavía tanto el doctor Ortúzar, ¿por qué se casó hoy?

—¿No se lo dije ya? Pues porque Elvira lo ha trastornado. Ella estaba mareada por el prestigio y los millones del doctor, y procuró atraerlo de todos los modos imaginables. Hasta no pareció reparar en el hecho de que el que iba a ser su esposo tuviera 48 años y ella 21 menos: ¡el caso era casarse! Fíjese usted: ¡a los 27 años de edad iba a ser madrastra de una muchacha de 17!...

—E Isabel, ¿qué opinaba del casamiento de su padre?

—Ella no pensaba más que en la felicidad de él. Hubiera dado su vida para hacerlo dichoso. Además, simpatizaba con Elvira. “Es buena —me decía— y estoy segura de que quiere mucho a papá”. Pero la pobre se engañaba como una niña que es...

—¿Por qué no se quedó a vivir aquí?

—Por no amenguar la felicidad de su padre. Decía que los recién casados, para ser felices, necesitan vivir solos. Y le tenía miedo a los celos que se pudieran despertar en Elvira cuando su padre la acariciara a ella... Esta misma tarde estuvo aquí Isabel, con el administrador de la estancia El Arenal. También estuvo el niño Federico. ¿Usted no sabe nada de él?

—No.

—¿De veras? Pues sepa usted que Isabel y Federico se quieren. Él es un buen muchacho, vehemente, impulsivo y al mismo tiempo sentimental y soñador. Lo conozco bien. Cuando Isabel vivía en El Arenal, él la conoció. Ha sido y sigue siendo el de ellos un verdadero idilio, aunque hoy, a decir verdad, los noté un poco raros a los dos. Parecían muy preocupados. Hasta se excedieron algo en la bebida.

Habló rápidamente, como quien tiene miedo de que lo interrumpían antes de terminar de decir lo que se propone, guiñó un ojo y reanudó su paseo por la habitación.

—¿Sabe usted cómo se conocieron Elvira Costa y el doctor Ortúzar? —preguntó.

—No.

—Se lo diré a usted. Ella residía en una estancia de General Madariaga, que linda con El Arenal. Se llama La Salada, porque ese es el nombre de una laguna de la región. No era propiedad de ella, no vaya usted a creerlo (Elvira no ha tenido nunca ni un centavo ni un metro de tierra), ni siquiera de sus padres, de los que vivió alejada estos últimos años. Unos parientes lejanos son los dueños de La Salada. Un día el doctor Ortúzar fue a la costa y se metió en un bote con dos amigos. Se habían alejado un centenar de metros de la orilla cuando la embarcación zozobró. A nado consiguieron salvarse los tres amigos; agotados por el esfuerzo, se tendieron en la arena de la playa, cuando apareció Elvira Costa, que andaba sola, a caballo, paseando. Ella los auxilió.

La anciana se interrumpió para hacerme una guiñada.

—Todo esto es muy novelesco, ¿verdad? —agregó.

Asentí con la cabeza.

—Desde ese día el doctor Ortúzar comenzó a agradecer en toda forma la atención de ella, y dio nacimiento a una amistad que la sin escrúpulos debía aprovechar para trastornarlo. ¡Qué canalla!

—¿Tanto la aborrece usted?

Repentinamente, la expresión de ingenuidad infantil de su semblante se trocó en un gesto de odio que la llenaba de arrugas y daba un brillo siniestro a sus ojos.

—¡La detesto, sí, la detesto! —gritó con dramático acento—. La odio, porque ha venido a esta casa, que nunca debió pisar, a ofender la memoria de la pobre Marujita, a ensuciar su recuerdo querido...

Dijo “Marujita” y la cara se le dulcificó: asomaron lágrimas a sus ojos. Permaneció un instante silenciosa, y luego, mirando hacia lo alto, exclamó con fervoroso acento de amor:

—¡Marujita, hija mía! ¡Perdóname si la dejé entrar, ya que ahora se irá para no volver!...

La brusca transición de la anciana me dejó perplejo; sus palabras me impresionaron vivamente.

Pero ella cambió otra vez de estado de ánimo y se puso a tararear con alegría su canción. Parecía haber olvidado cuanto me había dicho. Reanudó su ágil ir y venir de un extremo a otro de la habitación.

Volví a interrogarla con tono suave, como no dando casi importancia a la pregunta que le formulaba:

—¿Quién mató a Elvira Costa?

—¿No lo sabe usted?

—No.

—¿De veras que no lo sabe?

—Se lo aseguro.

—¡Pues parece mentira que siendo usted policía todavía no se haya dado cuenta de que el Alemán es el asesino!...

No hice un gesto ni manifesté la menor sorpresa. Solo pregunté, con el mismo tono indiferente de antes:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Como sé muchas cosas: sin que nadie me las diga. Por

simple deducción. Aquí donde usted me ve, con esta apariencia de loca que he tomado, sé raciocinar bien y claramente. Por eso sé que la señora Elvira ha sido asesinada, aunque el pobre doctor Ortúzar asegure que se trata de un suicidio.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—No disimule, señor oficial... Se le ve en la cara que usted está seguro como yo de que es un crimen lo que ha ocurrido esta noche en La Madreselva.

Rio alegremente, agregando:

—El Alemán preparó el crimen. Primero se introdujo aquí con el pretexto de buscar trabajo, y después se puso a rondar la quinta. Yo lo he visto en acecho junto a los rieles del ferrocarril; él ni se cuidaba de mí, seguro de que no tendría ninguna importancia que una vieja loca como yo pudiera verlo. Esta noche se metió en La Madreselva saltando el cerco. Las heridas que tiene se las produjo en los alambres de púas. Se escondió entre los árboles y en un momento propicio se introdujo en el escritorio, ocultándose en algún rincón, y en cuanto el doctor Ortúzar dejó allí sola a su nueva esposa, ¡pum!...

—¿Dónde estaba usted cuando sonaron los balazos? —dije haciéndome el confundido.

—¿Los balazos? Sepa, señor oficial, que no sonó más que un balazo. Fue en el mismo momento en que me iba a acostar cuando lo escuché. ¡Qué susto, Dios mío! Di un manotazo tan terrible que se cayeron varias cosas que tenía sobre la mesita de noche, incluso un reloj, cuyo cristal rompí, y una jarrita de cristal, que se hizo añicos contra el suelo. Oí enseguida los gritos que profería el doctor Ortúzar y me eché afuera. Al llegar al corredor, vi a mi patrón corriendo la tranca de la puerta que da al exterior. Tuve el convencimiento de lo que acababa de ocurrir, antes de asomarme al escritorio: ¡La ambiciosa sin escrúpulos dejaría tranquilo, al fin, al doctor Ortúzar!

—¿Por dónde salió el Alemán de la casa?

—¡Vaya uno a saberlo! Lo cierto es que él fue quien la mató.

—¿Pero ni siquiera se imagina por dónde huyó?

—Es que no me preocupa en lo más mínimo. El hecho es que él es el asesino, el enviado de...

Se detuvo, repentinamente, ensimismada.

—¿El enviado de quién? —pregunté con un tono de voz que en vano quise hacer indiferente.

—...De Dios —murmuró.

Después de una pausa en que yo intentaba ver algo claro a través de este interrogatorio, pregunté:

—¿No habría huido el Alemán por la puerta del frente de la casa?

—Imposible. Estaba cerrada con llave y tranca. No se abrió en todo el día y antes de irme a acostar fui a revisarla y la hallé tal como la había dejado a la mañana.

—¿Sabe a qué hora sonó el disparo?

—No.

—¿No dejó de marchar su reloj cuando se rompió el cristal?

—¡Ah, sí! No había pensado en ello. Aquí lo tiene usted. Es un recuerdo de un hermano mío que murió hace diez años. Era un reloj de bolsillo, grande y grueso, de acero oscuro. Señalaba exactamente las 8:45 horas.

Formulé otra pregunta:

—¿Sabe usted algo de la carta?

—¿De qué carta?

—De la que hemos encontrado en el escritorio.

—¿Qué decía? —preguntó con los ojos muy abiertos por la curiosidad.

—¿Usted no sabe cuándo la recibió la señora de Ortúzar?

—No sé ni una palabra de eso, señor oficial. Se lo juro por la finadita. —Se refería, evidentemente, a la primera esposa del doctor Ortúzar.

Una contradicción

Sudoroso y desmelenado, Navarro se dejó caer en un sillón frente a mí, en el cuarto de costura. Con voz debilitada por la fatiga, exclamó:

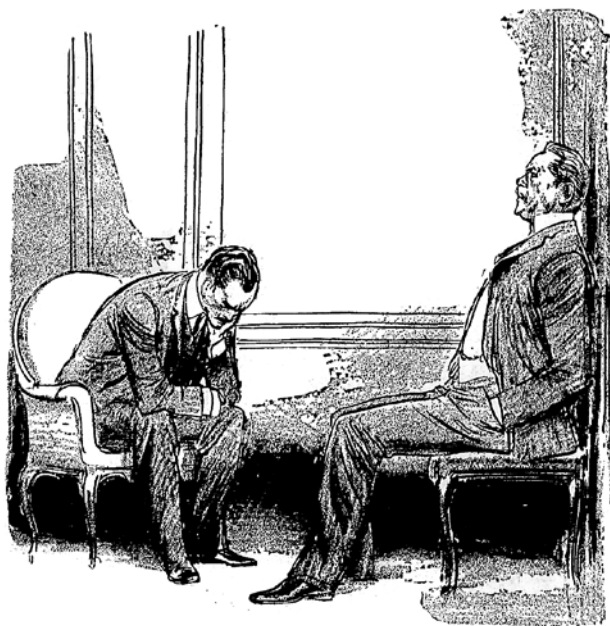
—¡Nada en limpio! ¡Ni el revólver ni ningún otro rastro!... He trabajado como un changador, en compañía de Fernández; he puesto todo patas arriba, incluso en las habitaciones de los sirvientes y hasta me he permitido la libertad de abrirle el vientre a un sillón sospechoso, pero mi labor ha sido inútil. Si el doctor Ortúzar se da cuenta de cómo le he dejado el moblaje —agregó sonriendo—, es capaz de ponerme de un puntapié en medio del camino... ¿Ha sacado usted algo en limpio de su interrogatorio, Amenábar?

Le alargué varios papeles cubiertos de anotaciones que él tomó lleno de curiosidad y comenzó a leer enseguida. Al cabo de varios minutos de lectura dijo:

—Además de algunos antecedentes que pueden sernos de utilidad, lo que se desprende de todas estas declaraciones es la exactitud, hasta donde puede ser demostrada, de cuanto afirma el doctor Ortúzar. Y otro detalle, también importante: la hora exacta en que sonó el balazo. En cuanto a la actitud sospechosa de Malone, me tiene sin cuidado. Debe ser un hombre muy encariñado con el doctor Ortúzar y debe tener lo que la mayoría de las personas a quienes interrogamos en sucesos de importancia: miedo de comprometer.

—Tengo la convicción, comisario —dije—, de que si hallamos el revólver de calibre 38 que usted ha estado buscando, tendremos la pista más segura para individualizar al asesino.

—Y yo, Amenábar, tengo otra convicción: la de que dentro de los alambrados de La Madreselva todavía está el criminal. Hasta es probable que aún no haya salido de la casa. De cualquier modo, y para evitar que huya, he ordenado que enciendan todos los faroles disponibles, que los cuelguen del cerco y que el sargento monte guardia en los jardines.



Se echó hacia atrás en su asiento y cerró los ojos como si fuera a dormir. Su ancha caja torácica comenzó a subir y bajar rítmicamente. Yo lo conocía bien: al revés de lo que parecía, el sueño se alejaba de él en esos instantes en que se entregaba a un intenso trabajo mental. Su razonamiento claro iba examinando

los hechos, analizándolos, encadenándolos o relacionándolos; su imaginación poderosa haría lo demás.

En aquel tiempo profesaba yo una admiración sin límites por el comisario Navarro, admiración que los años no han podido disminuir en un ápice. Estaba entonces, y lo estoy hoy, absolutamente convencido de que ese hombre, en un medio más propicio para poner a prueba sus dotes de pesquisante de excepción —la policía de la Capital Federal, por ejemplo—, habría conquistado rápidamente un merecido renombre.

El hondo silencio que había vuelto a caer sobre La Madreselva, se agregaba a la atmósfera de muerte y de misterio que parecía respirarse allí.

También yo me entregué a la meditación. Como en todos los casos en que me había hallado frente a un asunto complicado, volví a examinar los hechos, procurando librarlos de la hojarasca que suele agregarles la imaginación de los demás y nuestra propia imaginación sobreexcitada.

Descubrí entonces que necesitaba saber con certeza si el doctor Ortúzar había abandonado en algún momento la casa después de que sonó el balazo o no, y fui hasta el hall, donde todavía estaban, con el terror retratado en los semblantes, la mucama, Ana y Zoilo. Al Alemán lo habíamos encerrado en la cocina. Interrogué una a una a las mujeres, por separado, y las tres coincidieron en afirmar que el dueño de la casa quinta no había salido en ningún momento de ella desde que llegó de Santo Domingo.

Volví a sentarme frente a Navarro, que seguía en la misma postura en que lo había dejado, con su papada de hombre grueso rebosando del alto cuello y su rítmico respirar. Examiné los apuntes que acababa de recoger mientras tomaba declaraciones a los sirvientes de La Madreselva y hallé una contradicción en la que no había reparado antes: mientras la mucama daba a entender que la cocinera no se había movido de su lado en todo

el tiempo que ella estuvo en observación —es decir, desde que sonó el disparo hasta que llegamos nosotros—, Marta López me describió la posición, con lujo de detalles, en que había visto el cadáver de Elvira Costa. ¿Cuál de ellas había faltado a la verdad? ¿O ambas habían mentido?

Interrogué otra vez a la cocinera en el corredor, frente al cuarto de costura, donde estaba Navarro, con el objeto de que él escuchara nuestro diálogo.

—Usted me dijo —empecé diciendo— que junto al sillón donde se hallaba el cadáver de Elvira Costa vio un revólver oscuro. ¿No observó usted la posición en que estaba en el suelo?

Me miró con aire desconfiado y contrajo el ceño en un gesto que le endurecía todo el rostro. “Se pone en guardia”, pensé.

—¿Quién le dijo que yo había visto el cadáver? —exclamó.
—Usted.

—No puede ser —repuso con tono áspero.

—El hecho no tiene mayor importancia —dije entonces, siguiendo mi táctica acostumbrada en los interrogatorios—. Debo haberme confundido... El que me habló de la posición en que vio el cadáver fue... Espere usted... Fue Fernández, el jardinero. Usted no se atrevió a entrar para ver a la muerta, ¿verdad?

—No entré porque yo no me meto en lo que no me importa.

Su respuesta, dura como un latigazo, me hizo comprender la torpeza que cometimos al dejar que Malone tuviera oportunidad de hablarle. Y sin duda la había aleccionado bien.

Otra vez me di por vencido —por esa noche, se entiende— con aquella mujer. ¡Hubiera querido ver si en la comisaría, después de algunas horas de detención, se mostraba tan inaccesible!...

Interrogué enseguida a la mucama, frente otra vez a la puerta del cuarto de costura.

—Usted me dijo que cuando escuchó el balazo, estaba frente a la puerta de su habitación. ¿Es cierto eso?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo inmediatamente después de asomarse?

—Ya se lo he dicho, señor: quedarme plantada allí, sin sacar los ojos de las dos puertas de la casa, esperando que saliera el asesino.

—¿Estaba usted sola?

—No, señor. Ya le he dicho que la cocinera se quedó a mi lado.

—¿No se alejó de junto a usted en ningún momento, hasta que llegamos nosotros?

—No, no se alejó.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—Sí, señor.

—¿Completamente segura?

Se atemorizó súbitamente ante mi insistencia, como si temiera que la culpara a ella de ser la matadora de Elvira Costa. Con voz balbuciente, exclamó:

—Le juro por lo que más quiero, señor oficial, que le digo la verdad. Creo que la cocinera no se movió de mi lado, pero segura como usted dice no puedo estar. Yo estaba tan absorta en la contemplación de las puertas de la casa, que es probable que no haya notado su ausencia, si en algún momento me dejó sola.

Parecía sincera.

¿Cuál de los dos la mató?

En voz baja y sin cambiar de postura ni siquiera abrir los ojos, Navarro comenzó a hablar pausadamente, como si volviera a medir el valor de las palabras antes de pronunciarlas.

—He llegado a conclusiones que juzgo satisfactorias para el éxito de nuestras pesquisas, y hasta es posible que haya aclarado o casi aclarado el dramático suceso de esta noche.

Yo lo escuchaba atentamente; él hizo una pausa ordenando sus ideas.

—Hasta ahora, de acuerdo con las indagaciones realizadas, puede darse por seguro que a las ocho horas y cuarenta y cinco minutos se escuchó la detonación de un arma de fuego. Esa detonación provenía del escritorio. En el escritorio nos hallamos un revólver de calibre 32 que no coincide con el calibre de la bala que provocó la muerte de Elvira Costa. Con ese revólver se ha hecho fuego, pues tiene una cápsula vacía y uno de los testigos lo vio humeando aún. Pero se ha asesinado a Elvira Costa, se le ha disparado con otro revólver, cuya pólvora, naturalmente, debió explotar con gran ruido. ¿Voy bien orientado, Amenábar?

—Me parece muy bien, comisario —me apresuré a decir—. Creo que, de acuerdo con ese planteamiento, surge una pregunta a la que convendría encontrar respuesta: ¿Cuál de los dos revólveres produjo el estampido que han escuchado todos los habitantes de La Madreselva? ¿El de calibre 32 o el de calibre 38?

Navarro seguía echado hacia atrás, los ojos cerrados. Con voz serena, pero donde se traslucía la convicción de que estaba en lo cierto, dijo pausadamente:

—El estampido que escucharon todos los habitantes de La Madreselva fue producido por los dos revólveres.

Me estremecí.

—¡Sí! —grité con entusiasmo incontenible—. Sí, eso debe haber ocurrido: los dos revólveres lanzaron sus balas simultáneamente. Y eso revelaría, comisario, que ha habido lucha; que alguien atacó con un revólver y alguien se defendió con el otro...

—¿Me deja usted, Amenábar, que le siga exponiendo mi pensamiento?...

—Perdone, comisario, que lo haya interrumpido...

Sonrió; enseguida dijo:

—No conviene apresurarse tanto... Hay que sofrenar la imaginación demasiado viva que, así como nos hace ir bien en algunos asuntos, en otros complica y oscurece todo. Tratemos ahora de hallar al asesino. El lograr este propósito no es tan difícil, me parece, como uno se figura a primera vista... Mire usted: de las declaraciones de los testigos y del examen que he hecho de la casa, debe deducirse que el criminal no salió de aquí. La puerta principal la he hallado cerrada con tranca y con llave, y la llave se halla en el hall, sobre un mueble, desde esta mañana. La declaración de la mucama, que se mantuvo observando las puertas, es muy valiosa, porque parece una mujer franca y honrada. Tres personas había en la casa cuando nosotros llegamos, una de las cuales había sido muerta con un revólver de calibre 38: Elvira Costa, Ana Grimaux y Ramiro Ortúzar. ¿Quién de los tres manejó ese revólver? Habíamos quedado antes en que son dos los revólveres que funcionaron, probablemente en el mismo instante. No es posible pensar que Elvira Costa manejara los dos... Si manejó algún revólver, ese fue el de calibre 32, caído junto a su

mano derecha. Luego, no fue un suicidio. Y si no fue un suicidio, solo el doctor Ortúzar o Ana han podido matar a Elvira Costa. ¿Estoy raciocinando bien, Amenábar?

—Magníficamente.

—¿A cuál de los dos prefiere usted como asesino, Amenábar?

—Todavía falta aclarar un punto, comisario, para que su hipótesis se ajuste más a los hechos: ¿dónde está el proyectil de calibre 32? He examinado prolijamente el escritorio, incluso las paredes y el techo, y no he encontrado la menor huella de bala.

Navarro se incorporó en el asiento, abriendo mucho los ojos.

—La bala de ese revólver, yo sé dónde debe estar: en el cuerpo del asesino. Elvira Costa manejó el revólver para defenderse. En distancias tan cortas no se necesita tener puntería para acertar con el blanco que uno toma...

—Pero ni Ana ni el doctor Ortúzar están heridos.

Navarro se inclinó hacia mí y en voz baja y emocionado, dijo:

—¿Ha observado usted la palidez cadavérica del doctor Ortúzar?

Cuatro visitantes

Aclaraba. Era un amanecer sucio y frío. Para desentumecerme, comencé a pasear por el corredor en el que desembocaba el cuarto de costura. No sentía sueño, pero sí un cansancio tremendo, que no podía combatir en ese momento con el mate amargo acostumbrado en la comisaría.

Estaba obsesionado por la hipótesis que había anunciado Navarro. ¿Era realmente el doctor Ortúzar quien había hecho fuego contra Elvira Costa? Me costaba admitirlo. Claro está que yo era entonces un muchacho inexperto y que me dejaba guiar más por impresiones que por razonamientos serenos.

Cuando le dije a Navarro que me resultaba difícil admitir que los dos esposos, empuñando sendos revólveres, se atacaran simultáneamente en el mismo momento en que quedaron solos, me repuso:

—¿Por qué cree usted que Ana no haya podido verlos en ese preciso instante?

Otra vez no supe qué decir.

Y cuando le pregunté por el revólver de calibre 38, contestó:

—¿Cree usted que no puede hallarse en uno de los bolsillos del pantalón de Ortúzar?

Me asomé al escritorio. El doctor Ortúzar todavía allí, de pie, rígido, con los brazos caídos, la cabeza gacha y la mirada vidriosa fija en la tela que cubría el cadáver de su esposa. Lo

observé atentamente, y aunque la luz de la lámpara era escasa, alcancé a ver una mancha oscura sobre la solapa del frac que aún vestía. ¿Sangre?

No notó mi presencia. De cuando en cuando, sacudía con energía la cabeza, murmurando:

—¡Elvira!... ¡Elvira!...

Afuera, ladraron los perros furiosamente. Agucé el oído. Volvió a reinar el silencio, hasta que el sargento apareció ante mí para decirme:

—Ahí afuera están cuatro personas. Son tres señores y una señorita. Parece que ya están enterados de la muerte de la señora...

Salimos de la casa. A la luz difusa del amanecer, distinguí un grupo de personas frente al portón que daba al camino principal. El agente de guardia allí les había impedido la entrada. El jardinero vino a mi encuentro:

—Son los mismos, señor, que estuvieron esta tarde: la niña Isabel, el ingeniero Fernández Acuña, el señor Pascual Robierti y el niño Federico...

Adelantándose a sus compañeros y con la voz quebrada por la incertidumbre y el miedo, Isabel me interrogó:

—¿Qué ha sucedido aquí, señor? Dígame, ¿ha ocurrido alguna desgracia?...

Clavó en mí la mirada de sus grandes ojos oscuros. Venía sin sombrero y mal peinada, con parte del cabello cayéndole sobre un hombro. Era pequeña, delgada, vibrante.

Creí del caso, antes de permitirles pasar, formularles a mi vez otra pregunta:

—¿Quién les dio la noticia de que aquí había ocurrido un suceso de importancia?

En lugar de contestarme, Isabel me llevó materialmente por delante y se lanzó a la carrera hacia la casa. Di orden al

agente de que dejara entrar a los acompañantes de la muchacha y me lancé tras ella. Se metió por la puerta lateral y se detuvo frente a la del escritorio. Su padre se volvió hacia ella, grave y silencioso. Isabel lo miraba, fatigada por la carrera, tratando de descubrir en su fisonomía lo que había ocurrido. Su mirada vagó después de un instante por la habitación y se detuvo sobre el bulto blanco del sofá. Lanzó un grito y corrió a refugiarse en los brazos de su padre, diciéndole con una voz en la que palpaba un hondo amor filial:

—¡Pobre, papá!... ¡Pobre, papito!...

El doctor Ortúzar se conmovió como un niño y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no dejar escapar las lágrimas.

Estaban aún estrechamente abrazados padre e hija, cuando penetraron al escritorio los tres hombres que acababan de llegar a La Madreselva. De la primera mirada, parecieron darse cuenta de lo que había ocurrido. “Acaso estén informados ya del suceso”, pensé. En silencio fueron estrechando la mano del doctor Ortúzar y dándole suaves golpes en la espalda en señal de afecto. Después salieron al corredor, me hicieron señas para que me acercara a ellos y me preguntaron todos a una:

—¿Qué ha ocurrido?

—¿No lo saben? —repuse a mi pesar con cierta sorna.

—No —contestó el más joven de los tres, es decir, Federico Robierti. De frente despejada y convexa, ojos vivaces, bigote recortado y complexión atlética, tuve la sensación de que lo que había dicho de él el ama de llaves era exacto: me parecía vehemente y soñador. Su padre pareció molestarse por mi pregunta:

—¿Cómo quiere que lo sepamos? ¿O ignora usted que recién acabamos de llegar a la quinta?

—La señora Elvira Costa se ha suicidado. Anoche, al rato de irse ustedes, se descerrajó un balazo en el pecho...

—¡No puede ser! —exclamó con vehemencia Fernández Acuña—. ¡Le digo a usted que no puede ser! Anoche mismo he hablado con ella y me confesó —estoy absolutamente seguro de que no mentía— que por muchos motivos se consideraba feliz, absolutamente dichosa...

Observé que Robierti, su hijo y Fernández Acuña, estaban pálidos como muertos.

Por fin habló el primero, y dijo:

—¡No diga usted eso, por favor! ¿Cómo podemos saber nosotros los motivos que haya podido tener ella para...?

—¡No, no y no! Elvira no ha podido suicidarse. La conozco como a mis manos —interrumpió el ingeniero. Después se volvió hacia mí:

—No quiero poner en duda su palabra, señor, pero desearía que me dijera si está ya comprobado que fue un suicidio.

—Sí —mentí tranquilamente.

—¿Es posible, Dios mío?... —Después de una pausa, se dirigió de nuevo a mí—: ¿Sabe usted o sospecha al menos cuál fue la causa del suicidio?

Dije que no con la cabeza.

Después se pusieron a conversar los tres en voz baja, con el evidente propósito de que yo no los oyera. Volví a pasearme por el corredor, frente al escritorio en que seguían abrazados el doctor Ortúzar y su hija. Esta le decía en voz baja y con tono de gran ternura:

—¡Pobre papá! ¡Cuánto sufrimiento!...

La voz de Pascual Robierti volvió a elevarse:

—Es necesario que saquemos a Ramiro del escritorio. No es posible dejarlo en la misma habitación donde se halla el cadáver...

Volvieron al escritorio, y luego de hacerle una señal de inteligencia a la hija para que los ayudara en la empresa, invitaron al doctor Ortúzar a descansar un momento.

—No; gracias —repuso secamente el médico.

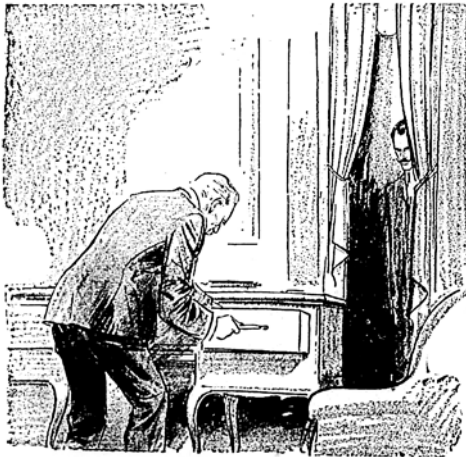
—Vamos papá —dijo suavemente la muchacha, tomando a su padre del brazo. Él se dejó conducir dócilmente; tomó asiento en el hall. Isabel se ubicó a su lado.

—¡Pobre papá!... —volvió a decir, ella, acariciándolo.

Era un cuadro emocionante el de aquel padre que sobrellevaba con tanto dominio su dolor, pero que flaqueaba ante la hija cariñosa.

Salí al jardín a caminar. El aire fresco aclaró mis ideas y me hizo raciocinar mejor. No quise pensar más en quién podía ser el asesino, sino en ir reuniendo observaciones y en cadenando hechos. Después... ya se vería si tenía yo aptitudes de pesquisante o no.

Una preocupación me asaltó: ¿cómo se habían enterado los cuatro visitantes de que en La Madreselva había ocurrido un suceso grave? Dispuesto a salir de dudas enseguida, regresé a la casa. Al pasar frente a la puerta del escritorio, vislumbré adentro a Pascual Robierti. Lo que llamó poderosamente mi atención es que caminaba procurando no hacer ruido. Me detuve a observarlo.



Fue directamente hacia el escritorio y con gran rapidez abrió un cajón. En ese momento levantó los ojos y advirtió mi presencia, pero fingió no verme —al menos, así me pareció a mí—, cerró el cajón sin haber puesto ni sacado nada de él y quedose contemplando la forma blanca de sobre el sofá.

—¡Pobrecita!... —murmuró con acento de dolor sincero. Después vino hacia mí.

—¡Oh! ¿Estaba usted aquí?... No lo había visto. Estaba mirando y revolviendo un poco los papeles del doctor, con la esperanza de hallar algo —dos palabras, aunque más no fuera— en las que la pobre Elvira explicara el motivo de su tremenda resolución.

Me ofreció un cigarrillo y salimos al jardín.

—¿Cómo se les ocurrió a ustedes venir a La Madreselva?

—El doctor Rodríguez —buen amigo mío— vive muy cerca de La Colorada y anoche lo había invitado yo a jugar a los naipes en casa. No fue ni me mandó aviso, hasta que esta madrugada la esposa de Rodríguez creyó del caso mandarme a decir que algo grave habría ocurrido en La Madreselva porque su marido había sido llamado con urgencia para aquí.

Un hallazgo en el jardín

Otra vez me puse a andar por el jardín, en compañía de Navarro. Cuando le dije en qué circunstancia acababa de ver a Pascual Robierti, contrajo mucho las cejas, diciendo:

—Puede ocurrir que hubiera varios interesados en eliminar a Elvira Costa. Tendremos que reunir los antecedentes de todos los que se hallan en este momento en La Madreselva. Pero mi hipótesis sigue pareciéndome perfectamente lógica.

Estaba resuelto por Dios que nuestra permanencia en La Madreselva iba a ser un continuo sobresalto. En efecto: acababa de pronunciar Navarro esas palabras cuando resonó en la casa un angustioso grito de mujer.

Corrimos. En el hall todos rodeaban el cuerpo rígido del doctor Ortúzar.

Fernández Acuña, volvióse hacia nosotros, con el semblante descompuesto.

—¡Creo que ha muerto! —dijo con voz enronquecida.

Ortúzar era transportado en ese momento en brazos de su hija y de Federico, hacia uno de los dormitorios. El rostro exangüe, con las huellas de un sufrimiento terrible, y la rigidez de su cuerpo lo hacían parecer un cadáver.

En busca del doctor Rodríguez recorrí todas las habitaciones de la casa, llamándolo a gritos. Lo hallé dormitando sobre varias sillas, con las que él había improvisado una cama, en el comedor.

—¿Qué pasa? —preguntó restregándose los ojos—. ¿Por qué grita usted tanto?...

Lo llevé del brazo hasta la habitación en que se hallaba el dueño de casa. En el momento en que iba a entrar, le murmuré al oído:

—Fíjese usted si el doctor Ortúzar está herido y si tiene un revólver oculto entre las ropas.

—Bien —repuso también en voz baja.

Examinó a su colega. Enseguida dijo:

—Es del corazón... Trataremos de hacerlo reaccionar. Ahora, hagan ustedes el favor de dejarme un momento solo con él. Usted, señorita —se dirigía a Isabel—, quédese al lado de la puerta. La llamaré enseguida.

—¡No! ¡No quiero separarme de mi padre! No me moveré de aquí —repuso la muchacha con voz enérgica que era casi un grito.

Federico se acercó a ella:

—Un poco de fuerza de voluntad, Isa...

Ella lo miró con los ojos húmedos de lágrimas, en un gran esfuerzo logró dominarse y salió con nosotros de la habitación.

Navarro me esperaba. Salimos nuevamente al jardín.

—Mientras Rodríguez busca en el cuerpo del doctor Ortúzar la bala de calibre 32 y entre sus ropas el revólver de calibre 38, examinemos el alambrado que rodea la propiedad para descubrir el lugar por donde ha saltado el Alemán —me dijo.

Frente al camino que corría junto a los rieles del ferrocarril, contra el alambrado, hallamos la huella de dos pies bien diseñados en el barro. Esas huellas se perdían sobre el césped del jardín. En ese mismo lugar colgaban varias ramas de madreSelva y había en el suelo algunas hojas verdes, separadas poco antes de la planta. En las púas del alambre que coronaba el cerco descubrimos algunas hilachas.

—No cabe duda, comisario —dije—, el Alemán saltó por aquí.

Seguimos dando vueltas por el jardín. Las huellas aparecían en el barro y desaparecían en el césped. Iban y venían, de un modo inexplicable para mí.

—Ha estado en observación horas enteras—dijo Navarro—. Sin duda, esperaba el momento propicio para actuar.

—¿Qué cree usted que vino a hacer a esta casa, comisario?

—Supongo que a robar.



Al pie del mismo árbol donde lo habíamos hallado la noche anterior, la tierra estaba movida. Con la punta de la bota, Navarro escarbó un poco. Algo había oculto allí, sin duda. Busqué con las manos y encontré unidas por un alambre siete llaves de diferente

tamaño, un cuchillo pequeño de hoja triangular y un trozo de papel apelonado.

—¡Hombre vivo, el Alemán!... Cuando nosotros lo buscábamos, tuvo la suficiente presencia de ánimo para ocultar aquí todo lo que luego pudiera comprometerlo... Ya ve usted, Amenábar, cómo venía a robar...

Desplegué el trozo de papel, sucio de tierra, que acababa de hallar. Tenía algunas rayas trazadas con lápiz grueso en diferentes sentidos y en el primer momento no supe qué podía ser aquello.

—Observe usted bien: es un plano —dijo Navarro.

—¡Es el plano de esta casa, comisario!

Lo examinamos más atentamente: efectivamente, era el plano de la casa de La Madreselva. Lo curioso era un detalle: las líneas que delimitaban el escritorio estaban trazadas con lápiz rojo, diferenciándolo así de todas las otras habitaciones. ¿Qué podía significar aquello?

Navarro se rascó la cabeza, contrayendo en su cara un gesto que le era peculiar cuando se desconcertaba.

—Vacila su hipótesis, comisario —le dije, con la franqueza que siempre tuve para con él.

—Quizá...

Regresábamos a la casa observando cuidadosamente el jardín, cuando hicimos otro descubrimiento: sobre el césped, en varios lugares, había manchas oscuras de sangre. Expuse mi opinión:

—El Alemán, tal como la vieja chiflada me decía, debió producirse las heridas que tiene al penetrar en La Madreselva saltando el alambrado. Y en su inquieto ir y venir de un lado a otro del jardín, temeroso de que lo vieran o de que los perros lo descubrieran y aguardando el momento propicio de penetrar en la casa, ha regado un poco el pasto con su sangre. ¿No lo cree usted así, comisario?

Asintió con la cabeza, aunque no estoy seguro de que me hubiera escuchado: estaba sumergido en sus meditaciones, repentinamente ensimismado.

—La presencia del Alemán, la actitud de Robierti, la alegría de la anciana, todo contribuye a desorientar la investigación, a dar pie a cien hipótesis distintas pero todas contradictorias —murmuró, como hablando consigo mismo.

El doctor Rodríguez fue a nuestro encuentro.

—Al pobre Ortúzar le ha fallado el corazón. Me ha costado gran trabajo hacerlo reaccionar. Ahora es forzoso que guarde cama y se cuide, si no quiere arriesgar la vida con todas las probabilidades de perderla...

Lo interrogué con la mirada.

—Nada —repuso—. Ni herida ni revólver.

Navarro lo tomó del brazo:

—¿Está usted seguro de lo que dice, Rodríguez?

—Absolutamente seguro.

El comisario no era hombre para darse por vencido así no más.

—Estoy convencido de que dentro de los límites de mi hipótesis, está la verdad. Usted sabe, por otra parte, que una bala de revólver es cosa pequeña, Amenábar, difícil de encontrar. Pero también puedo estar equivocado de medio a medio. En investigaciones como esta es preciso no aferrarse a ninguna hipótesis...

—¿No cree usted, comisario... —lo interrumpí.

—...Que debemos seguir buscando hasta hallar el revólver de calibre 38 que utilizó el asesino? Ya ve usted, oficial, como sé lo que iba a decirme. Y bien, sí. Necesitamos hallar ese revólver, cueste lo que cueste. Hay que registrar de nuevo la habitación de Ana y hay que registrarla a ella...

Una desaparición

Examiné de nuevo y más prolijamente todavía que antes la habitación donde ocurrió el crimen. Ningún otro detalle pude agregar a mis observaciones anteriores. Hasta que se me ocurrió averiguar qué habría podido buscar allí Pascual Robierti. Entonces abrí el mismo cajón del escritorio que él había abierto. Contenía una apreciable cantidad de papeles de índole comercial, recibos de haciendas vendidas, etc.

Acababa de cerrar el cajón cuando Pascual Robierti entró en la habitación. Me saludó con gran afabilidad, para decirme luego:

—¿No le parece a usted que la presencia de la policía está ya de más? Que puede quedarse usted o el comisario, o los dos, aunque más no sea para desayunar después de la mala noche que han de haber pasado, me parece bien; pero ¿qué falta hacen los agentes y el sargento, que impiden en forma rigurosa la entrada y salida de personas de La Madreselva?

—Pronto nos retiraremos todos, con el detenido, si es que no viene el juez en persona.

Abrió mucho los ojos.

—¿Hay un detenido?

—Sí, probablemente se trate de uno de los tantos ladrones que merodean por estos contornos.

—¿Lo sacaron de aquí dentro?

—No, del jardín. Lo hallamos oculto entre los árboles.

Permaneció un momento reflexionando y luego dijo:

—¿Qué le parece si les hago servir a ustedes algo en el comedor?

—Los sirvientes deben estar todavía durmiendo...

—¡Oh! No se preocupe usted por eso. Yo los despertaré...

Salió de la habitación y un momento después me invitaba a pasar al comedor.

Tuve la sensación confusa de que me estaba tendiendo una celada. Antes de salir del escritorio me detuve a reflexionar sobre lo que convenía hacer. No encontré nada más atinado que cerrar con llave la puerta y guardarme la llave en el bolsillo.

En el comedor estaban ya sentados a la mesa el sargento y el comisario. Sobre una bandeja un montón de masas. (¿Restos del convite del día anterior?).

Pascual Robierti, obsequioso, nos preguntó:

—¿Beben champaña o prefieren algo caliente?

Navarro y Fernández optaron por algo caliente: mate. Yo me decidí por el alcohol.

—Voy a hacer que les sirvan unos mates...

Salió del comedor.

“Va al escritorio”, pensé. Regresó al cabo de varios minutos. Nada pude leer en su rostro demudado.

El champaña me sentó admirablemente. Como por encanto, todo mi cansancio había desaparecido. Mi pensamiento era claro.

Salimos al jardín. A la luz del sol, todavía indeciso en aparecer entre oscuros nubarrones, parecía más fácil de desentrañar el hondo misterio que envolvía el cadáver de Elvira Costa.

—La clave de todo, comisario —dije—, la puede dar el hallazgo de un proyectil de calibre 32 o el de un revólver calibre 38, o las declaraciones del Alemán.

—Efectivamente —repuso Navarro—. Pero el Alemán es muy astuto y me parece muy difícil que hable claro sin antes haberse pasado unos cuantos días en el calabozo. Con todo, podemos hacer ya un nuevo intento.

Entonces ordenó:

—Sargento, tráigame al Alemán.

El sargento se alejó a cumplir la orden y regresó corriendo casi enseguida.

—¡Comisario —dijo con voz entrecortada—, el Alemán se ha fugado!

Navarro masculló una palabrota:

—Todavía no habrá podido salir de La Madreselva. Estará oculto entre los árboles. ¡De cualquier manera hay que hallarlo!

Mientras Navarro y Fernández buscaban al Alemán por todos los rincones de La Madreselva, yo montaba a caballo y daba una vuelta en torno de la casa quinta, por si el fugitivo había logrado ya pasar el alambrado. No lo hallé ni encontré huellas de su paso.

—¿Y...? —preguntó Navarro al verme desmontar.

—Nada.

Echaba chispas por los ojos; su indignación era tan grande que casi no podía hablar:

—Han forzado la puerta de la cocina desde afuera para hacerlo escapar —barbotó—. ¿Quién cree usted que pudo haber sido?

—Pascual Robierti —repuse sin vacilar—. Fue con ese fin que nos reunió en el comedor.

—Sargento: ¡haga venir a Pascual Robierti!

Cuando Fernández hubo desaparecido, me permití decir:

—Comisario: le aconsejo que se serene. Ese Robierti debe ser un hombre astuto como pocos, y no conviene que se ponga en guardia al verlo a usted tan fuera de sí...

—¡Me da lo mismo que se ponga en guardia o no se ponga, oficial!... Lo cierto es que de mí no se va a burlar, ¡aunque para ponerlo en vereda tenga que jugarme el puesto!

Pascual Robierti apareció sonriendo con amabilidad, pero sin poder ocultar un gesto de desagrado que le contraía el semblante.

—¿Me necesita usted, comisario?..

Navarro lo miraba con los ojos inflamados de ira.

—Debo rogarle a usted —agregó el administrador de El Arenal con voz enérgica— que aperciba a ese sargento. Debe saber él que cuando me habla no lo está haciendo con un delincuente y que quien lo trata con tanta gentileza como yo, bien merece de su parte alguna consideración...

—Usted abrió la puerta de la cocina hace un rato, ¿verdad?

—Sí, comisario —repuso el otro, mirándolo a la cara con los ojos bien abiertos.

—¿Quedamos, entonces, en que usted facilitó la fuga del detenido?

—¿De qué detenido?

—¿No lo sabe usted? Del que estaba encerrado en la cocina.

—¿Ese hombre andrajoso, con la pierna herida, con facha de vagabundo?

Navarro asintió con la cabeza.

—¡Por todos los diablos!... Si este era el detenido, efectivamente le facilité yo la fuga. Verán cómo ocurrió eso. Cuando ustedes estaban en el comedor, fui a llamar a los sirvientes. Como la puerta de la cocina estaba cerrada, golpeé en ella. Alguien me dijo desde adentro: “Empuje la puerta, que no puedo abrirla. Han gastado una broma y me han dejado encerrado”. Empujé la puerta conforme me pedían y, en vista de que no cedía, recurrí a un trozo de hierro que hallé a mano. Hice saltar el cerrojo. El atorrante me dio las gracias y salió “a tomar un poco de aire”, según me dijo. Desperté a la mucama y regresé a donde se hallaban ustedes. Eso

es lo sucedido, que lamento profundamente. Pero ese individuo no habrá podido salir de aquí; para algo están los dos agentes, uno en cada puerta...

Esto lo dijo con cierta ironía en la voz.

Navarro había recobrado ya su serenidad, a costa de un gran esfuerzo de voluntad. Su astucia de gran policía se puso otra vez de manifiesto.

—Señor Robierti —dijo con voz tranquila—, usted sabrá disculpar a mi sargento... La culpa de todo la tengo yo. Perdí la serenidad cuando me dijeron haberlo visto a usted ayudando al Alemán a subir al techo de la cocina, y di orden de que lo invitaran a usted a venir aquí. Claro que esa orden habrá sido dada en forma destemplada y que el sargento habrá creído el caso de transmitirla tal como la recibí... Pero confío en que usted sabrá disculparnos al sargento y a mí...

Robierti le miró con indignación, pero no dijo una palabra, giró sobre sus talones y se alejó.

Navarro se echó a reír gozosamente.

—Esto se complica —dijo luego, poniéndose serio—. Pero me ha alegrado el hecho de saber que Pascual Robierti algo tiene que ver con el Alemán. Es una pista. Este Robierti debe ser un pez bien gordo y difícil de pescar. Tengo la convicción de que ha sacado ventajas personales o pretende sacarlas con la muerte de Elvira Costa.

—¿Y eso que le dijo usted, comisario, de que había sido visto ayudando al Alemán a subir al techo de la cocina?...

—Simple deducción. Si el Alemán no estaba en La Madre-selva, lo lógico es pensar que al huir haya evitado los alambres de púas que le hirieron de mal modo al entrar. Para evitarlos, no hay más que salir por sobre la cocina o las habitaciones de los sirvientes, que están unidas a la cocina, o por el techo de la cochera. Pero como para ir a la cochera hay que pasar delante del agente de guardia en la puerta principal...

—¿Pero eso de la ayuda que le prestó Robierti para subir?...

—¿Pero cómo cree usted que sin escalera de mano y con la pierna herida como la tiene pudiera llegar el Alemán solo al techo?... ¿Y no es verdad, Amenábar, que lo dije con la mayor naturalidad del mundo?... Él ni se atrevió a desmentirme...

Lo que dice Federico Robierti

Llamé un momento a Isabel al hall. Con evidentes muestras de desagrado abandonó a su padre, a cuyo lado había permanecido desde varias horas atrás.

—Señorita —le dije—: su padre, según creo, tiene algunos papeles de importancia en el escritorio. Considero que allí no se hallan seguros del todo. ¿Quiere usted hacerse cargo de ellos o guardarlos en esta habitación?

Me miró con una mirada que significaba: “¿Y para esto me quería hablar a solas?”. Luego dijo, entrando en la habitación de donde acababa de salir:

—Dígale al señor Robierti, hágame usted el favor, que se haga cargo de esos papeles...

¡El remedio me parecía peor que la enfermedad!...

Tenía la llave del escritorio en el bolsillo, pero era evidente que no podía continuar la clausura de la habitación por mucho tiempo.

—Usted, que es tan hábil para los interrogatorios —me dijo Navarro—, hágale unas cuantas preguntas al hijo de Pascual Robierti...

—¿A Federico Robierti? Muy bien.

En el cuarto de costura hice sentar al joven frente a mí. Navarro estaba en el corredor, junto a la puerta, y podía oírnos perfectamente.



Le ofrecí un cigarrillo, diciéndole:

—Usted sabe que la señora Elvira Costa se suicidó. Nosotros poco tendríamos que hacer aquí si no fuera por el hecho de que, para hacer el sumario que debemos elevar al juez, necesitamos algunos datos más.

—¿Se puede saber cuáles son? —repuso—. Cuente usted con mi colaboración amplia para lo que guste.

—Gracias... Se trata de ciertos detalles que no tienen para usted ni para las demás personas de esta casa la menor importancia, pero que para demostrar al juez que trabajamos y hacemos las cosas bien...

—¿Nada más que por eso?

—Verá usted: el juez a quien toca intervenir en este asunto, es el doctor Garland, muy rígido, muy áspero en el trato...

—Efectivamente, es así el doctor Garland.

—¿Lo conoce usted?

—Un poco. Es gran amigo de mi padre.

—Bien: a nosotros, es decir, al comisario Navarro y a mí, nos tiene desde hace tiempo montados en la nariz. Hace poco, en el asunto del asesinato de Alfredo Bianchi, nos devolvió el sumario porque advirtió en él una contradicción que no tenía ninguna importancia y que se debía solo a un error en que incurrí al copiarlo. Por eso, como le iba diciendo, tenemos que hacer aquí las cosas bien, sobre todo teniendo en cuenta que la personalidad del doctor Ortúzar hará que el juez observe con más cuidado la labor nuestra...

No pareció muy convencido con esa explicación.

—Sí, como usted dice, la señora Elvira Costa se ha suicidado, ¿qué necesidad de hacer mayores averiguaciones tienen ustedes?

—Ya se lo he dicho: elevar en forma el sumario al doctor Garland.

—¿Y para eso necesita hacer tantas averiguaciones? De anoche a hoy supongo que habrá usted reunido todos los datos que necesita...

—No, no los he conseguido. Creía tenerlos cuando el asunto se complicó...

—¿Se complicó?...

—Sí, detuvimos a un individuo dentro de la quinta. Está herido y nos formuló declaraciones tan contradictorias que puede considerársele como muy sospechoso...

—¿Sospechoso de qué?

—Pues... de algún delito. O lo cometió o iba a cometerlo. Eso parece evidente.

—¿Pero tiene algo que ver, acaso, el suicidio de la señora de Ortúzar con ese individuo?

—Parece que sí —dije tranquilamente.

Federico cambió instantáneamente de color.

—¿Qué dice usted?... —exclamó, alzando la voz—. ¿Cómo es posible que piensen que un delincuente haya tenido algo que ver con la señora Elvira?

—Sin embargo, así es —contesté con tono indiferente.

—¿Dónde detuvieron a ese hombre? —preguntó con vehemencia.

—En el jardín. Estaba oculto entre los árboles. Al rato de irse ustedes...

No pareció muy convencido con esa explicación.

Simpatizaba yo con ese muchacho y podía manejarlo a mi antojo en el interrogatorio.

Hice una pausa, que él no toleró en silencio:

—... ¿Qué?

—... La señora Elvira Costa salió al jardín. Entonces el individuo le dio una carta, que tengo aquí, en el bolsillo...

No pudo dominar un movimiento de impaciencia.

—¡A ver!... Muéstremela usted —exclamó.

Lo tenía entre mis manos. Podía jugar con él como el gato con el ratón.

—Con mucho gusto... Pero antes, señor Robierti, le agradecería me contestara algunas preguntas...

—¿Por qué antes?

—¡Porque esta es una carta comprometedoral!

Mi audacia hizo estremecer a Navarro; se percibió claramente el ruido de una pisada.

En voz baja y ronca, Federico me interrogó:

—¿Quién está ahí?

Me encogí de hombros.

Me miró a los ojos, con mirada de animal asustado.

—Tranquilícese usted —le dije con el mismo tono de voz que hubiera empleado para calmar la inquietud de un niño.

Se levantó bruscamente.

—¿Adónde va? —pregunté.

—Voy a decirle a papá que se ponga enseguida en contacto con el doctor Garland para que este asunto esté de una vez en las manos de quien debe estar...

—Le ruego que se serene y se siente —le dije—. Quiero hacerle algunas preguntas sin importancia. Ya vendrá el doctor Garland sin que su padre lo llame...

—Me niego rotundamente a contestar ninguna clase de preguntas.

En el momento en que iba a salir de la habitación, la maciza figura del comisario le cerró el paso.

—¡Un momento, señor! Necesito cambiar algunas palabras con usted.

—¡Ya decía yo que estaba usted escuchando!

—¿Y eso que tiene de malo?

El joven se había puesto rojo de indignación. Por más esfuerzos que hacía para dominarse, su furia estaba a punto de estallar. Hasta había cerrado los puños... Quizá se proponía comenzar a repartir golpes.

Intervine yo amistosamente. Le tomé con afabilidad del brazo, diciendo:

—Esta parece una conversación de chicos... Si usted no quiere decir nada, no lo diga. Nadie puede obligarlo a ello. Pero yo creía que era usted el interesado en aclararnos ciertos puntos...

—¡Yo no tengo que aclarar nada!

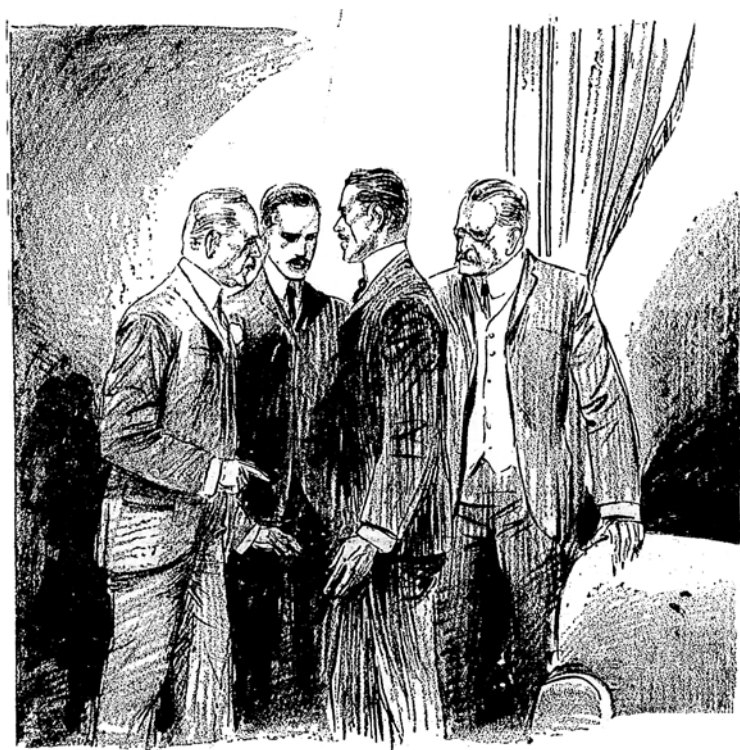
—¿Olvida usted la carta?

—¡Me importa un bledo esa carta!

—Perdóneme que no lo crea... Esa carta tiene mucha importancia para usted...

Sabía yo que estaba jugando con fuego, pero juzgaba conveniente seguir en ese tren, para que el muchacho perdiera definitivamente los estribos y, en su indignación, nos dijera algo de interés para la pesquisa.

—¡Si tiene mucha importancia para mí, muéstremela!
—gritó—. Si no, ¡váyase al diablo!



—Está usted hablando con un oficial de policía y si no sabe dominarse, me veré en la necesidad de detenerlo.

—¡Qué va a detenerme usted!...

Estaba frente a mí, casi en guardia de box, a punto de golpearme. Había gritado tanto que el administrador de El Arenal acudió presuroso.

—¿Qué ocurre? —dijo con duro acento. Nos miraba con la cara contraída en un gesto dominador que no le había visto antes. Ninguno de nosotros respondió.

Paseó su mirada, que tenía ahora un brillo acerado, por sobre todos nosotros y exclamó al fin:

—¡A ver si guardan un poco de compostura ustedes! Para pelear, el camino. Aquí, un poco de moderación y otro poco de educación...

Navarro se adelantó. En su cara de hombre bueno e inteligente, leí una firme determinación. “Se está jugando el puesto”, pensé.

—Oiga —dijo con voz terrible—. No le permito a usted la menor insolencia, o lo meto engrillado en un calabozo.

Ante esa voz imperiosa y resuelta, Pascual Robierti se transformó.

—¡Es que no dejan descansar al doctor Ortúzar!... Un poco de calma, señores, no está de más...

—Siéntese —dijo Navarro imperiosamente.

El otro lo miró sorprendido.

—Siéntese —repitió el comisario.

El administrador iba a sentarse, pero se contuvo de repente y reaccionó con violencia:

—¿Qué se ha creído usted? ¿Sabe con quién está tratando? ¿O se figura que está en la comisaría, entre ladrones?

Navarro salió de la habitación; oímos su voz en el jardín:

—¡Sargento!

Volvió, acompañado de Fernández.

—Conduzca detenido a este señor. Trátele con la mayor consideración, pero no permita que se tome ninguna confianza...

Federico borbotó una interjección. Su padre gritó enloquecido:

—¡A mí no me sacará de aquí vivo!

Echó la mano al pecho, donde un bulto sospechoso indicaba la presencia de un arma. En la mano de Navarro, por su parte, brillaba ya un revólver.

Federico miraba, pronto a saltar sobre nosotros como una fiera.

El sargento —un chino alto, recio, valiente como un león— avanzó hacia Robierti.

Una conversación interesante

—¿Qué va a hacer usted? ¿Qué es lo que ha pasado aquí?...
Fernández Acuña estaba allí; ni siquiera lo habíamos visto entrar.

Después hubo un momento de confusión indescriptible. Hablaban los Robierti, hablaba Fernández Acuña, hablaba yo. No nos entendíamos. Los únicos que se mantenían silenciosos eran Navarro y el sargento.

Pascual Robierti pareció convencido por las palabras del ingeniero y se volvió hacia nosotros:

—Quisiera que me disculparan... Estoy con los nervios desequilibrados desde que me enteré del suicidio de Elvira...

—Yo también le pido perdón —dijo Federico, tendiéndome la diestra.

—Bien... bien... —murmuró Navarro, sin variar para nada la dura concentración de su semblante.

—Aquí no ha pasado nada... —decía el ingeniero, haciendo esfuerzos inauditos por devolvernos la tranquilidad a todos.

El único que no parecía darse por aludido ante semejantes pruebas de cordialidad era el sargento. Seguía junto a Robierti, dispuesto a conducirlo detenido. Navarro le hizo una seña y abandonó la habitación.

—¿Por qué no tomamos asiento y conversamos un momento todos amistosamente? —dije.

En la habitación no había más que tres asientos, ninguno de los cuales quiso ocupar Navarro, ni quise ocupar yo.

—¿Qué es lo que ustedes quieren saber? —interrogó el ingeniero—. Si en algo puedo serles útil, dispongan de mí a su antojo...

—Muchas gracias. Se trata de reunir algunos elementos relacionados directa o indirectamente con el suceso de anoche...

—¿Quieren ustedes reunir información alrededor del suicidio de la esposa de Ortúzar? ¿Y para qué? —preguntó Fernández Acuña.

—Queremos saber si la idea del suicidio fue de la señora o no.

Estas palabras de Navarro produjeron entre los presentes gran efecto.

—¿Tiene usted motivos para creer que no lo haya sido? —preguntó el ingeniero.

—Sí.

—¿Es posible? ¿Y qué es lo que lo induce a creer eso?

—La detención de un individuo que se hallaba oculto en el jardín de esta casa, precisamente en el momento en que sonó el disparo fatal.

—¿Pero tiene algo que ver ese individuo con lo ocurrido a la señora o se trata de una mera suposición?

—Tiene que ver —repuse—. Estoy absolutamente convencido de ello.

El ingeniero se puso de pie.

—¡Ya lo decía yo! ¿Cómo era posible de otro modo imaginarse que una muchacha que se halla en el momento más feliz de su vida, y le dice a uno de sus amigos más íntimos...?

Se detuvo, al ver clavados en él los ojos brillantes de Federico.

Hubo un silencio embarazoso.

—Parece que usted —dijo Navarro— suponía ya que la trágica determinación de la señora no había sido espontánea...

—Efectivamente.

Después de una pausa, agregó:

—En todo esto hay algo raro. Pero si ustedes son tan amables que relaten lo que saben... Todos somos de confianza, pueden estar seguros de ello.

—Bien sencillo es todo y más sencillo hubiera sido aún si el individuo que detuvimos hubiera logrado fugarse. Ese sujeto...

—Entregó una carta a la señora, un momento después de irse ustedes —interrumpí, deseoso de impedir que el comisario contradijera mis palabras de un momento antes.

—¿Y esa carta la han hallado ustedes?

Moví la cabeza en señal afirmativa, llevándome una mano al bolsillo.

—Pero usted —me dijo Federico con voz tonante— no va a darse el gusto de andar exhibiendo una de índole privada...

—Pierda usted cuidado —repuse flemáticamente—. El único que la verá será el doctor Ortúzar...

Estaba yo jugando otra vez con Federico como el gato con el ratón.

Se puso de pie, fuera de sí.

—¡No le permitiré a usted que difame a una persona muerta!

—¿Qué tiene de malo que el esposo se entere de...?

No me dejó terminar. Me arrojó a la cara un florero cargado de flores que estaba al alcance de su mano, sobre una mesita.

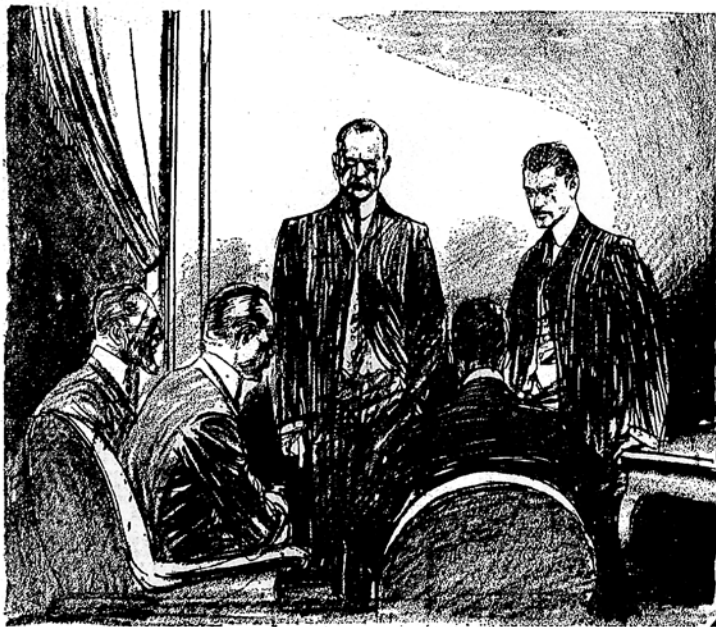
Fue tan repentina la agresión que apenas logré disminuir un poco la fuerza del proyectil poniendo una mano delante. Sentí en la mejilla derecha un escozor poco agradable, que me hizo perder también a mí la serenidad. Me precipité hacia Federico y él vino rectamente hacia mí. Tan violenta fue la embestida de ambos que nadie pudo contenernos. Alcancé a dar un puñetazo y recibí otro en el mentón, que me sacudió de pies a cabeza. ¡Sabía golpear el muchacho aquel!...

Nos sujetaron, nos separaron. Recobré enseguida mi serenidad habitual, en medio de la algarabía que se produjo.

Federico seguía increpándome en un tono tan agresivo que el ingeniero intervino:

—¡Por favor, muchacho!... Cálmate un poco y no insultes más...

—¡Y cómo llegue a enseñar esa carta —repuso el joven con tono amenazador— le juro que le retuerzo el pescuezo como a una gallina!...



Con la serenidad nació en mí el deseo de rehabilitarme ante Navarro, por la escena a que acababa de dar lugar, mostrándome buen policía y sacando el mayor partido posible de aquel incidente. Entonces dije con voz que procuré hacer destemplada:

—¡Esa carta será agregada al sumario, y si el juez no ordena otra cosa la facilitaré a los periodistas!

Es extraordinario comprobar cómo la indignación hace considerar como realidades tangibles las cosas más disparatadas. Así fue como Federico tomó tan a lo serio esas palabras mías. Los ojos se le saltaban de las órbitas y su padre, Navarro y Fernández Acuña a duras penas lograban contenerlo.

—¡Le voy a hacer comer esa carta!... —gritaba—. ¡Usted es un miserable!

Cuando se serenó un poco, el ingeniero vino hacia mí.

—¿Qué carta es esa? —preguntó en voz baja—. ¿Puede usted mostrármela?

—Luego le hablaré de esa carta. Ahora no puedo.

—Salgamos un momento al jardín, ¿quiere?

—Salgamos.

El aire fresco del exterior terminó por devolverme mi habitual tranquilidad de ánimo. Inicié yo la conversación:

—Antes de que usted, ingeniero, me haga preguntas, me permitirá que yo le formule algunas. Necesitamos algunos informes, algunos antecedentes de personas por usted conocidas...

—Perdóneme —me interrumpió—. Únicamente deseo que me diga una cosa: ¿es cierto que ustedes tienen indicios de que la trágica determinación de Elvira no fue espontánea, que alguien pudo amenazarla de tal modo?...

—Sí.

Se pasó una mano por la frente, repentinamente, oscurecida.

—¡Pobre Elvira!... —dijo con acento conmovido—. Anoche, al despedirme de ella, tuve como un presentimiento trágico... ¡La sabía tan feliz!... Es que yo, que era amigo de ella y de sus padres desde hace diez años, por lo menos, me consideré en el deber de averiguar anoche, precisamente, si era feliz... Ella confiaba en mí, creo, como en su hermano. Me dijo que sí, que quería iniciar su

nueva vida convirtiéndose en una dócil colaboradora de Ramiro. “Cuando él reanude sus trabajos científicos, tendrá en mí quien lo estimule y lo ayude...”.

Se interrumpió, mesándose con desesperación la barba.

—¡Elvira!...

Con tanta ternura pronunció este nombre que tuve una inspiración súbita: Fernández Acuña había estado enamorado de Elvira Costa.

—¿Es usted muy amigo de los Robierti? —pregunté después de una larga pausa.

—No. Los he visto cuatro o cinco veces en El Arenal, cuando iba a visitar a Ramiro. Y fue el mismo Ramiro quien me invitó a pasar algunos días en La Colorada, con el asentimiento de Pascual Robierti, que estaba presente. Sabrá usted que yo vine de mi estancia de General Madariaga exclusivamente para asistir a la ceremonia del casamiento del doctor y Elvira.

—Buena gente los Robierti, ¿verdad?

—¿Lo dice irónicamente?

—No. No vaya a pensar que guardo ningún rencor al muchacho por el incidente de hace un rato.

—Pues le diré: el muchacho me parece una excelente persona, a pesar de sus arrebatos; en cuanto al padre, ya es otra cosa. ¡Viera usted cuántas atenciones guarda conmigo, qué meliflúo es y cómo en realidad le molesta mi presencia en La Colorada! No me he ido de allí solo por no ofender a Ramiro.

—¿Es muy adinerado Robierti?

—No, según creo. Todo lo que tiene se lo debe a Ramiro, que nunca escatimó el dinero para el administrador de su estancia; La Colorada es un regalo de Ramiro. ¡Lástima que Robierti sea tan aficionado a los naipes!...

—¿Juega mucho?

—Mientras está en La Colorada, según oí decir a algunos sirvientes, casi todas las noches. Organiza partidas a las que asiste un grupo numeroso de amigos, entre los cuales se cuenta Héctor Rodríguez. Es este un hombre ordenado, que casi todas las noches pierde unos pocos pesos y se manda a mudar...

Paseábamos por los caminos del jardín. Después de una pausa, exclamó con el mismo tono conmovido de antes:

—¡Pobre Elvira!

—Era una muchacha sumamente atractiva, ¿verdad?—dije para hacerlo hablar.

—¡Y tanto! —repuso—. Si hubiera querido habría tenido a sus pies a hombres de la mejor clase social, de la más sólida posición económica... Tenía todas las dotes para ser una de esas mujeres que nosotros llamamos “fatales”, pero fue solo una muchacha honestísima, buena amiga de todos. Precisamente la indignación de Federico estriba en el hecho de que...

Se detuvo, como si no quisiera que yo lo juzgase mal si seguía hablando.

—¿De modo que Federico estaba enamorado de ella?—dije audazmente, interpretando su pensamiento.

—¿Lo sabía usted? Yo no le he dicho nada... Efectivamente, el muchacho estaba perdidamente enamorado de Elvira.

—¿Y sus amores con la hija del doctor Ortúzar?

—¡Oh! Son amores de chiquillos... Él fue hacia la muchacha como a un puerto, para intentar recobrar su tranquilidad. Pero todo ha sido en vano...

—¿Por qué cree usted eso?

—¿Acaso la carta que tiene usted no es de Federico?

No supe que decirle.

—No —dijo—, no me conteste nada. Piense usted que no soy tan tonto que no me haya dado cuenta exacta de que la

indignación de Federico para con usted tiene una justificación caballeresca, que lo honra. Lo que él teme es que su carta, la que usted guarda en el bolsillo, pueda exhibirse ante Ramiro o hacerse pública. Eso, estoy seguro, no lo hará usted nunca.

Continuamos andando en silencio.

—Oiga usted —dijo de pronto—, diga esa carta lo que diga, es difícil que haya podido ser la causa del suicidio de Elvira. ¿No lo cree usted así?

—¿Y qué cree que puede decir la carta?

—La carta debe ser una amenazadora declaración de amor; Federico le diría a la muchacha que de ninguna manera él renunciaba a su amor y que, fuese como fuese, él deseaba...

Se conturbó, por temor a que sus palabras pudieran ofender el recuerdo de Elvira Costa.

De nuevo en nuestras manos

Don Pascual Robierti vino hacia nosotros. Sonreía afablemente, ansioso de demostrarme su amabilidad. Pero formuló una pregunta que me hizo poner en guardia para con él. Dijo:

—¿Tardará mucho en venir el doctor Garland?

—Lo ignoro—repuse—. Hasta es posible que ni siquiera venga.

Pero en ese mismo momento, por la puerta que daba al camino principal, entraba en La Madreselva el doctor Garland. Vino directamente hacia nosotros. Saludó a Robierti con afabilidad, y tuteándolo:

—¿Y el comisario Navarro?

—Ahí viene.

Navarro llegaba, en efecto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el juez.

—Un suceso un tanto misterioso, que ha costado la vida a la señora de Ramiro Ortúzar...

—¡Diablos! ¿Un asesinato?

—No —dije yo, precipitadamente.

—¿Qué ha sido?

—Un suicidio —volví a decir.

—Señor —dijo Navarro—; podría darle todos los informes que desea, pero preferiría hacerlo a solas.

El ingeniero se alejaba ya. Robierti hizo ademán de retirarse, pero el juez lo retuvo diciendo:

—No se vaya. Una persona como usted puede sernos de suma utilidad en este asunto, porque ha conocido sin duda a los protagonistas...

—Hemos detenido a un hombre que se hallaba oculto en el jardín, pero logró escapársenos.

—Bien..., bien —murmuró distraídamente Garland.

—¿Quiere usted ver el cadáver y el lugar del hecho?

—Bueno.

Marchaba delante de ellos; abrí el escritorio y los hice pasar. Navarro explicaba al juez:

—El doctor Ortúzar extrajo el proyectil del cadáver de su esposa... La señora Costa estaba en ese sillón, con el brazo derecho caído y la mano entreabierta... Un ramo de flores... un revólver...

El juez no lo atendía, estaba atento a lo que Pascual Robierti le murmuraba al oído.

—¿Vieron el calibre de la bala?

—Sí.

—¿Coincidió con el del revólver?

—¡Y tanto! —repuse.

Navarro me lanzó una mirada llena de inquietud.

El doctor Garland fue a saludar a Ortúzar y a su hija; al cabo de media hora vino hacia nosotros y dijo:

—Comisario, puede usted levantar la vigilancia y retirar toda la policía de esta casa.

—Es que me faltan algunas informaciones.

—No importa. Las efectuaré en otro momento, si se hace necesario.

Navarro lo observaba con los ojos entornados, la mirada llena de indignación. Pero no dijo una sola palabra más.

Montamos a caballo.

El sargento iba delante; detrás, Navarro y yo; un poco más lejos, los agentes.

La indignación le hacía apretar los labios al comisario.

A lo lejos, alcancé a ver la silueta de un hombre que cruzó a la carrera el camino.

—¡Mire, comisario, mire! —gritó el sargento que se había parado en los estribos para ver mejor.

—¿Qué hay?

—¡Ese individuo es el Alemán!

Picamos espuelas. Vimos al Alemán ocultarse entre unos matorrales. Para detenerlo, tuvimos que desmontar. Se entregó sin ofrecernos resistencia ni decir una sola palabra; solo los ojos y el gesto torvo que le contraía un lado de la cara revelaban su indignación.

Navarro no despegó los labios hasta que llegamos a la comisaría.

—¡Páselo al calabozo, sargento! —dijo al tirar de las riendas.

Tomamos asiento en el despacho del comisario, él y yo. Se puso a pasear por la habitación, de un extremo al otro, con impaciencia febril. (Recuerdo que el piso, de madera, tenía un gran agujero cubierto por un trozo de hojalata sujeto allí con clavos. Al pasar Navarro por ese lugar, su paso sonaba extrañamente).

—Todo marchaba bien, perfectamente bien, hasta que vino Garland —exclamó con rabia—. Usted actuó muy eficazmente y algo sacamos en claro de aquel incidente; pero le aconsejo que no repita más la experiencia. Es muy peligrosa...

—¿Es que usted ve algo claro en este asunto, comisario?!

—¡Qué voy a ver!... Si cada vez se complica más. Pero eso es lo que hace que me interese ahora más que antes. Y usted, Amenábar: ¿quiere decirme a qué conclusiones ha llegado?

—¿Conclusiones? Es mucho pedir, comisario —repuse íntimamente halagado porque un hombre de su experiencia solicitaba con tanto interés mi opinión.

—Hable, hable, no más...

—Necesito saber dos cosas: la puerta posterior de La Madreselva, es decir, la que da al camino que corre, junto a los rieles del ferrocarril, ¿estaba anoche abierta o cerrada?

—Me he ocupado de averiguar eso y puedo decirle que anoche se encontraba cerrada con cadena y candado. La llave de ese candado estaba en posesión del cochero, a pesar de que el coche no entra jamás por esa puerta. Malone me dijo que por un olvido se había dejado la llave en el bolsillo, en lugar de ponerla en un clavo de la cocina, como era su lugar. La puerta estuvo cerrada desde las 4 de la tarde. ¿Cuál era la otra cosa que quería saber?

—Algo de mucha importancia: ¿acompañaron los perros a la señora Elvira Costa cuando salió a buscar flores al jardín?

—Lo ignoro. Pero ¿para qué quiere usted saber eso?

—Considero que ese detalle es de mucha importancia para descubrir o imaginar siquiera el papel que ha desempeñado el Alemán en el trágico suceso de La Madreselva...

—Entendido: si los perros fueron acompañando a la esposa del doctor Ortúzar y no ladraron —lo cierto es que nadie nos ha dicho que ladraron— es señal evidente de que...

—...Nadie se acercó a la esposa del doctor Ortúzar.

—¿Nadie? ¿Está usted seguro de ello?... Supongamos, por ejemplo, que Malone le hubiera entregado esa carta de la que no tenemos sino tres pequeños trozos chamuscados por el fuego: ¿hubieran ladrado los perros?

—¿De modo que Malone ahora se le ha hecho sospechoso?

—Todos los que estaban anoche en La Madreselva son sospechosos. Claro que el más sospechoso de todos, para mí es... Ya sabe usted quién.

—Sí, Ortúzar.

Navarro reanudó su paseo por la habitación.

—Si Ana Grimaux no está herida, si no tiene en el cuerpo un pedacito de plomo de calibre 32... —dijo.

—Y no lo debe tener, comisario —lo interrumpí—; esté usted seguro de ello. El ama de llaves estaba demasiado sonriente, demasiado alegre y movediza, para estar herida.

—...Entonces, no me preocuparé tanto de quien mató a Elvira Costa, sino de cómo la mató. Usted comprenderá que la única manera satisfactoria de explicar el hecho de acuerdo a las informaciones que nos han dado es la de que dos tiros de revólver fueron disparados exactamente en el mismo instante.

—Efectivamente.

—Y volvemos a lo de antes: si los revólveres funcionaron simultáneamente, solo Ortúzar o Ana puede ser el asesino de Elvira Costa.

Un pensamiento desagradable atravesó mi mente. Lo enuncié en alta voz:

—¿Y si ambos fueron los asesinos?

—¿Qué quiere decir usted?

—Que los dos revólveres bien pudieron ser disparados contra la señora Costa, simultáneamente...

—¡Sería horrible!... Por otra parte, si así hubiera ocurrido, tendríamos lo de antes: ¿dónde está la bala de calibre 32? Y ya ve, Amenábar, que es vehemente la culpabilidad de la vieja o del doctor cuando se raciocina así. Pero cuando uno piensa en el Alemán, en la fuga que le facilitó Pascual Robierti y en la indignación de Federico cuando supuso que cierta carta que usted le hizo creer que tenía en su poder iba a ser exhibida, francamente, uno no sabe cómo hilvanar hipótesis.

—Tengo el presentimiento, comisario, de que anoche, en La Madreselva, ocurrieron más hechos de importancia que los que nosotros conocemos.

—Opino lo mismo.

Avanzó hacia mí:

—¿No se tratará de un complot terrible para eliminar a la muchacha y destruir ciertas cosas comprometedoras, papeles, por ejemplo? Ese asesinato parece obra del diablo.

Me rasqué la cabeza.

—Comisario: pese a la posición en que nos coloca el doctor Garland, supongo que continuaremos la investigación hasta el fin...

—¿Qué duda cabe?

—Si a usted le parece bien, voy a seguir acumulando informaciones.

—¿Cómo?

—Interrogando al Alemán.

—¿No le parece muy pronto?

—No, porque tengo un plan para hacerlo hablar.

Fui hasta frente a la enrejada puerta del calabozo. El Alemán estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la pared, la cabeza gacha. No me vio.

—¡Eh, Alemán! —grité.

—¿Qué pasa?

—Que tiene usted una suerte terrible...

—¿Por qué?

—Porque ahora lo vamos a poner en libertad. —Y agregué con un tono de voz confidencial—: Don Pascual Robierti se enteró de que lo habíamos detenido y se vino a la carrera... Paga lo que sea y deja cualquier garantía con tal de que lo pongamos a usted en libertad...

Mi interlocutor sonreía, sin pronunciar palabra. Después se puso de pie y se aproximó a la puerta.

—Nos dijo, muerto de risa, que hoy lo ayudó a usted a escapar de La Madreselva abriéndole la puerta de la cocina y ayudándolo a subir al techo... Es terrible, Robierti.

El Alemán sonreía satisfecho y orgulloso.

—Dijo que usted le es el hombre más fiel que ha conocido en su vida, que cuando él necesita alguna persona decidida para cualquier trabajo...

Contrajo mucho las cejas, pero no profirió palabra.

—...lo emplea a usted; que es el hombre más resuelto que ha conocido en su vida y que, cuando necesita “liquidar” a un tipo, usted es mandado hacer para eso...

—¡Eso no es cierto ni puede haberlo dicho el señor Robierti!

—Ahora habla mucho porque está algo alcoholizado... Lo cierto es que él no quiere dejarlo mal a usted, pero lo está ensuciando de un modo...

—¡Eso no es cierto!

—¡Qué no va a ser cierto, si hasta dijo cuánto le pagaba!

Se desconcertó un tanto; luego volvió a su altivo mutismo.

—¡Sargento! —grité. Cuando apareció Fernández, le di orden de abrir el calabozo.

—...y nos contó que anoche —dije continuando la conversación después que el sargento se hubo alejado— usted hizo un “trabajo” excelente...

—¡Pero si no hice nada!

—Él lo conoce bien a usted y dijo que no podía usted equivocarse en el “trabajo” porque el planito que le dio era bien claro...

Los ojos del Alemán no estaban un instante fijos en nada... otra vez me pareció que miraba como una fiera acosada, que se dispone a intentar la fuga en cuanto advierte el menor claro entre los que la cercan...

—¡No puede haber dicho eso! —gruñó.

—¿No? Eso y más. Nos contó cómo lo había conocido a usted y qué informes suyos tenía... Sí, Pascual Robierti es un hombre muy conversador.

El Alemán estaba desconcertado. Mi dominio de la situación era completo. Lentamente, lo iba colocando en un estado de ánimo propicio para tomar como ciertas las cosas más inverosímiles.

—No es tan zonzo que se ponga a hablar sin ton ni son...
—dijo, como reproduciendo en alta voz su pensamiento.

—¡Qué esperanza! Es un hombre muy vivo. Tan vivo, que la culpa de todas sus porquerías quiere echártelas a vos. Dice que a Alfredo Bianchi...

(Alfredo Bianchi era un repartidor de leche que fue hallado muerto una mañana, en su lecho, con la cabeza separada del tronco por un feroz hachazo. Como el hallazgo fue hecho en la Capital Federal, no me tocó intervenir en la investigación. Hasta ese momento el criminal no había sido individualizado).

—¡Miente! —me gritó rojo de indignación—. ¡Miente usted!

—Calma... calma... O lo hago volver al calabozo.

Se serenó un poco. Después dijo, pasándose el dorso de una mano por la frente sudorosa:

—Disculpe, señor. Pero me saca de mis casillas que diga usted esas cosas...

—¿Yo? —pregunté, sonriendo.

Me miró, tratando de descubrir la verdad en mi semblante.

—¡Claro! —dije para rematar el interrogatorio—. Al verse tan acorralado, Robierti le echa todo el fardo a usted...

—¡Comprendo! —gritó—. ¡El señor Robierti está detenido!

Para hacerle creer eso había sostenido yo esa conversación. El interrogatorio iba a desarrollarse en un terreno muy propicio para el éxito de nuestra investigación.

Vuelve a hablar el Alemán

En el despacho de Navarro hice sentar al detenido. Le hicimos creer —sin decirle a él ni una sola palabra— que los pasos que nos llegaban de la habitación inmediata, eran de Pascual Robierti.

El Alemán, la inquietud retratada en el semblante, seguía con la vista el inquieto ir y venir de Navarro, que había reanudado su paseo por la habitación. Me puse a ojear algunos papeles, sin demostrar ningún apuro. Después, el comisario y yo hablamos en voz baja, en un rincón, dejando escapar algunas palabras que debían picar la curiosidad de nuestro oyente:

—“Confesó...”. “Habló claro...”. “Lo ensucian a ese...”.

Luego nos fuimos de la habitación y no regresamos hasta un cuarto de hora después.

Como al desgaire, dejé escapar una pregunta:

—¿A mediodía los mandamos a La Plata...?

El detenido no dejaba de observarnos; su tensión nerviosa era terrible.

Como sin dar ninguna importancia a su pregunta, dijo Navarro:

—¿Has estado muchas veces detenido, vos?

Vacilaba en contestar.

—Dentro de un rato lo sabremos. Pero es mejor que lo digas de una vez. ¿Cuántas veces estuviste detenido?

—Varias.

—¿Por qué motivos?

—Nunca se me probó nada.

—¿“Despachaste” a alguien alguna vez?

—¡Eso, nunca! Lesiones, sí; pero nada más...

—¿Es cierto que conocés a Robierti desde hace mucho tiempo?

Dijo que no con la cabeza.

—¿Pero es cierto que él te pagaba para que le hicieras algunos servicios?

Negó otra vez.

El comisario se volvió repentinamente hacia el Alemán y avanzó hacia él, con la cara transformada por la ira, y gritando:

—¡Vas a hablar claro o te meto de cabeza en el calabozo hasta que te flete a La Plata! ¿O creés que te vas a burlar de mí? ¿Pensás que negando vas a salir beneficiado? ¿No te das cuenta de que el miserable ese —señaló con la cabeza la habitación vecina— te ha puesto en tal situación que vas a cargar con todas las porquerías que ha hecho él en su vida? Yo, lo que quiero, entendeme bien, no es meterte en la cárcel a vos —si no has hecho alguna idiotez bien gorda—, sino zambullirlo a él en un presidio. ¿Entendés?

El Alemán se había echado para atrás en su asiento, como si temiera que Navarro, en su indignación, fuera a golpearlo. Hablando dificultosamente, dijo:

—Yo no lo conozco, casi, al señor Robierti. No tengo la culpa ni supongo siquiera lo que pueda haber hecho... La única vez que me encargó un trabajo fue anoche...

Enseguida pareció arrepentirse de lo que había dicho y enmudecía apretando mucho los labios, como si temiera que las palabras pudieran escapársele.

—¡Hablá...! ¡Hablá...!

Pero no quería hablar. Estaba asustado de las palabras que había pronunciado un momento antes, como si por esas palabras pudiéramos mandarlo a presidio.

—Oficial —me dijo Navarro en tono imperativo—, escriba...

Me senté a la mesa, mojé en tinta la lapicera y aguardé a que me dictara.

—La fecha y la hora... —Se volvió hacia el Alemán—. ¿Cuál es tu nombre verdadero?

—Max Reinner.

—Bien. Escriba: “Max Reinner, de...”. ¿Cuántos años tenés?

—Cuarenta y cinco.

—“Cuarenta y cinco años de edad, de nacionalidad alemana, declaro que anoche me introduje en La Madreselva saltando el alambrado frente a los rieles del ferrocarril... Que al saltar me herí una pierna con el alambre de púas... Que me mantuve oculto entre los árboles, temeroso de que los perros me descubrieran y esperando el momento oportuno para introducirme en el escritorio...”.

El Alemán se incorporó en su asiento con los ojos fuera de las órbitas.

—“... Que vi salir de la casa a la señora Elvira Costa y dirigirse al jardín a buscar flores... Que el hecho de que fuera acompañada por los perros impidió que me le acercara... Que aguardé el momento propicio para introducirme en el escritorio...”.

El detenido no pudo resistir más y gritó con voz desgarrada:

—¡Yo no la maté! ¡Yo no la maté!

Estaba tan pálido que daba la sensación de que por sus venas no circulaba una sola gota de sangre. Se puso de pie, intentó dar un paso y cayó al suelo, desmayado.

Lo atendí como pude y al rato volvió en sí. Comprendí lo que le había ocurrido: la sangre perdida la noche anterior, la larga tensión nerviosa de su espera entre los árboles, siempre con el

temor de que los perros lo descubrieran —tal vez también lo había hecho en el escritorio del doctor Ortúzar—, la noche pasada en vela y luego las inquietudes de la fuga habían roto sus nervios.

Lo primero que dijo, al abrir los ojos, fue:

—¡Yo no la maté! ¡Yo no la maté!

Navarro mandó que lo encerraran otra vez en el calabozo.

Cambio de ideas

La denuncia de un robo de tres gallinas y un gallo, formulada en la comisaría por una vecina de Villa Ballester, me obligó a hacer una diligencia. Al regresar, a mitad de la tarde, hallé en la comisaría al doctor Garland. Estaba conversando con Navarro y en ese momento decía:

—Creo que es conveniente que se solicite la colaboración de la policía de la Capital Federal.

—¿Para qué?

—¿Acaso no dice usted mismo que esta investigación es sumamente difícil?

—Sí, pero de ahí a pedir ayuda...

—Ayuda no, colaboración, comisario. Es este un asunto muy delicado, por la calidad de las personas que se ven envueltas en él. No podemos dar un paso en falso sin peligro de poner en la picota a gentes de la mejor sociedad. Por eso me permití decirle en La Madreselva lo que le dije. Había que despistar, porque Pascual Robierti —conocido mío— es un poco conversador y existía el peligro de que se fuera un poco de la lengua...

—Y usted, doctor —intervine yo, después de saludar—, ¿qué opina del suceso? ¿Quién cree que puede ser el criminal?

—Es mucho preguntar... El hecho se presenta demasiado complicado para que se pueda descubrir así, como si dijéramos, de una ojeada. A los efectos de facilitar la investigación he invitado a

varias de las personas que pueden darnos antecedentes del asunto a que vengan a declarar esta tarde, aquí. Son declaraciones, les he hecho creer yo, exclusivamente formales.

—¿Quiénes vendrán?

—Isabel Ortúzar, los dos Robierti, Fernández Acuña y Rafael Torres.

—¿Quién es Torres?

—El mayordomo de El Arenal. Hombre de una sola pieza. Quiere a Ortúzar como se quiere a un padre.

—¿Cree usted que la muchacha abandonará el cuidado de su padre para venir a declarar?

—La convencimos Federico y yo de que viniera. Su padre, que no corre ya peligro, quedará al cuidado de Ana, el ama de llaves, mujer de la más entera confianza de Ramiro.

Después de algunos instantes de silencio, el doctor Garland agregó:

—Del relato de los antecedentes del crimen parece surgir la evidencia de que Pascual Robierti es el asesino o el cómplice del asesino o el instigador del asesinato de anoche. Habrán observado ustedes el interés de Robierti en facilitar la fuga del Alemán solo porque este individuo podía hablarnos de cosas que sabe. Robierti hizo ir al Alemán a la quinta únicamente para eliminar a Elvira Costa, de acuerdo a un plan perfectamente trazado y estudiado...

—O tal vez, solo para facilitar o borrar las huellas que el criminal pudiera dejar —interrumpió Navarro.

—Eso —dije— es bien verosímil. El Alemán no tiene aspecto de asesino profesional.

—Dicen ustedes bien —exclamó el juez—. Lo más probable es que el detenido haya ido a...

Esta vez interrumpí yo:

—...A hacer desaparecer el arma usada por el asesino.

—Sí... Sí... —Aprobó Navarro—. Pero la simple enunciación

de esa hipótesis vuelve a colocar en situación comprometida a Ana y al doctor. Y es inverosímil que ellos pudieran entenderse con Pascual Robierti para un hecho de esa índole.

Me di la satisfacción de contestarle al comisario en la misma forma que solía él responderme a mí: formulando una pregunta.

—¿Por qué no cree usted, comisario —dije—, que Ana haya podido estar de acuerdo con Robierti? ¿Acaso no es probable que, si el asesinato se ha planeado fríamente, se haya buscado un cómplice dentro de la casa para facilitar la fuga del ejecutor material?

—¿Buscar cómplices para facilitar la fuga de alguien? —murmuró Navarro irónicamente—. Eso —agregó en alta voz— es precisamente lo contrario de lo que hay que hacer y no servirá sino para dificultar la fuga...

El sargento entró en la habitación, diciendo:

—Acaban de llegar la señorita Isabel Ortúzar y don Federico Robierti. Quieren hablar con el doctor Garland.

Nuevo interrogatorio

Federico, Garland, Isabel y Navarro tomaron asiento. El muchacho ni me miraba siquiera. Yo me mantuve de pie y un poco alejado del grupo, con el fin de observarlo mejor.

—Ustedes sabrán disculpar la molestia que les ocasiono —comenzó diciendo el juez—. Se trata de una formalidad que no puede tener para ustedes la menor importancia. Debo hacerles algunas preguntas, y si ustedes quieren las contestan y si no quieren no las contestan...

Isabel contrajo el entrecejo, pero no dijo una sola palabra. Federico exclamó:

—Supongo que usted no se propondrá hacerme pasar el mal rato que uno de los policías que fue a La Madreselva me hizo pasar hoy...

—Olvídese usted de eso —dijo Navarro con tono amable—, como este policía se ha olvidado de los golpes que le dio usted...

El joven sonrió.

Garland volvió a tomar la palabra:

—Ustedes dos asistieron a la ceremonia del casamiento del doctor Ortúzar con la señora Elvira Costa, ¿verdad?

Los interrogados asintieron con la cabeza.

—¿Notaron ustedes algo que les llamara la atención durante el acto que se realizaba en Santo Domingo?

—¿Qué quiere decir usted? —preguntó Federico.

—Si alguien se acercó a los novios y si estos hicieron algo que sea digno de ser señalado...

—¿Y qué quiere usted que hicieran? —dijo con voz resuelta la mujer—. ¿Que se pusieran a bailar o a gritar en presencia de todos?

Las mejillas del doctor Garland se colorearon ligeramente.

—¿Cómo fueron a La Madreselva después de la ceremonia? —interrogó.

—En tren, hasta Villa Ballester —contestó la muchacha—. ¿Le parece que eso tiene algo de extraordinario?

Federico intervino, conciliador:

—Ya te han dicho que si no querés contestar, no digas una sola palabra...

—Es que por culpa de este tonto interrogatorio he dejado a mi padre al cuidado de extraños.

—Los sulkys en que se trasladaron a La Madreselva, ¿de quién eran?

—Son de mi padre —dijo Robierti—. Al irnos a Buenos Aires, los dejamos en la estancia a cargo de un muchacho. Hacemos eso con frecuencia.

—¿A quiénes encontraron en La Madreselva?

Otra vez habló con tono áspero la muchacha:

—¿A quiénes quiere usted que encontráramos? Francamente, señor Garland, este interrogatorio parece no tener ningún objeto...

—¿Le parece a usted poco motivo —dije yo, interviniendo por vez primera en la conversación— el deseo de aclarar ciertas circunstancias que rodean la muerte de la señora Costa?

—¿Pero qué es lo que hay que aclarar? —preguntó con brusquedad Isabel. Después, el semblante se le coloreó de rojo y agregó con tono resuelto, pero con una voz que era casi un murmullo—: ¿Supongo que no se propondrán ustedes escarbar el pasado de quien fue esposa de mi padre?...

—No —dije rotundamente.

—No, señorita —dijo el juez.

—Hablemos claramente —dijo Navarro, temeroso de que aquel interrogatorio no condujera a nada concreto—. Necesitamos aclarar algunos puntos de la investigación que estamos realizando...

—¿Investigación? —preguntaron al mismo tiempo Isabel y Federico.

—Sí, investigación. Necesitamos saber si la señora Elvira Costa tomó la determinación de suicidarse amenazada por alguien o no.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha— ¿De modo que es eso lo que temen ustedes?

—Sí.

—Entonces, este interrogatorio no es tan estúpido como creía yo. En fin, señor Garland: usted sabrá disculparme. Lo ocurrido en La Madreselva me tiene con los nervios deshechos.

Tomé la palabra:

—Ustedes no tienen por qué tomar a mal este interrogatorio. Como ustedes saben, hemos detenido en el jardín de La Madreselva a un sujeto que ha estado ya varias veces en las comisarías y que no se introdujo en la quinta, evidentemente, a cortar flores... En poder de ese sujeto hallamos un plano de la casa, bien trazado, con la indicación precisa sobre el lugar en que estaba ubicado el escritorio...

—¿El escritorio?

—Sí, señorita, el escritorio.

Federico se alejó del grupo y me hizo una seña para que me acercara a él.

—¿Me guarda usted rencor por lo de esta mañana, señor oficial? —me preguntó— ¿No quiere usted estrechar mi mano y olvidar las cosas desagradables que haya yo podido decirle?...

Me eché a reír, oprimiéndole la diestra.

En voz baja, me dijo:

—¿Quiere prometerme usted que esa carta que obra en su poder no será dada a la publicidad?

—¿Tan importante considera lo que dice?

—Usted, que la ha leído, me comprende. Esa mujer, esa pobre mujer, me enloqueció. He tratado de apartarme de ella varias veces, refugiándome en Isabel, a quien realmente quiero de todo corazón...

Me hablaba como se habla solo a un amigo íntimo. Éramos de la misma edad y yo debía haber despertado en él —no obstante, el ruidoso incidente de horas antes— la misma simpatía que él provocaba en mí.

—No he podido luchar contra su atracción... Hubiera hecho de mí lo que hubiera querido... Con sus dedos, pudo modelarme a su antojo... Cuando se comprometió con Ramiro —a quien respetaba profundamente y al que tal vez quería— resolvimos terminar nuestras relaciones amorosas. Ella me dio fuerzas para tomar esa resolución. Decidimos no volver a vernos...

La voz del joven se enronqueció levemente por la emoción.

—Pero tuve que asistir a la ceremonia religiosa de su casamiento, obligado por la leal amistad que tengo con Ramiro. La volví a ver y perdí todo dominio sobre mí... ¡Estaba tan hermosa! ¡La emoción de ese momento la tornaba tan atractiva!... En la estación, mientras esperábamos la salida del tren para Villa Ballester, le escribí una carta, la que usted guarda en su poder. Habrá usted visto cómo la amenazaba de muerte; pero es que nunca pude separar de nuestros amores una idea trágica...

Bajó los ojos, como arrepentido, no de lo que decía, sino de lo que había escrito. Después continuó:

—Cuando le entregué la carta...

—¿Cuándo se la entregó? —interrumpí.

—Ayer a la tarde, disimuladamente, porque estábamos en presencia del doctor y de varias personas más. Fue en La Madreselva.

—¿Usted conoce al Alemán? —interrumpí bruscamente. Me miró extrañado de lo intempestivo de mi pregunta.

—No —dijo luego.

—¿Nunca oyó hablar de él a su padre?

—Jamás, al menos hasta donde alcanza mi memoria...

—¿Qué hizo después de abandonar La Madreselva?

—¿Qué quiere que hiciera? Irme a La Colorada con Isabel.

—¿Lo vio ella cuando usted le daba la carta a la señora Elvira?

—¿Por qué pregunta usted eso?

—¿Por qué no me contesta a lo que pregunto?

—¡Por qué no quiero! —respondió con tono agresivo. Luego pareció serenarse y agregó con tono conciliador:

—¡Las cosas que se le ocurre preguntar a usted!... No; ella no vio nada. ¿Cómo cree usted que no iba a cuidarme de que lo viera?...

Federico estaba, evidentemente, muy nervioso y la insistencia en dejar demostrado que la muchacha “no había visto nada”, era sugestiva.

—¿A qué hora llegó a La Colorada?

Me miró con expresión de cierto enojo en el semblante, después dijo:

—Lo ignoro. No uso reloj y no me preocupé de averiguar qué hora era al llegar a la casa quinta de mi padre.

Se interrumpió, mirándome con los ojos muy abiertos y exclamando luego en voz alta y de alarma:

—¡Pero usted anota lo que le voy diciendo!

—Es mi costumbre...

Un temor repentino se apoderó de él, como si sintiera que la tierra le faltaba bajo los pies.

—¡Bendita costumbre!...

Quería permanecer sereno, pero no lo lograba.

—¿Cómo supieron ustedes que en La Madreselva había ocurrido un hecho grave?

—¿Acaso no se lo dijo ya mi padre? ¿O es que pretende poner en duda su palabra?... Sepa que a él le llamó también la atención su excesiva curiosidad...

El muchacho estaba nervioso y temí por un momento que reprodujera las enojosas escenas de La Madreselva. Por eso resolví no preguntarle más y reunirme al grupo que formaban el juez, Isabel y Navarro.

Conversando con Isabel

—¿Quiere interrogar, Amenábar, a la señorita? Era el doctor Garland quien formulaba la invitación, mirando de reojo a la muchacha, como quien observa un gato montés encogido para el salto...

Con la mayor desenvoltura —cuando más difícil era el interrogatorio, creo que era cuando yo procedía así— dije:

—Señorita Ortúzar: deseo formularle algunas preguntas de índole particular, por lo que, si usted quiere, no las haré oír a los demás.

—¿Qué se ha creído usted, señor? —repuso roja de ira.

—¡Siempre el mismo impertinente! —masculló Federico, olvidando sus muestras de amistad de un momento antes.

No di por oídas esas palabras. Con la mayor tranquilidad continué:

—Bien... ¿Cuántos años tiene usted?

Vi fijos en mí los ojos asombrados de Navarro y el juez.

—Diecisiete —repuso la muchacha, un poco extrañada de la pregunta.

—Su señora madre falleció hace ya unos cuantos años, ¿verdad?

—Efectivamente.

Poco a poco quería yo hacer que la joven contestara mis preguntas sin pensar mucho en las respuestas que iba dándome

y la llevaba, poco a poco también, a tratar los temas que yo juzgaba de interés.

—¿Conoció usted a su señora madre?

—¡Oh, no!

—¿Falleció siendo usted muy pequeña?

—¡Y, tanto! Como que fue en el momento de venir yo al mundo...

—¿Era parienta suya una señora llamada ... Espere usted...

Llamada Maruja Fred?

—¡Oh, era mi madre!

—Hace un par de días me hablaron de ella...

Navarro me clavó una dura mirada, en la que leía yo: “¿Sigue usted por el peligroso camino de las mentiras?”.

Isabel se inclinó hacia mí:

—¿Sí? ¿Qué le dijeron?

—Que era una santa. Buena, inteligente, comprensiva...

—Ya sé quién puede haberle dicho eso de mi madre: Ana

Grimaux.

—Pero, ¿acaso no es cierto lo que me contaron?

—Claro que sí. Dice usted bien que mi madre era una santa...

Hablaba con el mismo tono de voz frío y resuelto de antes.

Bruscamente —técnica de interrogatorios— pregunté, urgiendo con el gesto una respuesta rápida a mis palabras.

—¿Quería usted mucho a Elvira Costa?

Juntó las cejas en un gesto de desagrado. Después dijo secamente:

—¡No!

—¿Por qué? ¿Acaso no eran buenas amigas?

En los interrogatorios de la especie del que estaba realizando, ocurre algo semejante a los *matches* de box: los interlocutores, como los pugilistas, se estudian; el más hábil comienza a realizar el juego más favorable a sus medios y, al rato, domina... Yo creo que en aquel momento había comenzado yo a dominar...

—¿Buenas amigas? ¡Qué esperanza! Nunca la quise; no tengo ningún empacho en decirlo. La apreciaba yo, más que por sus dudosas virtudes personales, por el gran afecto que mi padre profesaba por ella. Por eso tuvo en mí, en todo momento, una persona dispuesta a prestarle todo su apoyo, a ayudarla en lo que quisiera...

Bajó la cabeza, repentinamente ensimismada, y después dijo, con voz opaca:

—Sabe Dios que deseé su felicidad, aunque ella me era sumamente antipática, hasta odiosa, quizá, solo porque papá deseaba hacerla feliz... ¡Pobre papá!

En brusca transición, la muchacha, impulsiva, enérgica y de palabra clara y fría como la de un hombre de edad madura, se convirtió en una niña tierna y quejumbrosa.

—¡Pobre papá!... —repitió, llorando casi.

—¡Usted tiene que ayudar a su padre! —dijo imperativamente, tratando de sacar partido de la situación.

Levantó los ojos y contrajo las cejas en un gesto que le era característico.

—¿Ayudarlo en qué? —preguntó.

—En individualizar a la persona o a las personas que obraron en el ánimo de Elvira Costa para hacerle tomar su trágica determinación.

—¿Qué tonterías está diciendo usted?... ¿Se imagina, acaso, que mi padre no sabe ya las causas del suicidio de su esposa? ¿Cree que necesita del concurso de ustedes para algo?...

Río con risa falsa.

—¿Conoce usted esas causas?

—No —repuso con sequedad.

—¿De La Madreselva fue ayer tarde directamente a La Colorada? —pregunté.

—¿No se lo he dicho ya a usted? —intervino Federico.

—Y usted, señorita, ¿qué me contesta a esa pregunta?

—Nada.

—¿Por qué?

—Porque la pregunta que ha hecho está de más.

—¿Es una buena persona la señora Ana Grimaux?

—Sí.

—¿La conoce usted mucho?

—Naturalmente.

—¿Fue su niñera?

—Sí.

—¿Es de mente desequilibrada?

—¿No sabe usted que sí, acaso?

—¿Volverá usted a vivir a La Madreselva?

—¿Quién lo duda?

—¿Son importantes las operaciones comerciales que se realizan en El Arenal?

—Regulares... —dijo Federico.

—Regulares... —repitió la joven.

Poco, aunque quizá algo de ese poco pudiera sernos útil en la investigación, había sacado yo en limpio de las lacónicas respuestas de Isabel.

Aproveché la llegada de Pascual Robierti y de Fernández Acuña, que entraban en ese momento, para dar por terminado mi interrogatorio.

Muere un hombre

— Señor Pascual Robierti: necesito conversar un momento a solas con usted —dije al padre de Federico.

—De mil amores... —repuso.

Pasamos a la destartalada habitación inmediata.

—¿Qué me quiere usted preguntar? —exclamó al tomar asiento.

Volví a jugar con fuego.

—Por el puesto que usted ocupa, por sus antecedentes personales, por su notoria hombría de bien...

Arrugó un poco el semblante, como oteando un peligro solapado en mis palabras.

—...Usted, señor Robierti —continué—, está por encima de toda sospecha.

No dijo una palabra.

—Pero, me cuesta decirlo, un hombre procura en estos momentos acumular contra usted una serie de cargos graves...

—¿Quién?

—Ese individuo a quien detuvimos en La Madreselva.

—¿Aquel a quien yo, por una torpeza que no tiene perdón, facilité la fuga?

—Sí, el Alemán. Lo hemos vuelto a prender.

El semblante volvió a arrugársele en un gesto de desconfianza. “Duda de mis palabras”, pensé.

—Son infantiles los cargos que acumula contra usted. Figúrese que asegura que usted le encargó un “trabajito” en La Madreselva y que, para facilitarle la tarea, le entregó un plano de la casa, en el que el escritorio estaba marcado con lápiz rojo...

—Señor oficial —repuso con una sonrisa irónica—: a mí me tiene sin cuidado lo que ese hombre pueda haberles declarado a ustedes...

—No lo dudo, señor Robierti, y es mejor que así sea. Pero, con todo, y para demostrar con evidencia que el Alemán miente, le agradecería que contestara a algunas preguntas que le voy a formular.

—¿Para qué? —repuso—. Considero que no hace falta que usted pregunte nada. Yo no tengo nada que aclarar. Y si usted insiste en preguntarme, me veré en la necesidad de no responderle.

Creyó que estaba en una posición favorable y el tono de su voz se hizo duro.

—Lo que ocurre, señor Robierti, y perdóneme la franqueza, es que usted duda de que hayamos vuelto a detener al Alemán. Sin embargo, lo tenemos ahora metido en un calabozo. Al salir de La Madreselva, cuando el doctor Garland nos ordenó que abandonáramos el lugar, tuvimos la suerte de que se nos cruzara en el camino. Naturalmente, volvimos a detenerlo.

El tono de mis palabras lo iba convenciendo de que no mentía. Se puso pálido.

—Lástima —continuó— que el Alemán es un hombre tan impresionable. Después de habernos dicho no sé cuántas cosas sobre usted y sobre la misión que lo llevó a La Madreselva, se nos desmayó como una señorita... Pero creo que su declaración lo habría regocijado a usted...

—¿Qué piensa preguntarme usted? —exclamó de pronto Robierti.

Me pareció que se sentía acorralado y que lo único que deseaba era un poco de tiempo para reflexionar sobre lo que más le convenía hacer.

—¿Va usted a contestarme?

—Sí.

—¿Es cierto que usted ha perdido grandes sumas de dinero jugando a los naipes?

— ¿Quién le dijo eso? No me va a hacer creer que fue el Alemán...

—No, no fue el Alemán.

—¿Quién fue entonces?

—Se lo diré después de que usted haya contestado a mi pregunta.

Me quedé mirándolo con una sonrisa que a él lo hacía sufrir.

—Y bien: sí, he perdido jugando a los naipes ocho mil pesos en esos últimos días. ¿Tiene ello algo que no le parece a usted bien? Por mi parte, le aseguro que maldita la gracia que me ha hecho el que me los sacaran...

—¿Desde cuándo conoce usted al Alemán? —pregunté con rudeza.

Sonrió y dijo:

—Desde esta mañana. Cuando fui a la cocina de La Madre Selva a llamar a los sirvientes...

—¿Está usted absolutamente seguro de no haber visto antes al Alemán?

—¿Para qué insiste? Ya le he dicho que conozco a ese individuo desde esta mañana.

—¿A cuánto ascienden las últimas ventas de ganado realizadas por usted en El Arenal?

Robierti se puso de pie, empalideciendo como un muerto. No supo qué decir. Me miraba con ojos de brillo acerado, tratando

de descubrir todo lo que yo ocultaba. Volvió a sentarse, pasándose la mano por la frente, en la que el sudor acababa de brotar.

—¿Qué le pasa a usted?

—No sé... —repuso, recobrando en gran parte el dominio de sí—. ¿Qué me preguntaba usted? Perdóneme que no lo haya atendido...

—Le preguntaba, señor Robierti, a cuánto ascienden las últimas ventas de ganado realizadas por usted en El Arenal.

—Le diré con exactitud: a treinta y siete mil pesos, desde septiembre hasta aquí.

—¿Conserva usted los recibos de todas las operaciones realizadas?

—Naturalmente. Pero, ¿a qué vienen esas preguntas? Soy tan tonto que le estoy contestado a usted en serio, en lugar de mandarlo a paseo...

—¡Sargento! —grité por toda respuesta.

Apareció Fernández en la puerta.

Iba a jugarme una carta brava.

—¡Traiga al Alemán!

En ese momento penetró en la habitación uno de nuestros agentes trayendo a un detenido. Era un adolescente alto, ancho de hombros, desgarbado. Su frente estrecha y la dureza de sus facciones me dieron la impresión de que era un individuo sin escrúpulos y muy peligroso.

—Lo detuve cuando intentaba saltar el alambrado de una quinta. Quiso resistirse, pero cuando me vio con el revólver en la mano y decidido a todo, se amansó como una oveja...

El detenido me miraba con un gesto de desafío.

—Señor Robierti —exclamó de pronto, dirigiéndose al administrador de El Arenal—, ¿quiere usted darme un cigarrillo?

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Se conocen ustedes?

—Fue peón en la estancia del doctor Ortúzar, en General Madariaga.

Se levantó de su asiento y le dio un cigarrillo al ex peón.

—¿Fuego?

Robierti le tendió el cigarrillo que estaba fumando. En ese momento se interpuso entre el detenido y yo. Fue cuestión de un par de segundos.

El sargento estaba inmóvil, aguardando nuevas órdenes.

—Sargento —le dije—, lleve usted al calabozo a este hombre y traiga al Alemán.

Robierti comenzó a pasearse por la habitación, dando muestras de una gran impaciencia. Fernández volvió a aparecer:

—El Alemán no quiere venir. Está asustado...

—Tráigalo lo mismo.

Un minuto después el sargento aparecía con un gesto de espanto en el semblante

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Que... el Alemán... —casi no podía hablar— ha sido asesinado... Tiene rota la cabeza...

En compañía de Navarro, que acudió al oír la voz alterada del sargento, echamos a correr hacia los calabozos. Pascual Robierti quiso seguirnos.

—Usted se queda aquí —dijo Navarro imperativamente.

A través de la enrejada puerta del calabozo vimos al Alemán echado en tierra, boca arriba, con los ojos muy abiertos. Su cabellera, de color claro, estaba tinta en sangre; bajo la cabeza, en la tierra endurecida del piso, una gran mancha oscura...

Entramos en el calabozo. En un rincón, como queriendo pasar inadvertido, estaba el ex peón de El Arenal, a quien Robierti había dado un cigarrillo momentos antes.



La diestra contraída del Alemán retenía un trozo de tela gris, igual a la del saco roto del hombre que estaba en el rincón. En el suelo, el arma con que se debió perpetrar el crimen: un trozo grueso de madera, largo como de un metro, que solían utilizar los detenidos como asiento.

Navarro fue rectamente hacia el hombre que permanecía inmóvil en el rincón del calabozo.

—¿Por qué lo “liquidaste”?

—Cuestiones particulares—repuso el otro, con la cabeza gacha.

—Páselo al otro calabozo, sargento—ordenó el comisario.

Volvimos al despacho donde estaba Garland, los dos Robierti, Isabel y Fernández Acuña.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el juez.

—Un asesinato—dijo el comisario.

—¡Diablos!

—Y el hombre que ha sido muerto es precisamente...

—... ¿El Alemán? —interrogó Fernández Acuña.

El ingeniero se puso de pie, se aproximó a Navarro, colocó su diestra sobre el hombro del comisario y exclamó con acento en el que se traslucía una inquietud terrible:

—¿No bromea usted? ¿Es posible que haya sido asesinado aquí, en la misma comisaría?

—Sí, aquí fue asesinado.

—¡Es sencillamente terrible!

—Sencillamente terrible como todo asesinato —intervino Pascual Robierti.

—No. Porque si lo han matado es por miedo a lo que pudiera decir a la policía.

—¿Cómo lo sabe usted? —dijo Pascual Robierti, con cierto tono irónico en la voz.

—Señor Robierti: le ruego que no tome a chacota lo que digo —exclamó un poco ofendido el ingeniero—. El Alemán debía saber por qué causa se suicidó Elvira, y hasta es posible que él haya tenido una actuación importante en el trágico suceso de anoche. Sus declaraciones tenían que ser de la mayor importancia.

—Lo han sido, señor —dije aplomadamente yo.

—Entonces, ¿declaró?

Asentí con la cabeza.

—¿Dijo cosas de interés? ¿Confirmó con sus palabras las sospechas de ustedes?

—Efectivamente —repuse, mirando con gesto significativo a Pascual Robierti—, dijo cosas de mucho interés.

El administrador de El Arenal pareció molesto y dijo con su tonito irónico de antes:

—No haga usted, ingeniero, demasiado caso al oficial. Es muy joven y amigo de fantasear... Pero es una excelente persona.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme. Creía ver yo en él, en ese momento, al prototipo de delincuente de alta

escuela, del que no se arriesga jamás personalmente, del que tiene siempre lista la coartada para evitar que lo atrape la policía o lo condene la justicia. Ya he dicho que en la época en que acontecieron estos sucesos era yo muy joven y falto de experiencia; por lo tanto, y a pesar de que siempre se me había juzgado como a un muchacho de inteligencia clara y rápida penetración psicológica, mis juicios sobre las personas a veces eran errados.

Dominé mi indignación y repuse con rapidez:

—Probablemente no sea yo tan excelente persona como usted piensa, puesto que pongo en duda hasta la sinceridad de lo que acaba de decir... Porque usted sabe que yo digo la verdad.

—No basta afirmarlo: es necesario demostrarlo.

Tragué saliva, pero no volví a dirigirle la palabra.

Un interrogatorio interesante

Rafael Torres entró en la comisaría cuando ya se habían retirado nuestros visitantes, incluso el juez. Era de poca talla, pero duro y recio como un toro. En sus palabras y en sus modales se trasuntaba el hombre de campo.

Saludó respetuosamente, quitándose el sombrero, que conservó bajo el brazo durante toda nuestra conversación. A instancias de Navarro, tomó asiento.

—Señor —dijo— estoy aquí porque el juez doctor Garland le dejó dicho en La Madreselva, que necesitaba tomarme declaración. Aquí estoy para lo que gusten mandar.

—¿Dónde reside usted? —comencé a interrogar.

—En la estancia El Arenal, de General Madariaga, de la que soy mayordomo. Actualmente y con motivo del casamiento del señor Ramiro, vivo en La Colorada. Pero mañana, si el patrón no dispone otra cosa, regreso a la estancia.

—¿Desde cuándo está usted en Villa Ballester?

—Desde anteayer. Vine exclusivamente a presenciar el casamiento. ¡Ceremonia linda la que se realizó en Santo Domingo! Nunca había visto nada igual...

—Desde la iglesia, ¿qué hizo?

—Vine directamente para Villa Ballester, en tren. En la estación tenía un caballo y en él me fui a La Colorada.

—¿Vio usted en las estaciones de la Capital Federal y de aquí a algunas de las personas que viven en La Colorada?

—Sí, pero apenas si me fijé en ellas.

—¿Quiénes eran?

—La niña Isabel, el señor Federico, el señor Robierti y el ingeniero Fernández Acuña.

—¿No sabe usted de qué conversaban? ¿No oyó algo de lo que decían?

Se ruborizó como un niño, sin atinar a contestar nada.

—Le advierto —aclaré— que yo le hago todas estas preguntas por indicación del doctor Ortúzar. Él me dijo: “¿Quiere usted saber con exactitud la verdad de todo lo ocurrido? Pues pregúnteselo a Rafael Torres, que no sabe mentir...”.

Abrumado por el supuesto elogio de su patrón, volvió a ruborizarse. Luego dijo:

—No oí ni palabra; ya le he dicho, señor, que apenas me fijé en ellos.

—¿Quedamos en que desde la iglesia fue usted directamente a la estación, tomó el tren para Villa Ballester, descendió en dicho lugar, montó a caballo y fue a La Colorada?

—Efectivamente, señor.

—¿Cuándo llegaron los demás habitantes de La Colorada?

—Como una hora después de haber llegado yo. Vinieron, primero, los señores Fernández Acuña y Robierti, y, al rato, la niña Isabel y el niño Federico.

—¿Sabe usted la hora en que llegaron?

—No, señor, pero supongo que no serían más de las ocho y media, aunque bien puede ser que esté equivocado.

—¿Llegaron en los sulkys los cuatro?

—Lo ignoro. Yo estaba en la cocina cuando fueron llegando. Únicamente los vi entrar en la casa.

—¿Nadie salió de La Colorada anoche?

—Sí, salió el niño Federico, a los pocos minutos de su llegada.

—¿No sabe usted a dónde fue?

—No, pero supongo que a dar vueltas solo por los alrededores, como ha hecho dos o tres veces.

—¿Sabe a qué hora regresó?

—Sí, a las diez y diez.

—¿Lo vio usted volver?

—Sí, cuando entraba en la casa. Estaba lleno de barro. Hasta la cara la tenía sucia. Parecía muy agitado.

—¿Cambió algunas palabras con él?

—Sí. Me pidió que no dijera a nadie que lo había visto tan sucio de barro y me ordenó que fuera a la cochera a limpiar el sulky. Quiso darme dinero, pero yo no lo acepté, para no comprometerme a guardar silencio sobre cosas que no sé si son buenas o malas

—Hizo usted bien, Torres.

Se ruborizó.

—¿Y después?

—Después me fui a acostar, sin decir a nadie una palabra de cómo había visto al niño Federico. Esta mañana me enteré de que el señor Robierti, con su hijo, con la niña Isabel y con el ingeniero, habían salido precipitadamente para La Madreselva. Entonces me allegué yo también allí, por si mi patrón me necesitaba. La vieja ama de llaves me informó después que el juez quería conversar conmigo. Eso es todo.

La precisión de su respuesta y la sinceridad que parecían demostrar sus palabras me hacían pensar que este interrogatorio resultaría sumamente útil para nuestra investigación.

—¿Hace mucho tiempo que está usted al servicio del señor Ortúzar?

—Ha de hacer como veinte años, señor.

—¿Qué clase de persona le parece a usted el doctor Ortúzar? Poniéndose rojo como un tomate, contestó:

—Me parece lo mismo que a todo el mundo: que es difícil encontrar una persona igual donde se la busque. Es franco, sencillo con nosotros, nos respeta como si fuéramos sus iguales y se enoja si uno sufre de algo y no se lo dice enseguida.

—Y del señor Pascual Robierti, ¿opina usted lo mismo?

—¿Usted quiere que le diga la verdad, pura y sencillamente?

—Pues, es claro que sí.

—Pues bien: el señor Robierti no me parece trigo limpio. No sé bien por qué, pero creo que no es la persona que el doctor Ramiro se imagina. Claro que como administrador de El Arenal no ha dado motivo para una sola queja en los cuatro años que lleva en ese puesto.

Le gustan las cuentas claras y siempre que va a hablar con el patrón le lleva recibos, facturas, libros...

—¿Pero no le conoce usted ningún acto incorrecto?

—No, señor.

—¿No le gusta mucho jugar a las cartas al señor Robierti?

—En la estancia, nunca lo he visto con un naipe en la mano.

—¿Y al niño Federico?

—Va poco por allá. Solo en este último tiempo parecía más encariñado con El Arenal.

—¿Con quién tenía relaciones amorosas el muchacho?

—Con la niña Isabel...

—¿Y con quién más?

—Lo ignoro.

—¿No lo ha visto muchas veces con otra muchacha?

—¡Ah, sí! Eso ocurría cuando salía a caballo a pasear con la señora Elvira...

—¿Y no sabe usted qué pensaba de esos paseos el doctor Ortúzar?

—Estoy seguro de que no les daba importancia ninguna. Tenía la seguridad —como la tenía yo— de que la señorita Elvira no necesitaba que la cuidasen para hacerse respetar...

—Y de la niña Isabel, ¿qué puede decirnos?

—Que es buena, como su padre, pero más impulsiva y más decidida. Adora al patrón y no puede verlo serio sin que enseguida se le contagie a ella esa tristeza...

—¿Iba mucho el doctor Ortúzar a la estancia La Salada?

—Casi todos los días. Y cuando él no iba, la señorita Elvira visitaba El Arenal.

—Federico Robierti ¿iba solo a La Salada?

—Sí, casi todas las tardes.

—¿No se murmuraba en la estancia sobre la amistad tan estrecha de Federico Robierti y Elvira Costa?

—Psch... Lo de siempre. Hay gente que no puede vivir sin hablar de los demás, y en cuanto ven a un hombre y a una mujer juntos no dejan descansar a la sin hueso...

—¿Pero qué decían, en concreto?

—Porquerías. Usted se lo imagina, por otra parte, porque ¿qué iban a decir sino que el muchacho y la muchacha se entendían bien?

Hizo una pausa, tratando de recordar.

—La cocinera de El Arenal, una vieja charlatana, llegó a asegurarme que había visto al niño Federico y a la joven besándose entre los árboles. ¡Pura habladuría!...

—Piense usted bien, Torres, en lo que voy a preguntarle: alguien, que usted haya visto o del que haya oído hablar, ¿puede haber deseado la muerte de Elvira Costa?...

—¡Qué pregunta difícil de contestar es esa! —repuso vacilante—. Que Dios me perdone lo que voy a decir, pero se me ocurre que la única persona que podía desear la muerte de esa muchacha es...

Navarro se inclinó hacia Torres, como para recoger mejor el nombre que iba a pronunciar. Agucé el oído. El mayordomo de El Arenal vaciló un instante en seguir hablando, pero luego dijo con tono resuelto—: ...el ingeniero Fernández Acuña.

Si me hubieran dado en ese momento un golpe en el mentón, como el que me aplicó Federico, mi aturdimiento no hubiera sido mayor.

—¿Cómo dijo? —pregunté tontamente.

—¿Fernández Acuña? —interrogó Navarro sin salir de su sorpresa.

—Sí, señor; el ingeniero Fernández Acuña.

—¿Y qué es lo que lo hace pensar así de él?

—Su amor desesperado por la señorita Elvira. Estaba perdidamente enamorado de ella. Hasta creo que prolongó su permanencia en la estancia solo por estar a su lado. Una vez encontré a ambos en la playa. La arena amortiguó el ruido de mis pasos, al punto de que no advirtieron mi llegada hasta que estuve junto a ellos. Desde lejos, por las actitudes de los dos y el modo violento de accionar de él, me imaginé lo que se estaban diciendo. Después oí que él decía: “Elvira: la quiero como nadie puede quererla... Puedo admitir —dura realidad— que usted no me devuelva nada de ese gran afecto, pero lo que me hace estremecer de rabia, lo que me emponzoña el corazón, es pensar que usted pueda amar a otro hombre...”.

Torres hablaba pausadamente, sin mirarnos casi, como si no le preocupara ver el efecto de sus palabras.

—Tosí para que notaran mi presencia —continuó—. Entonces la señorita, como temerosa de que pudiera ocurrirle alguna desgracia si se quedaba sola con el ingeniero, no quiso que me separara de ellos hasta que pasó la tranquera de La Salada.

—¿Dijeron algo en el trayecto de regreso?

—Nada. Ella estaba muy preocupada; él hizo todo el viaje con la cabeza gacha, los ojos entornados y la frente llena de arrugas. Parecía sufrir mucho...

Una visita intempestiva

Otra vez en esa tarde tuve que ausentarme de la comisaría. Dos beodos habían librado una verdadera batalla en el interior de un sucio cafetín de la vecindad, arrojándose a la cabeza cuanta botella encontraron a mano. ¡Y había como trescientas en el local! A los promotores del escándalo los hallamos estrechamente abrazados, como grandes amigos, en medio de la calle. Los mandé detenidos. Al regresar, al trote, distinguí a lo lejos, marchando en la misma dirección que yo, un lujoso cupé. Tuve el presentimiento de que quien lo ocupaba iba hacia la comisaría. Piqué espuelas, le di alcance y eché una mirada a su interior. Dentro, bamboleándose con los barquinazos del carruaje, con la cara tan blanca como su camisa, estaba el doctor Ortúzar.

—¿Va usted a la comisaría, doctor? —pregunté, saludándolo.

—Sí —repuso con voz débil.

—Creo que ha hecho usted mal en abandonar la cama —me permití decirle.

Me miró con ojos febriles.

—¿Mal? Pues creo que debí estar antes en la comisaría.

Se volvió hacia el cochero.

—¡Apure, Malone!

Se pasó la mano por la frente, en un gesto de desesperación.

—¿Ha ocurrido alguna novedad en La Madreselva, doctor?
¿Algún suceso desagradable?

—El único suceso desagradable que ha ocurrido fue la aparición de unos policías, que no se contentaron con revolverlo todo y con interrogarme a mí y a todo el personal de servicio...

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque el proceder de ustedes no ha sido correcto. ¿A qué vienen estos interrogatorios en la comisaría? ¿A qué viene alejar de mi lado a mi hija y a un grupo de amigos que acude a averiguar lo ocurrido y a prestarme su ayuda?

—Eso, doctor, no ha sido obra nuestra, sino del doctor Garland. Además, esas declaraciones han sido tomadas con el solo objeto de presentar un sumario en forma y del que nadie pueda decir nada...

—No lo entiendo... —repuso con voz débil.

En la puerta de la comisaría desmonté rápidamente y lo ayudé a descender del coche. Apenas si podía andar. Al penetrar en el despacho del comisario hizo un gran esfuerzo por levantar el busto y adoptar una posición correcta.

—¿Y mi hija? —fue lo primero que dijo, paseando con angustia su mirada por la habitación.

—Se ha retirado ya —le repuso Navarro, levantándose del escritorio para acudir al encuentro del doctor.

Ortúzar saludó, tomó asiento y luego dijo:

—¿Prestaron ya declaración?...

—Sí.

—¿Para qué los hicieron venir hasta aquí, incluso a mi hija, precisamente cuando más la necesitaba?

—Fue cuestión del juez, no de nosotros. Como usted sabrá, nuestra misión en La Madreselva terminó esta mañana.

—¿Y qué es lo que quería averiguar el juez con tanta urgencia, y de qué carácter era esa averiguación, que no se atrevió a hacernos en casa mayores preguntas?

Navarro se encogió de hombros.

—Un interrogatorio sin importancia... Una simple formalidad, sin trascendencia alguna.

Ortúzar suspiró como si le hubieran quitado un peso de encima.

—No se imaginan ustedes —dijo después, pausadamente, y con voz que parecía un murmullo— cuánto he sufrido desde anoche a hoy. Si no hubiera sido por mi hijita, les juro que yo mismo habría puesto fin a mi vida.

Se llevó la mano al corazón, como si le doliera. Luego agregó:

—Me está fallando...

—¿Quiere usted tomar una copa de vino?

Asintió con el gesto.

Le llené una copita, que bebió lentamente.

—Muchas gracias. Son ustedes muy amables. Voy a retirarme ya...

Le di el brazo, acompañándolo hasta el coche. En el momento en que iba a entrar en él, preguntó con vehemencia:

—Dígame usted la verdad, señor oficial: de las declaraciones prestadas hace un rato, ninguna es de importancia, ¿verdad?

Vacilé, no sabiendo qué contestar.

Clavó en mí sus ojos angustiados.

—Le pido, de hombre a hombre, de caballero a caballero, que me diga usted la verdad...

—Pues la verdad, doctor, es que todavía ignoro la importancia real de las declaraciones prestadas.

—Gracias —repuso, con un gesto de enorme amargura.

Entró en el coche, que enseguida echó a andar. Volví a oír la débil voz de Ortúzar:

—¡Apure, Malone! ¡Tengo mucha prisa!

Entré en el despacho de Navarro. Este se paseaba de un extremo al otro de la habitación. Pareció no notar mi presencia, hasta el punto de ponerse a hablar a media voz:

—Sí... Sí... —decía—. Esta visita significa sencillamente que el doctor Ortúzar temía las declaraciones de los testigos. De otro modo, y en el estado en que se encuentra, no hubiera venido...

—A él —dije yo, haciendo que el comisario levantara bruscamente la cabeza—. A él, lo que lo preocupaba sobre todo era su hija.

—Es que quizá se trate, como he dicho en otra oportunidad, de un verdadero complot para eliminar a Elvira Costa. Hay muchas personas interesadas en ocultar algo, en desviar nuestra atención para que no advirtamos un hecho de gran importancia para la pesquisa... Y la persona que le pone miedo al doctor Ortúzar, porque debió ignorar ese complot, es su hija. ¿Qué opina usted de esto?

—No me atrevo a opinar tan audazmente, comisario. Creo que antes debemos interrogar al asesino del Alemán.

—Sí, él puede darnos la clave de todo.

Habla un asesino

La desgarbada silueta del presunto matador del Alemán se destacó a contraluz en el vano de la puerta. Se detuvo, como indeciso, temeroso quizá, sobre el umbral. El sargento, de un empujón, lo decidió a penetrar. Paseó el muchacho su mirada en torno y preguntó luego:

—¿Se fue ya el señor Robierti?

—¿Por qué lo querés saber? —preguntó a su vez él comisario.

—Por nada —repuso el otro.

Había perdido el aspecto de joven tímido que tenía al entrar, y se paseaba dominador de un lado al otro, mirándonos con aire desafiante. ¿Orgullo por lo rápidamente que había enviado al Alemán al otro mundo?...

—¿Cómo te llamás? —interrogó de nuevo Navarro.

—Enrique Dantegui.

—¿Cuántos años tenés?

—Diecinueve.

—¿De dónde sos?

—De General Madariaga.

—¿Dónde vivís?

Rio el adolescente con risa estúpida.

—¡La pregunta! Donde puedo, donde me dejan. Esta noche, por ejemplo, la pasaré en la comisaría.

—¡Nada de bromas! ¿Has entendido?

Dantegui hizo un vago movimiento de cabeza.

—Bueno —continuó Navarro—. ¿Por qué mataste al Alemán?

—Por cuestiones personales y particulares, ¿no se lo he dicho ya?

—Quiero que hables claro. ¿Por qué lo mataste?

—¡Y bueno!... Si quiere que lo diga, se lo digo no más. Una vez —hace de esto dos años— iba a realizar un “trabajito” con el Alemán...

—¿Dónde?

—En General Madariaga.

—¿Era de allí el Alemán?

—No. Pero allí pasó un tiempo. Fue peón de El Arenal durante dos o tres días.

—¿Era muy amigo de Pascual Robierti?

—Lo ignoro. En aquel tiempo, creo que con el único que se llevaba bien era conmigo...

—¿De qué índole era el “trabajito” que iban a realizar? Podés hablar claro...

—Un robito de hacienda sin importancia... Bueno: el caso fue que nadie más que el Alemán y yo conocíamos el asunto y que alguien dio aviso a la policía. Ese alguien no pudo ser más que el Alemán. Le juré venganza y hoy me he vengado.

Pronunció estas palabras con la mayor tranquilidad del mundo. Luego agregó:

—Al entrar yo en el calabozo se asustó como se asusta una oveja. Y en lugar de venirse para aquí con el sargento, resolvió quedarse “para convencerme de su inocencia”, según dijo. Pero no le di tiempo a que me convenciera...

Volvió a reír.

—¿Cuánto tiempo estuviste preso por el robo de esa hacienda?



—Tres meses escasos. Tuve quien me muñequera la libertad y saliera garante mío...

—Ya sé: Pascual Robierti —intervine.

—¿Se lo dijo él? Ese sí que es persona llana y que sabe ser amigo de los amigos. Además, está vinculado a muchas personas de influencia y hace y deshace en la policía y la justicia a su antojo...

—Estás bien enterado, a lo que parece...

—Él mismo me lo dijo.

—¿Cuándo?

—La vez que estuve preso y que él me consiguió la libertad.

—¿Desde cuándo no veías a Robierti?

—Desde hace infinidad de tiempo.

—¿Infinidad de tiempo? —intervine yo con la audacia con que casi siempre llevaba los interrogatorios—. Pues hace muy poco tiempo que yo, yo mismo, lo he visto a usted en compañía de Pascual Robierti...

Se turbó un poco, pero enseguida reaccionó y dijo:

—Y bueno, sí. ¡A mí qué me importa!...

Nunca pensé que mi mentira diera tan directamente en el blanco.

—¿Te propuso algún “trabajo”?—volvió a preguntar Navarro.

—Eso es mucho preguntar.

—Mirá bien lo que decís, que no vas a tener tiempo de arrepentirte después si te dejamos pudrir en un calabozo...

—¡Pero si no quiero ofenderlos!

—¡Hablá claro! Es lo que más te conviene. Y decí: ¿cuál es el “trabajito” que te encargó Robierti?

—El “trabajito” que me encargó yo no lo acepté.

—¿Pero cuál era?

—Uno sin importancia... No terminó de decírmelo. Me fue sondeando, pero yo no agarré viaje porque quería que actuara en yunta con el Alemán. Al oír hablar de ese individuo, me puse en guardia. ¡Si estaba en Villa Ballester ya tenía que encontrarlo yo y darle su merecido!

Volvió a reír, con risa falsa.

—¿Cómo te encontró Robierti y cuándo y dónde te propuso ese “trabajito”?

Vaciló, reanudando el paseo por la habitación. Después se detuvo, resuelto a hablar.

—Alguien le dijo en General Madariaga que el Alemán y yo andábamos por estos pagos. El señor Robierti quería realizar un “trabajito”, y, naturalmente, pensó en mí, que le debía el enorme favor de haberme sacado de la cárcel. Yo, cuando fue a hacer las gestiones para hacerme librar de la prisión por el robito ese de hacienda de que les he hablado, le dije: “Señor Robierti: cuando usted necesite una persona decidida para lo que guste mandar, disponga de mí sin ninguna vacilación”. Y él creyó que había llegado el momento de aceptar ese ofrecimiento mío.

—¿Y te encargó el “trabajo”?

—Sí, pero es un hombre muy vivo para decir así, de buenas a primeras, qué era lo que quería de mí. Y yo, por no trabajar con

el Alemán, le dije que no podía prestarle ese servicio, pero que para cualquier otra cosa podía disponer de mí a su antojo.

—¿Le dijiste que estabas disgustado con el Alemán?

—Se lo dije. Hasta le hablé con toda claridad y le anuncié mi propósito de liquidarlo en la primera oportunidad...

—¿Y qué dijo él?

—Se echó a reír, exclamando “¡Bravo!... ¡Bravo!... Pero no me lo vaya usted a estropear antes de que me haya prestado el servicio para el que lo necesito...”.

—¿Lo volviste a ver?

—¿A quién? ¿Al señor Robierti? No, no lo volví a ver hasta esta tarde, cuando me trajeron a este despacho.

—¿Te trajeron contra tu voluntad a la comisaría o vos viniste porque sabías que estaba el Alemán?

Se echó a reír desagradablemente como si esas palabras fueran de gran efecto cómico para él.

—Me extraña, comisario, que un hombre de su experiencia me haga esa pregunta... ¿Cómo se imagina usted que voy a ser tan zonzo que me voy a meter en la comisaría para “liquidarlo”? Siempre es preferible hacerlo fuera...

—¿Le dijo algo Robierti al darle fuego con su cigarrillo, hace un momento? —pregunté yo.

—No, no me dijo nada.

—¿Le prestará él su ayuda para que usted salga pronto de aquí?

—Así lo espero.

—¿Tiene modo de comunicarse con él o prefiere que nosotros le mandemos aviso?

Nos miró, extrañado de tanta gentileza.

—No hace falta que le digan nada. Él se tiene que haber dado cuenta ya de lo ocurrido. Ya verá usted cómo pronto lo veremos por aquí.

Había caído la noche y Navarro y yo continuábamos en el despacho de la comisaría, sin preocuparnos de encender luz. El comisario se paseaba con el paso febril del hombre preso, de un extremo a otro de la habitación. Sonaban las viejas maderas del piso y la lata clavada en ellas. Guardábamos silencio. El misterio que envolvía el cadáver de Elvira Costa nos obsesionaba. Yo estaba sentado, echado el busto sobre el escritorio y los ojos bien abiertos a la oscuridad ambiente.

—¿Qué piensa usted, Amenábar, de todo esto? —preguntó de pronto.

—Prefiero ser prudente...

—¡Hable! —dijo con tono imperioso. Luego agregó con voz amable—. Parece que usted quiere ser prudente hasta el extremo de no hablar más del crimen de Elvira Costa...

—¡Por favor, comisario! Lo que yo temo es desbaratar... Estoy desorientado. Lo que ocurre en este asunto es que hay demasiados indicios, demasiados detalles. ¿Cuáles, entre ellos, son los que tienen valor para nuestra pesquisa? ¿Cómo pudieron matar a Elvira Costa? ¿Por qué razón la mataron? Un crimen no se ejecuta así como así... Hay siempre un motivo de mayor o menor importancia: el amor, el interés, el odio. ¿Qué sentimiento hizo a una persona empuñar un revólver contra la esposa del Dr. Ortúzar?

—Nosotros lo que debemos hacer, ahora, es analizar nuevamente todas las pruebas, desechar las dudosas y elaborar nuestra hipótesis sobre las que nos parezcan indudables...

—Y podremos equivocarnos con todo ello de medio a medio.

—¡Naturalmente! De las declaraciones que hemos tomado, creo que la mitad, por lo menos, son falsas. ¿Y cómo podemos saber nosotros quiénes nos dijeron la verdad y quiénes no?

—Tracemos un círculo imaginario, comisario, alrededor de La Madreselva y pensemos que dentro de ella están todas las personas que hemos conocido a raíz de este asunto.

—Eso es —aprobó Navarro—. Y vayamos poniendo a un lado a los sospechosos y al otro...

—¡Es que todos son sospechosos!

—Tiene usted razón —volvió a aprobar el comisario—. Y siendo todos sospechosos, lo mejor es que tratemos de comprobar si nuestras sospechas tienen fundamento o no.

Volvió a pasearse por la habitación durante un par de minutos. Después se detuvo y dijo, hablando con lentitud:

—El doctor Ortúzar y la vieja ama de llaves son, a mi juicio, responsables directos de la muerte de Elvira Costa. No sé cuál de los dos manejó el revólver de calibre 38 que hemos buscado en vano, pero me parece probable que ambos sean cómplices. Dejemos a un lado a Ana y al doctor y pongámosles este rótulo: “Probables ejecutores del crimen”. Ahora, vayamos al Alemán y a su presencia en La Madreselva. Ese hombre se introdujo en la casa quinta con un plan de acción perfectamente trazado. ¿Lo llevó a cabo o no lo llevó? Eso es lo que todavía no puedo contestar. Lo que parece indudable es que el Alemán fue a La Madreselva enviado por Pascual Robierti a realizar un trabajo nada fácil, puesto que se pensaba hacérselo ejecutar junto con Enrique Dantegui, de acuerdo a las declaraciones que este nos ha formulado. ¿Pudo el Alemán matar a Elvira Costa? De acuerdo con las informaciones reunidas, no. Él debía hallarse en el jardín cuando sonó el disparo. Además, no encuentro el modo de suponer de una manera lógica cómo podría haber consumado el crimen. No, el Alemán no es el asesino. Pero su acción pudo ser anoche de un gran valor para quien lo envió.

El comisario Navarro hizo una pausa, agregando:

—Ponga usted a un lado al Alemán con un letrerito: “Sospechado de ladrón”.

—¿Ladrón de qué? —exclamé.

—Escúcheme usted con calma, Amenábar, y me dirá luego si el rumbo que sigue mi razonamiento es equivocado o no. Es

muy probable que el asesinato de Elvira Costa haya servido para robar algo: documentos o papeles. El administrador de El Arenal no perdía el tiempo cuando usted lo sorprendió revisando un cajón del escritorio.

—¿Y no puede ser que estuviera buscando el revólver de calibre 32 que Ortúzar guardaba allí? Precisamente su complicidad en el crimen puede aparecer más probable si pensamos que fue a examinar el cajón del escritorio con el propósito de comprobar si sus instrucciones respecto al revólver se habían cumplido o no...

—¿Sabe que me está usted desconcertando?

—También puede ser que desconfiara del doctor Ortúzar; que sospechara, a pesar de nuestras afirmaciones, que la señora Costa no se había suicidado y fuera, igual que nosotros, en busca de detalles que le sirvieran para comprobar la verdadera identidad del matador...

—¡Eso sí que no! —interrumpió Navarro—. Pascual Robierti envió al Alemán a La Madreselva, casi seguramente. Lo envió con el plano que hemos hallado, para que hiciera algo, y después de ocurrido el hecho que provocó nuestra presencia en la casa quinta, al no tener informaciones directas del Alemán, resolvió verificar si este había cumplido con sus órdenes o se habían visto frustrados sus propósitos.

—Pascual Robierti me parece un delincuente de alta escuela, implacable y de una habilidad tremenda para no comprometerse nunca.

—Solo así se explica que Enrique Dantegui haya muerto al Alemán cumpliendo una orden suya.

—A menos que este asesinato no tenga vinculación directa con el misterio de La Madreselva.

—¿Lo cree usted posible, Amenábar? Ya he dicho que considero que se trata de un complot tramado alrededor de la que fue esposa del doctor Ortúzar solo por unas horas. Algo,

que nosotros desconocemos aún, ha movido a gente de probada rectitud moral como el doctor Ortúzar a actuar de acuerdo con un elemento tan falto de escrúpulos como el administrador de la estancia. En cuanto a Federico Robierti...

—...A quien considero que debe interrogarse cuanto antes...

—En cuando a Federico Robierti, creo que también está vinculado al hecho. No es posible sostener, lógicamente, que la noche del crimen, al parecer a la misma hora en que se produjo este, se ausentara de La Colorada en forma tan curiosa solo “para dar un paseo”. Observe usted una cosa: él condujo en sulky a Isabel hasta la quinta de su padre y se ausentó enseguida rápidamente. Necesitaba, a lo que parece, tener libertad de acción, para actuar sin ser visto. Regresó cubierto de barro y se preocupó —cosa que no acierto a explicarme aún— de que fuera limpiado el sulky. Este, naturalmente, debía estar embarrado, a causa del estado de los caminos. Yo no creo que su ausencia de La Colorada, en las circunstancias en que se produjo, pueda deberse a una casualidad o a uno de esos motivos tan comunes en las novelas... No, si Federico Robierti abandonó la quinta de su padre fue para llegar a tiempo a recoger algo, a recibir algo, que alguien debía entregarle. Sé que en este momento me estoy dejando llevar por la imaginación, igual que un niño. Pero déjeme usted terminar de expresar mi pensamiento y luego dígame con toda sinceridad si le parece descabellado o no: el Alemán, por encargo de Pascual Robierti, va a La Madreselva a robar alguna cosa. Federico Robierti, también por encargo de su padre, va en busca del Alemán para recibir de este lo que acaba de robar...

—Francamente, comisario, me parece que esa hipótesis no tiene una base firme...

—Muy firme, no. Pero yo me temo —ya le he dicho que voy a caballo de la imaginación— que ese algo que el Alemán fue a robar del escritorio de La Madreselva fuera un revólver...

—¿Con el objeto de borrar las huellas del crimen?...

—Con el objeto de hacer recaer las sospechas del crimen sobre otra persona.

—Francamente, comisario, no lo entiendo bien...

—Usted sabe, como yo, que Fernández Acuña, por el amor que sentía por Elvira Costa y probablemente por su carácter, podía tener un cartelito que dijera: “Sospechoso”.

—Efectivamente.

—Pues bien: el revólver que Federico Robierti recibió de manos del Alemán...

—¿Recibió?

—¡Por favor, Amenábar!... Sé que puedo equivocarme de medio a medio, pero sé también que puedo estar dando en el blanco... Ese revólver, digo, bien puede estar ahora en poder de Fernández Acuña, sin que este lo sepa. Apostaría cualquier cosa a que en La Colorada está el revólver con el que se perpetró el crimen.

—¿Cree usted, comisario, que podremos hallar el revólver que empuñó el asesino?

—Sí.

—¿Convendría solicitar al doctor Garland orden de allanamiento?

—No piense usted en eso, Amenábar. Si las cosas han ocurrido siquiera aproximadamente en la forma en que le he dicho, el hallazgo del revólver, en lugar de aclarar el problema, contribuiría a confundirlo.

—¿Qué haremos ahora, comisario? ¿Tiene usted un plan de acción?

—Aún no. Pero tenemos que trazarlo rápidamente, que cada minuto que pasa puede alejarnos más y más de la solución del misterio. No hace aún 24 horas que Elvira Costa cayó muerta en un sillón de La Madreselva y el estampido de un arma de fuego estremeció a un grupo de personas. De entonces acá, han

ocurrido algunos episodios dignos de una novela policial: la detención del Alemán, su fuga, su nueva detención y su muerte; la actitud sospechosa de Pascual Robierti; la declaración de Torres, que pone en tan comprometida situación a Federico, y... Agreguemos a ellos los antecedentes que hemos logrado reunir alrededor de la muchacha muerta y de Fernández Acuña y la visita intempestiva que hace un rato nos hizo el doctor Ortúzar. Todo es confuso en este asunto, enredado hasta más no poder serlo. Sin embargo, estoy convencido de que lo único que necesitamos para aclarar todo y dominar de una sola ojeada el conjunto de detalles pequeños y grandes que hemos ido examinando hasta ahora es saber que pisamos firme en algo, que algo de lo que conocemos es positivamente cierto...

—Ese algo, comisario, que usted busca, lo tenemos ya.

—¿Está usted seguro de lo que dice, Amenábar?

—Sí, ese algo es la causa directa de la muerte de Elvira Costa. Esa muchacha fue asesinada por alguien que manejó un revólver de calibre 38, a las 8.45 de la noche. ¿Le parece base poco firme, comisario?

Refunfuñó. Después dijo:

—Sobre esa base podemos edificar, no una, sino mil hipótesis...

—Lo cual le demuestra que es una base firme...

Volvió a refunfuñar, exclamando luego con voz un poco áspera:

—Me parece notar en usted cierta reserva desde hace un rato...

—Desorientación, querrá decir —interrumpí.

—Tal vez. Pero de cualquier modo, aprecio tanto su opinión que no voy a permitirle que se la calle...

Me puse de pie y comencé a marchar yo también por la habitación en sombras.

—Comisario —dije—, retrotraigamos el asunto a su punto inicial: la muerte de Elvira Costa. ¿Quién la mató? Creo que el asesino puede ser: el doctor Ortúzar, la vieja Ana, Malone, el Alemán, Federico Robierti, Pascual Robierti, Fernández Acuña o Enrique Dantegui. De todos los nombrados, hago dos grupos: los muy sospechosos y los menos sospechosos. Entre los primeros incluyo a Ortúzar, Ana y el Alemán; en el otro grupo, a los restantes.

—Pero usted excluye algunas personas entre las que también puede hallarse el criminal.

—Efectivamente, comisario. Es posible que ninguno de los nombrados sea el matador de Elvira Costa, pero es lógico que primero lo busque entre ellos. ¿Por qué pudo Ortúzar matar a su esposa? Yo tenía y mantengo aún, aunque un poco debilitado, un gran respeto por él. Creo que es hombre de una sola pieza. ¿Por qué habría podido matar —repito— a su esposa? ¿Es que su dolor no era auténtico cuando lo vimos?

—Sobre ese punto, y me disculpará que lo interrumpa, no me parece que discurra usted bien.

—¿Por qué?

—Porque usted parece olvidar todo lo que tiene de rara, de inexplicable, de sugestiva, la actitud de Ortúzar ante el asesinato de su esposa. Lloro, al parecer, es cierto, con lágrimas sinceras, pero se alarma ante la posibilidad de la autopsia y procura evitarla a cualquier costo. No quiere que nosotros investiguemos y usa de toda su fuerza de persuasión para convencernos de que su esposa se ha suicidado. Después se desmaya, le falla el corazón, como él dice, pero se alarma como si una grave amenaza se cerniera sobre él al enterarse de que su hija, los Robierti, Fernández Acuña y Torres están declarando. Entonces abandona el lecho, infringiendo las indicaciones del doctor Rodríguez, que él, como facultativo que es, no puede olvidar, y viene hasta aquí a esto sencillamente: a averiguar qué han dicho los otros o a impedir

que hablen demasiado... ¡Es tan comprometida la situación de Ortúzar, tanto por sus actitudes como por las circunstancias que rodean la muerte de Elvira Costa!... Sé que estoy procediendo como un empecinado, pero para mí "debe" ser el matador o el cómplice del matador de la que fue su esposa.

Contra lo que le era habitual, Navarro se había exaltado al hablar. Parecía querer convencerse con sus propias palabras de lo que él mismo pensaba.

—¡Bravo! Todo lo que acaba de decir usted es cierto, comisario —afirmé—. Pero no puede usted negarme que hay otras personas tan comprometidas como Ortúzar.

Se aproximó para oírme mejor.

—El Alemán en primer término —continué—. Se introduce en La Madreselva en la forma que conocemos, esto es, saltando el cerco, después de haber estudiado la disposición de las habitaciones. Lleva un plano en el que el escritorio aparece señalado con lápiz rojo. Es allí donde debe actuar, donde probablemente actuó.

—¿Me permite, Amenábar? —interrumpió Navarro—. Usted va con su razonamiento por la misma huella que yo.

—Sí y no, comisario. Para expresar con entera franqueza mi pensamiento, le diré que creo que el Alemán entró en el escritorio. ¿No observó usted, frente a la puerta lateral de la casa, una pequeña mancha de sangre? Era muy pequeña, es cierto, y apenas se veía entre el verde del césped, pero constituye un indicio valiosísimo para nuestra investigación...

—No solo no vi esa mancha, sino que tampoco me dijo usted la menor palabra sobre ella antes de ahora —observó Navarro con voz grave.

—¡Caramba! —atiné a decir—. La verdad es que en ese momento me sentía avergonzado de mí mismo. Debo confesar ahora —un poco tarde, porque el comisario Navarro no puede leer estas líneas— que esta ocultación fue intencional. Sí, había

sido desleal en eso con el comisario, que siempre me demostró su aprecio y a quien debo una de las satisfacciones más grandes de mi vida: la de haber aclarado el misterio de la muerte de Elvira Costa. ¿Por qué, con plena conciencia de lo que podía significar para el éxito de la pesquisa la oscura mancha de sangre que vislumbré cerca de la puerta, no le dije nada de ella hasta ese momento? ¿Vanidad de policía joven que quería demostrarse a sí mismo que veía más y mejor que los otros todo lo que tuviera interés en una investigación? ¿Deseo de sorprender con mis observaciones? Lo ignoro. Pero de lo que estoy seguro es de que en aquel momento me sentía arrepentido de haber guardado por unas horas ese “secreto”.

—Bien... —dijo Navarro, como si hubiera leído mis sentimientos por el tono de mi voz—. Continúe usted, Amenábar. Hágame el favor.

—Continúo. El Alemán entró en la casa, podemos creer, y si entró en la casa por esa puerta sin ser visto, es lógico pensar que nadie había en ese momento en el escritorio. Y si no había nadie en el escritorio, ¿iba a entrar en él o seguir corredor adelante, con la posibilidad de que lo vieran? Lo lógico es que entrara...

—¡Alto! —exclamó Navarro—. Usted dice que entró “sin ser visto” y yo creo que puede estar usted en un error.

—A eso iba: en el escritorio podía hallarse en ese momento, sola, Elvira Costa. Al ver al Alemán, corre a apoderarse del revólver de calibre 32 que se halla cerca, en un cajón...

—¡Alto otra vez! ¿Por qué no puede ser que el revólver ya lo tuviera en la mano? Tal vez presintiera el peligro, todo eso, claro está, siguiendo su hipótesis.

—Sea como fuere, lo que puede haber ocurrido, es que el Alemán, empuñando su revólver de calibre 38 y la mujer el de calibre 32, se hacen fuego simultáneamente. La bala del revólver de ella roza un muslo del Alemán y le hace una larga herida

superficial, que se agrega a las otras producidas por las púas del alambre del cerco.

—¿Observó usted una herida de bala?

—No, comisario. Pero bien puede ser que una de las heridas que tanta sangre le hicieron perder haya sido producida por una bala de revólver. Eso explicaría dos cosas: la mancha de sangre de frente a la puerta, producida probablemente al salir el Alemán, y el estado de profunda debilidad en que quedó el individuo, sin fuerzas para saltar el cerco y abandonar La Madreselva sin ser visto.

—Razona usted bien, Amenábar, pero parece olvidar detalles de mucha importancia: que la puerta lateral estaba herméticamente cerrada en el momento de oírse el disparo.

—Probablemente, los testigos tengan razón. Pero creo posible que no estuviera así la puerta, sino entreabierta en ese momento. Ello explicaría hasta el destino del proyectil de calibre 32 que hemos buscado en vano por las paredes y el techo.

—¿Y las declaraciones de los testigos?...

—Creo que bien pueden estar equivocados.

—¿Todos?

—Sí... Bastó que uno dijera: “La puerta estaba cerrada”, para que los demás creyeran haberla visto así.

—¿Cómo no alcanzó a ver Ortúzar al Alemán?

—Es que pudo hacer fuego saliendo de la casa, junto a la puerta que da al jardín...

—Hum... ¿Olvida usted, oficial, que Ana declara que vio a Ortúzar abriendo la puerta lateral, inmediatamente después de escuchado el disparo?

Me confundieron estas palabras. Sin convicción, dije:

—Puede ser que nos haya mentado o que haya pretendido confundirnos, solo para salvar al asesino, a quien ella consideraba un enviado de Dios.

—¿De modo que usted cree que el Alemán es el autor del crimen?

—No, comisario. Estoy examinando uno por uno a los componentes del grupo de los muy sospechosos. Ahora voy a referirme a Ana.

—Insisto en mi opinión —dijo Navarro, como para hacerme recordar lo que anteriormente me había dicho de la vieja chiflada—: Ana es quizá la autora del crimen, pero más probablemente la cómplice del autor.

—Por su modo de pensar y de sentir, del grupo que yo he hecho con los “muy sospechosos”, Ana Grimaux es de quien puede sospecharse más. Su falta de equilibrio mental —aunque, en ocasiones, raciocina con admirable lógica— da pie para suponerle las resoluciones más descabelladas, así como los actos más audaces. Ella ama a Margarita Fred como si la primera esposa del doctor viviera aún, se preocupa de que Ortúzar mantenga vivo en su corazón el recuerdo de la madre de Isabel y quiere entrañablemente a la muchacha por considerarla la imagen viviente de su progenitora. Y odia a Elvira Costa desde que sabe que va a casarse con el médico. Por ese solo hecho le desea la muerte. Supongamos que después llega a Ana la versión de los amores de Elvira Costa y Federico Robierti. El cariño que la anciana siente por Isabel es un motivo más de odio a la que va a ser esposa de Ortúzar... Ahora, con su permiso, comisario, voy a seguir teniendo solo a media rienda a mi imaginación...

Rio Navarro, diciendo:

—Veamos hasta dónde va usted...

—Todo ha sucedido conforme los testigos declaran: la casa está herméticamente cerrada. Elvira Costa acaba de llegar con las flores y pide a su esposo que le traiga un florero. El esposo sale. Elvira Costa tiene en su poder la carta que Federico Robierti le ha entregado momentos antes, la lee y luego la hace pedazos

y la arroja a la estufa. Sigilosamente, Ana Grimaux ha llegado hasta frente a la puerta del escritorio, armada de un revólver. La joven la ve y, aterrorizada, atina a abrir un cajón del mueble que tiene cerca y saca un revólver. Se hacen fuego simultáneamente.

—Todo esto—interrumpe el comisario— lleva más tiempo del que Ortúzar, de acuerdo con su declaración, estuvo ausente del escritorio.

—Dice usted bien: de acuerdo con su declaración. Pero usted, lo mismo que yo, duda de la veracidad de lo que Ortúzar nos cuenta. Él no presencié el crimen —déjeme suponerlo así— y no lo hubiera consentido de ninguna manera. Pero cuando oyó los disparos —que debieron sonar simultáneamente, de acuerdo con la hipótesis suya— y acudió corriendo al escritorio, su esposa estaba agonizando.

—Pero en ese caso debió, forzosamente, ver a Ana...

—¡Naturalmente! La vio dentro de la habitación. “Se ha matado”, le dice la vieja, y él le cree...

—...O no le cree.

—En el primer momento, da fe a la palabra de ella. Luego, cuando llegamos nosotros, comienza a dudar... Pero es hombre incapaz de manifestar en alta voz su duda terrible...

Navarro no podía escucharme con calma ni en silencio.

—¿A qué vino entonces a la comisaría?

—No lo sé ni puedo suponerlo. Aunque tal vez, su venida se haya producido por incitación de Ana. “Vaya usted —le habrá dicho— que los testigos quieren declarar sobre Elvira Costa dando rienda suelta a sus lenguas...”. El hombre, enloquecido por el dolor y la desesperación, se ha levantado del lecho y ha corrido hacia aquí...

—¿Con qué propósito puede haber hecho eso la anciana?

—Tal vez con el de esconder en algún sitio determinado de la casa el revólver con el que perpetró el crimen.

—Eso es pura imaginación, Amenábar.

Se hizo un hondo silencio. Repentinamente, el sueño comenzó a pesarme en los párpados. A Navarro parecía ocurrirle otro tanto porque dijo:

—¿No cree usted que ha llegado la hora de que durmamos un rato? Estoy obsesionado por el crimen de Elvira Costa, hasta el punto de pensar que solo el sueño puede hacérmelo olvidar.

Cinco minutos después montaba yo a caballo rumbo a mi domicilio.

Un hallazgo

El fresco aire de aquella noche del mes de diciembre y los movimientos de mi Pintado, me quitaron rápidamente el sueño. Mi mente se despejó de sombras. Marchaba rumbo a mi domicilio a descansar hasta que, a mitad del camino, resolví dirigirme a La Colorada. Creo que esa determinación provenía de la convicción de Navarro de que en esa quinta estaba el revólver que había utilizado el matador de Elvira Costa.

La Colorada era una propiedad de una hectárea, aproximadamente, de superficie. Cerca del frente que daba al camino, se levantaba la casa, en forma de cuadrado. Era chata y a través de varias de sus enrejadas ventanas, brillaban luces.

Desmonté y até el caballo a uno de los postes del alambrado. Después fui inspeccionando lentamente los alrededores de la casa quinta. Un temor contenía mi deseo de saltar el cerco para introducirme en la propiedad: el de que hubiera perros.

A derecha e izquierda de La Colorada se vislumbraba la sombra de los árboles de las quintas inmediatas.

El profundo silencio y la oscuridad reinante hicieron que repentinamente volviera a sentir sueño. ¿Qué estaba haciendo allí y para qué había ido?... Volvieron a oscurecerse mis pensamientos. A paso vivo —me acicateaba el deseo de hallarme pronto en el lecho— me dirigía hacia mi cabalgadura, cuando distinguí junto a ella la sombra de un hombre. Estaba inmóvil, con una mano

sobre el pescuezo del animal, como esperando. Eché mano al revólver, por lo que pudiera ocurrir.

—Buenas noches, señor oficial —dijo el desconocido.

Tardé unos segundos en reconocerlo. Era Rafael Torres. En su cara se pintaba la más viva curiosidad, pero como hombre discreto que era, en lugar de hacerme preguntas, se puso a explicarme el motivo de su presencia en aquel lugar.

—Con lo que ocurrió anoche, yo ya no puedo dormir. ¡La muerte de la señora del doctor me ha causado tanta pena!... Lo siento por la muchacha y lo siento también, y hasta en mayor grado, por lo que está sufriendo mi patrón. Bueno, lo cierto es que esta noche, no pudiendo acostarme —usted sabrá que yo soy como las gallinas para recogerme— salí a caminar por delante de la casa...

Se detuvo tembloroso de que a mí no me interesara lo que me decía. Para incitarlo a seguir hablando, le dije:

—He venido hasta aquí, por encargo del doctor Ortúzar, para solicitar su ayuda. Pero antes deseo que me cuente todo lo que pueda tener el menor interés para mí.

—¿Prestarle yo mi ayuda? Puede contar conmigo, señor oficial, en lo que guste. Como le iba diciendo, salí a pasear por delante de la casa, cuando vi salir de ella al niño Federico. Miró para todos lados como con miedo de que lo vieran y salió al camino. Yo, señor, pensando que tal vez le hiciera un bien al patrón, salí detrás del muchacho. Anduvo por aquí, un poco indeciso, como no sabiendo bien adónde dirigirse, hasta que saltó ese alambrado y fue directamente hacia aquel grupo de árboles.

—¿Tardó mucho en regresar?

—No; fue cuestión de ir y venir.

—¿No sospecha usted a qué pudo haber ido?

—Ni me lo imagino.

—¿Volvió Federico a la casa?

—Creo que sí, pero no estoy seguro de ello porque yo venía siguiéndolo cuando vi su caballo, que me hizo detener aquí.

—¿Él lo vio también?

—Sí. Y pareció asustarse muchísimo, porque apresuró el paso rumbo a la casa.

—Buenas noches —dijo una voz a mis espaldas.

—Ahí lo tiene usted —murmuró Torres.

Efectivamente, ahí teníamos a Federico Robierti. Vino rectamente hacia nosotros, preguntando con voz afable:

—¿Qué hacen ustedes por aquí?

—Conversar. Pasaba al trote por el camino cuando distinguí a este hombre y me detuve a hablar con él —repuse.

—Sin duda sobre el suceso de La Madreselva...

—Efectivamente.

—¿Y se puede saber qué decían? —preguntó con desconfianza.

—Hablabamos del doctor Ortúzar y de la impresión que le ha producido el suicidio de su esposa.

—¡Ah, sí! Ha sido sencillamente terrible. Es un golpe demasiado rudo para sus nervios y para su corazón, que nunca marchó del todo bien.

Puse un pie en el estribo.

—¿Se va usted? —preguntó.

—Sí. Estoy deshecho de cansancio y de sueño.

Monté.

—¡Buenas noches! —saludé.

—¡Buenas noches! —respondieron ellos.

Me había alejado varios metros, cuando dije con tono despreocupado:

—¡Oiga, Robierti! Mañana querría conversar un rato con usted. ¿Quiere ir un momento a la comisaría?

No oí su respuesta.

Anduve al trote, durante un cuarto de hora, luego volví grupas y marché de nuevo en dirección a La Colorada.

Desmonté en el lugar de antes y salté el alambrado por el mismo lugar por donde lo había hecho Federico, según me informara Torres. Llegué al grupo de árboles donde un momento antes había estado el muchacho. La oscuridad era tan densa que no alcancé a ver más que las sombras de los árboles. Encendí, para alumbrarme, todos los papeles que llevaba en el bolsillo, uno después de otro, tratando de descubrir una huella, una señal cualquiera que me permitiera averiguar la razón por la cual Federico había estado allí. Trabajo inútil. Sería necesario volver por la mañana, aun con el riesgo de que me vieran desde La Colorada.

Emprendía el regreso cuando un objeto pesado sonó golpeando las ramas de un árbol próximo y cayó ruidosamente a tierra. Lo busqué a tientas un par de minutos, hasta hallarlo entre las hojas secas: era un revólver.

Dos colaboradores...

Desmonté de un salto y entré casi corriendo en la comisaría. No me había equivocado: el comisario Navarro estaba todavía allí. Era un hombre de una excepcional resistencia al cansancio y al sueño, y cuando se sentía vencer por ellos colocaba los pies sobre la mesa de trabajo, se desanudaba la corbata, se aflojaba el cuello, cruzaba los brazos sobre el pecho poderoso y se quedaba instantáneamente dormido. Pero no lo hallé así al penetrar en su despacho, porque otros dos hombres había en él.

—¿Usted por aquí, Amenábar? —exclamó Navarro sorprendido. Observó mi agitación y agregó—: Usted trae novedades...

Incliné la cabeza en señal afirmativa, pero no pude evitar una mirada de recelo para los dos desconocidos, que se hallaban sentados junto a la mesa, uno a cada lado de Navarro. El comisario me interpretó inmediatamente.

—¿No se conocen ustedes? Voy a presentarles al oficial Jacinto Amenábar, que interviene en esta investigación.

Los dos hombres se pusieron de pie, tendiéndome su diestra.

—Auxiliar Raúl Rossi, de la policía de la Capital Federal —se presentó uno.

—Francisco Diéguez, comisario inspector de La Plata —exclamó el otro.

Tenían las facciones duras y la mirada fija y penetrante de los policías habituados a tratar con delincuentes.

—Los señores —dijo Navarro— han sido encargados, cada uno por su lado, de aclarar, o hacer lo posible por aclarar, el crimen de Elvira Costa. Nosotros, naturalmente, les prestaremos toda la colaboración posible.

—El comisario ha tenido ya la gentileza de informarnos del estado actual de las investigaciones emprendidas por ustedes —manifestó Diéguez—. Es un favor que mucho le agradezco. Pero desde ahora y con el objeto de evitar rozamientos en cuanto a la dirección de las pesquisas, considero mejor que cada uno de nosotros actúe por su cuenta...

En sus palabras parecía leerse la seguridad en el éxito.

Navarro intervino amablemente:

—¿Para qué? ¿No es mejor que trabajemos unidos?

—Ya le he dicho el motivo, comisario, para evitar rozamientos.

—Yo creía —dije a mi vez— que ustedes habían sido destacados a Villa Ballester con el objeto de colaborar con nosotros...

—Así es —dijo Rossi—. Y si logramos individualizar al autor del crimen, les habremos brindado la mejor colaboración posible...

—Ojalá tengan ustedes éxito —dijo Navarro. Una sonrisa irónica se adivinaba en sus labios.

Se pusieron de pie los visitantes.

—¿En caso de necesitar un par de agentes para algún procedimiento...? —preguntó Rossi.

—Cuenten con ellos —repuso Navarro.

—Volveremos pronto por acá —dijo Diéguez estrechándonos la mano.

Cuando se fueron, Navarro prorrumpió en una carcajada estentórea.

—¡Si serán torpes! —dijo sin cesar de reír—. ¿Sabe usted por qué se van tan apresuradamente? Pues porque creen saber quién fue el asesino. Del relato minucioso de los hechos que les

acabo de hacer, cada uno de ellos sacó sus conclusiones: “Fulano la mató”, “Mengano es el asesino”. Y tan seguros están de haber dado en la tecla que no desean que les arrebatemos ni un poquito de la gloria que piensan conquistar aclarando el suceso.

—Si el Alemán viviera, estoy seguro de que le harían confesarse autor del hecho.

—Sí, interrogándolo como ellos suelen hacer... Pero con los demás sospechosos van a tener que andar con pies de plomo, si no quieren verse pronto fuera de la policía.

Me miró de frente, como diciéndome: “¿Qué novedades trae usted?”.

Puse sobre la mesa, sin decir una palabra, el revólver hallado en las inmediaciones de La Colorada. Lo examinó prolijamente.

—Es un Colt calibre 38 —murmuró examinándolo—. Bien aceitado. Por el estado de la empavonadura, se advierte que ha estado guardado mucho tiempo en una revolvera de cuero.

Examinó el tambor, contrayendo mucho el ceño.

—¡Diablos! Le falta una bala.

Levantó los ojos. Yo lo miraba triunfante.

Se puso de pie, tendiéndome su diestra amiga.

—Lo felicito de corazón, Amenábar, porque este debe ser el revólver con el que se cometió el crimen.

Asentí con la cabeza.

—¿Dónde lo halló usted?

Le relaté detalladamente lo que había hecho yo desde que abandoné la comisaría hasta mi regreso a ella.

—¡Bravo! Ya se lo he dicho varias veces y me complazco en repetírselo ahora: usted llegará lejos, Amenábar... Hay una cosa que no he entendido bien: ¿cómo se explica usted que el revólver cayera a sus pies desde lo alto, si Federico lo había dejado allí minutos antes?

—Considero que Federico lanzó el revólver con toda la fuerza de su brazo, lo más lejos de sí que le fue posible. El arma

quedó enganchada en alguna rama y cayó justamente cuando yo me hallaba buscándola.

—Así debe haber sucedido.

—Ahora, más que nunca, comisario, debemos volver a interrogar a Federico Robierti. Si él, como es lógico suponerlo, trató de librarse del arma por temor a que lo comprometiera, es porque sabía perfectamente que con ese revólver se había muerto a Elvira Costa.

—Sin duda —murmuró Navarro, sumergido ya en sus meditaciones.

—Ahora, comisario, ¿quién cree usted que puede ser el asesino de Elvira Costa?

—Todavía los hechos no han venido a demostrarme que no sea Ana Grimaux o Ramiro Ortúzar. Además, yo le anuncié que el revólver que empleó el asesino debía hallarse en La Colorada.

—Efectivamente. Pero usted pensó que si se hallaba allí era para comprometer a alguien.

—¿Y qué sabemos si ese fue el propósito primero de Federico o de su padre?

—Es mucho suponer, comisario... Y, para decirlo como le gusta a usted decirlo, es mucha imaginación...

—Pues yo estoy convencido, Amenábar —replicó un poco amoscado—, de que la persona que nos conviene primero interrogar, la que en realidad puede aportar datos de interés a nuestra investigación es Fernández Acuña. Él está en el deber de hacerlo por el cariño que sentía por Elvira Costa...

—Si es que él no es el asesino.

Rio Navarro, con buen humor.

—Gracias a usted, Amenábar, nuestra investigación marcha. Gracias a este revólver descubriremos rápidamente al asesino... si es que lo descubrimos. Hablando de otra cosa, ¿no cree usted que debemos descansar un poco?

—Efectivamente, comisario. Me estoy cayendo de sueño. Saludé y salí. Al cerrar la puerta del despacho vi al comisario colocando los pies sobre la mesa y cruzando los brazos sobre su pecho poderoso.

Un nuevo testigo

Muy temprano estuve de vuelta en la comisaría. Raciocinaba con claridad y me sentía lleno de energías, no obstante no haber dormido casi nada durante la noche. El interés apasionante de la pesquisa en que estaba actuando, no me dejó conciliar el sueño.

El comisario —¡naturalmente!— estaba ya en su puesto; las mejillas rosadas, como si hubiera dormido tranquilamente en su lecho toda la noche.

Estaba desayunándose como de costumbre: con mate amargo y galleta.

Detrás de mí, casi pisándome los talones, penetró en el despacho un joven. Estaba vestido con cierto atildamiento y en su rostro limpio de barba aparecieron dos manchas rosadas, resultado de su timidez. Casi balbuceando, exclamó:

—¿Puedo hablar con el comisario?

—Sí, señor —dijo Navarro—. Yo soy el comisario.

—Pues... Es con usted con quien quiero hablar.

—Pues hable usted.

El jovencito me miró con desconfianza.

—Hable con absoluta tranquilidad. El señor es oficial de policía.

Nuestro visitante se acercó a Navarro y preguntó atropelladamente:

—¿Es cierto que en La Madreselva ha ocurrido un crimen?

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —preguntó duramente Navarro.

Lleno de nerviosidad, repuso el joven:

—Me enteré por una conversación que escuché a dos personas que venían en el tren conmigo anoche. Parecían dos policías. Creo que se llamaban... Rossi, uno, y Diéguez, el otro. Hablaban mucho del crimen de La Madreselva y de quiénes podían ser los asesinos...

—¿Y a qué se debe su visita?

—¿El crimen ocurrió antes de anoche, alrededor de las 8:40?

—Sí, ¿por qué?

—Porque yo he visto algo que puede ser de mucho interés en la pesquisa.

—Pues hable usted.

—Antes de anoche regresé yo a Villa Ballester —han de saber ustedes que yo resido aquí— en el tren que llega a las 8:47 horas. Estaba sentado del lado de la ventanilla...

Estaba tan nervioso que no atinaba a seguir su narración.

—Hable, hable sin miedo... —lo alentó Navarro.

—Después de haber pasado el tren frente a La Madreselva, volví la mirada atrás y alcancé a ver, frente a la puerta de esa propiedad, dos bultos blancos y un caballo.

—¿No vio usted nada más?

—No, señor.

—¿Vio usted si el caballo estaba ensillado?

—No, señor. La oscuridad era tan densa que tampoco puedo decir si estaba enganchado el animal a un coche o a un carro o no.

—¿Qué le parecieron a usted los dos bultos blancos que vio?

—Parecían personas.

—¿Se movían?

—No, señor.

—¿Estaban en medio del camino?

—¡Oh, no, señor! Estaban frente a la puerta como ya le he dicho.

—¿Vio usted si la puerta estaba abierta?

—No, señor; pero creo que debía estar abierta. Aunque, respecto a eso, no puedo asegurar nada.

—Bien... Muchas gracias, joven. ¿Tiene alguna otra información que darnos?

—No, señor.

—¿Cómo se le ocurrió venir a visitarnos?

El muchacho se puso terriblemente colorado, como niño pillado en falta.

—Es que yo, señor —balbuceó—, soy muy aficionado a todos los asuntos policiales... Cuando vi que podía colaborar con ustedes...

—Ha hecho usted muy bien en venir y le estoy sumamente reconocido. Pero le ruego que procure que esa información que acaba de darme se difunda lo menos posible.

—Pierda usted cuidado, comisario. Este... ¿Puedo volver por acá para informarme del curso que toman las investigaciones?

—¡Cómo no! Cuando guste.

El muchacho se iba ya de la comisaría, cuando se me ocurrió preguntarle:

—¿Cómo se llama usted?

—Francisco Sturla.

Dio su dirección y salió.

Diéguez y Rossi llegaron cerca de mediodía a la comisaría. Estaban fatigadísimos y con las caras pálidas de no haber dormido en toda la noche.

—El asunto es muy complicado —dijo Rossi con desaliento—. Examinando el hecho objetivamente, de acuerdo con las declaraciones de los testigos y las informaciones reunidas

por ustedes, el crimen de Elvira Costa no tiene explicación lógica. Nosotros hemos empezado a dar fe a lo declarado por el doctor Ortúzar. Tenemos una abundante información sobre su persona y sabemos que es y ha sido toda su vida un hombre de moral intachable. No debe pasar siquiera por nuestra mente la idea de que ese hombre se haya podido convertir en asesino. Si hubiera dado muerte a su esposa en un rapto de desesperación, de celos o de locura, no nos cabe la menor duda de que habría confesado sin vacilaciones su culpabilidad. De hombres de su talla moral no es posible sospechar. Y es precisamente dando fe a lo que él cuenta y a lo que narran los demás testigos del suceso...

—¿Han vuelto ustedes a interrogar a los habitantes de La Madreselva? —interrumpió Navarro.

—Sí, a todos, uno por uno. Y no logramos sacarles nada que ustedes no supieran ya.

—¿Se han informado de cómo estaba la puerta posterior de La Madreselva la noche del crimen?

—Sí, estaba cerrada con cadena y candado desde por la tarde. Esto lo hemos podido comprobar. Como les decía, lo terrible de este suceso es que no tiene explicación lógica. El arma empleada por el asesino no está en La Madreselva ni la tiene la vieja ama de llaves, que desde que se fueron ustedes no ha salido de la casa. La presencia del Alemán allí resulta muy sugestiva, pero de nada ha de servirnos que tengamos entre nuestras manos al asesino si no podemos decirle: “Usted la mató así...”. Ni imaginarlo siquiera.

Navarro sonreía. El otro continuó:

—Este es el crimen más misterioso en que me ha tocado actuar en mis ocho años de vida policial. El hecho de que las puertas y ventanas estuvieran herméticamente cerradas en el momento de escucharse el disparo, parece cosa resuelta por el destino para confundirnos y no dar pie a ninguna hipótesis

verdaderamente razonable. Lo primero que se me ha ocurrido pensar es que, si en la casa, en el momento de sonar los disparos, estaban encerrados con llave y tranca solo Ana y Ortúzar con la víctima, uno de ellos dos fue el criminal. Pero esta idea me he apresurado a rechazarla por la sencilla razón de que, como he dicho antes, merece absoluta fe la palabra del gran médico. Por presentimiento y por convicción, tengo la seguridad de que el doctor Ortúzar nos ha dicho la verdad. ¿Y cómo edificar sobre esa verdad una hipótesis, por descabellada que parezca? Realmente, este crimen es terriblemente misterioso...

Diéguez asintió con el gesto y dijo:

—Hemos venido acá, comisario, con el objeto de ponernos a sus órdenes para el mejor éxito de esta investigación. Andando cada uno por su lado, creo que nos perjudicamos todos...

No pude dejar de preguntar con cierta ironía:

—¿Vienen ustedes a colaborar con nosotros?

—Sí, a eso venimos —exclamó Rossi.

Navarro volvió a sonreír. Luego dijo:

—Amenábar y yo, desde que ustedes se fueron anoche, hemos hecho algunos adelantos en la pesquisa.

Exhibió el revólver, contó las circunstancias en que yo lo había hallado y repitió la información que el joven Francisco Sturla nos había transmitido.

—¿Qué opinan ustedes de todo esto? —pregunté.

—Que se complica cada vez más —repuso Rossi.

—Yo creo —dijo Diéguez— que el revólver estaba en La Madreselva hasta ayer a la madrugada. Le fue pasado a Federico Robierti por el autor del crimen y el joven no halló mejor modo de desprenderse de él que arrojarlo al lugar donde lo halló el oficial.

—Es posible —murmuró Navarro.

En ese momento se abrió ruidosamente la puerta y apareció Federico Robierti con el semblante descompuesto por la ira.

Avanzó rectamente hacia el comisario Navarro, sin sacarse el sombrero, y dijo con violencia, gritando casi:

—¡Esto ya es el colmo! ¿Qué se propone usted? ¡Hable!... ¡Hable claro!...

Navarro levantó su rostro tranquilo y miró al joven sin pestañear.

—¿Por qué no habla? —siguió diciendo Federico.

—¿De qué quiere usted que hable?

—¡No se haga el desentendido!... Yo, señor comisario, no toleraré que se me siga vigilando de este modo, a sol y a sombra, dentro de mi casa y fuera de mi casa. Se me espía hasta cuando estoy dentro de las habitaciones...

Navarro sonrió.

—¡No, no se ría usted! Ocurre lo que le digo. Hace un momento he tenido que echar a un chiquilín que ustedes me han enviado para que me espíe y que tuvo la audacia de saltar el cerco de La Colorada y esconderse en el jardín...

Tuve un presentimiento.

—¿Un muchachito vestido de gris, de corbata negra y cara de señorita? —pregunté.

—Efectivamente.

Navarro y yo nos echamos a reír gozosamente. Federico nos miraba desconcertado.

—¿Se burlan ustedes? —preguntó.

—Nada de eso —dije—. Lo que pasa es que ese muchacho tiene tanto que ver con la policía como usted.

—¿Cómo lo conoce usted, quiere decirme? ¿Y quiere decirme también qué hacía en el jardín de La Colorada oculto como un delincuente?

—Es un policía *amateur* —expliqué—. Sabe algo de lo que pasó antes de anoche en La Madreselva y ahora quiere saberlo todo...

—¿Qué es lo que sabe?

—Que Elvira Costa falleció de un balazo.

—¿Y qué es eso de que “quiere saberlo todo”?

El tono de Robierti era agresivo y me formulaba las preguntas secamente, hasta el punto de que él parecía un policía interrogando a un detenido. Pero yo procuraba dominar mi susceptibilidad y jugarle una carta brava en ese interrogatorio.

—En una palabra —dije—: desea saber quién mató a Elvira Costa, quién es el asesino de la señora de Ortúzar.

Las facciones se le endurecieron; se puso terriblemente pálido. Nunca había visto yo transformación más instantánea. Hasta dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, con desaliento. Los cuatro policías que lo rodeábamos no le quitábamos la mirada de encima.

Se pasó la mano por la frente y murmuró:

—¿Quiere usted decirme lo que sepa respecto a la muerte de la señora Elvira?

—El que tiene que decir a ese respecto es usted —dijo Rossi con voz enérgica.

El joven se volvió hacia él, los ojos relampagueantes de ira.

—A usted, ¿quién lo llama? —preguntó mirándolo a los ojos con aire desafiante.

Temí una desagradable escena, porque Rossi, en un movimiento casi instintivo, llevó la diestra al revólver. Entonces intervine, me puse entre los dos, diciendo:

—¡Esto es cosa de chicos! ¿Qué tiene usted que intervenir, señor Rossi, en nuestra conversación? ¿Y qué mal genio es ese, señor Robierti, que todo lo piensa resolver a puñetazos?...

Federico pareció calmarse. Lo conduje a la habitación inmediata y allí comencé a hablar.

—Tengo que comunicarle algo muy serio: hemos descubierto que Elvira Costa fue asesinada precisamente con el revólver que anoche arrojó usted en las proximidades de La Colorada...



Me miró con extrañeza.

—¿Que yo arrojé un revólver a alguna parte?... ¿Cómo puede habersele ocurrido a usted semejante idea?...

—Sepa, señor Robierti, que el revólver está ya en nuestro poder.

—¿Y a mí que me importa?

Después de una pausa, agregó:

—Lo único que me interesa saber, es si realmente se mató la señora Elvira o si la asesinaron.

—Eso ya se sabe: fue asesinada.

—¿Y quién pudo matarla? Ella no tenía enemigos...

Con tono afable, le dije:

—¿Quiere usted, señor Robierti, como contribución a la aclaración de este crimen, contestarme algunas preguntas?

—Bueno.

—¿Adónde fue usted antes de anoche, cuando después de haber regresado de su visita al doctor Ortúzar, abandonó solo La Colorada?

—¡Qué le importa! —repuso secamente.

—Usted acaba de prometerme contestar las preguntas que yo le formule. ¿Por qué no contesta diciendo la verdad? ¿O tiene usted algo que ocultar?

—Antes de anoche, señor oficial, cuando abandoné, solo, La Colorada, no fui más que a dar una vuelta por los alrededores.

—Sí. Y volvió en sulky y todo embarrado...

—¿Y eso tiene algo de particular? ¿Acaso ignora usted que los caminos estaban hechos verdaderos lodazales?

—Óigame bien, señor Robierti: desearía que usted me hablara claramente. ¿Para qué seguir de este modo: yo preguntando una cosa y usted haciéndose el desentendido? ¿No habíamos quedado en que contestaría a mis preguntas?

—¡Pero usted pregunta cada cosa!...

—¿Seguimos sin entendernos? Dígame de una buena vez si acepta hablar francamente o va a seguir encubriendo con sus enojos las cosas que no quiere decir...

Esta vez había dado en el blanco. Vaciló un instante y luego dijo:

—¿Por qué supone usted que me finjo enojado?, ¿para despistarlo? No, señor oficial, no hay nada de eso. Lo que ocurre es que este interrogatorio sin objeto acaba con mi paciencia. Usted supone, a lo que parece, que por el hecho de que una infortunada mujer murió de un balazo en el corazón tiene derecho a tratarme como a un chiquillo... Óigame bien, porque le estoy diciendo la verdad: si usted concreta su interrogatorio a dos o tres preguntas...

—Encantado —le dije.

—Pues venga la primera.

—¿Qué hizo usted antes de anoche desde que abandonó La Madreselva hasta que se acostó a dormir?

La pregunta le disgustó, pero repuso con voz amable:

—Después de ser invitados por el doctor Ortúzar y su finada esposa a pasar al comedor, donde bebimos y comimos algo...

—¿Abandonó alguien el comedor mientras estaban ustedes allí?

—Sí, la señora Elvira salió de la habitación y volvió al cabo de tres o cuatro minutos.

—¿Usted le había entregado ya su carta?

Asintió con la cabeza.

—¿Cree usted que fue a leerla?

Volvió a decir que sí con un movimiento de cabeza.

—¿Sospecha adónde fue a leerla?

—No.

—¿En el hall?

—No lo creo. La vieja Ana Grimaux andaba por allí.

—¿Habrá ido al escritorio?

—Eso supongo.

—Perdone que lo haya interrumpido en su relato —me excusé con el tono más amable que pude—. Decía usted que después de haber comido y bebido algo en el comedor...

—¡Ah, sí!... Del comedor pasamos al hall y de allí salimos por el corredor al jardín...

—Es decir —volví a interrumpir— que ustedes salieron por la puerta lateral de la casa.

—Efectivamente. Y fue por esa puerta por donde entramos al llegar.

Hizo una pausa. Temí por un momento que se negara a seguir hablando y dije, con tono indiferente:

—¿Y en el jardín subieron a los sulkys?

—No, los sulkys estaban en el camino, atadas las riendas al alambrado. Salieron primero mi padre y Fernández Acuña y subieron a uno de los vehículos y, sin esperarnos, se alejaron al trote. Casi enseguida Isabel y yo subimos al otro sulky. Marchamos directamente a La Colorada.

No pude contenerse por más tiempo y lancé una mentira audaz:

—¡Pero ustedes llegaron buen rato después que su padre y Fernández Acuña!

—Sí, unos cinco o diez minutos, a lo sumo. Encajé una rueda hasta la maza en el barro del camino, frente al chalet de los Ferguson, y tuve que trabajar un rato para hacerlo salir.

—Usted tiene una fuerza de toro—dije sonriendo y frotándome la barbilla con una mano, como al recuerdo de su puñetazo del día anterior—, y no habrá tenido que esforzarse mucho...

—No lo crea—repuso—. Por más que me apoyaba contra el alambrado, empujando hacia adelante el cochecito con todas las fuerzas de que soy capaz, no hubiera salido de allí en muchas horas si no acierta a pasar un hombre en un carro. Lo bueno del caso es que él también, en el deseo de ayudarme, se puso a la miseria con el barro y a pesar de ello no quiso aceptarme el dinero que le ofrecí. “¡No, faltaba más que usted me pagara!”, dijo. “Lo he ayudado a salir del apuro como usted me ayudará mañana si me encuentra en un trance semejante...”.

Federico dijo todo esto hablando muy rápidamente, probablemente a influjos de una gran nerviosidad. Sin duda, no dio ninguna importancia a sus palabras; yo, en cambio, se la asigné, y mucha. ¿No acababa de decir que el sulky se le encajó en el barro frente al chalet de los Ferguson y que para sacarlo se apoyaba él en el alambrado? Yo, que conocía ese trecho de camino como mis manos, sabía que a cada lado tenía una hilera de paraísos y que entre cada hilera y el alambrado de su mismo lado había una distancia de un metro escaso. Era por allí por donde circulaban los peatones muchas noches, pero a nadie se le ocurría, por borracho que estuviera, querer meter su vehículo en ese espacio...

“O miente desvergonzadamente o esto que acaba de decir es una buena pista”, pensé. En voz alta, dije:

—¿La señorita Isabel lo ayudó a salir del apuro?

—¿Qué quería usted que hiciera?... La dejé en el asiento empuñando las riendas, mientras yo luchaba por salir de ese lodazal.

—¿Y después de salvado el apuro?...

—Después, a la carrera, nos dirigimos a La Colorada.

—Usted no entró el coche en la quinta, ¿verdad?

—No, porque iba a salir enseguida nuevamente.

—¿Cuándo salió?

—Al rato de llegar. Dejé a Isabel en su habitación, salí de la quinta y subí al sulky para dar una vuelta. ¡Son tan pintorescos los alrededores de Villa Ballester!...

—¿Se había olvidado ya del estado de los caminos y del trabajo que le costó sacar el sulky de entre el barro?

Me miró con los ojos relampagueantes, pero no respondió.

—Y, según mis informes —continuó—, usted no estaba embarrado cuando regresó con la señorita Isabel. Fue después que se embarró, yendo solo en el sulky...

Inesperadamente, su mano derecha cerrada golpeó mi mentón con la violencia de un mazazo. Mis rodillas tocaron el suelo. Lleno de coraje, me enderecé y me precipité sobre él, lanzándole golpes con ambas manos. Aguantó a pie firme mi arremetida y de un solo puñetazo —acertó a dármele en el pómulo izquierdo— me arrojó sobre una mesa...

Navarro, Diéguez y Rossi acudieron al ruido de la lucha y nos separaron.

—Señor Robierti —dijo Navarro con voz grave—: siento mucho comunicarle que esta noche dormirá usted en el calabozo.

—¿Y qué? —repuso el joven, forcejeando por librarse de las manos que le sujetaban—. ¿Cree usted que le tengo miedo al calabozo?... ¿Es que ustedes son tan torpes que se figuran que te- niéndome a mí aquí tienen al asesino de la pobre Elvira? ¿No saben que sus sospechas respecto a mí se leen claramente en sus caras?...

Salió hacia el calabozo. Habíase alejado un par de pasos por el enladrillado patio cuando se volvió y dijo:

—Voy contento al calabozo. De todos modos, mañana estaré de nuevo en libertad y algunos de ustedes habrán perdido sus puestos en la policía...

Una orden superior

Frotándome el pómulo izquierdo, que cobró casi instantáneamente un color violáceo, relaté minuciosamente a Navarro la conversación sostenida con Federico.

—No creo que el muchacho —terminé— suelte otra vez la lengua. Esta noche habló más de lo que él mismo se proponía.

—Y golpeó más de lo que usted esperaba... —dijo riendo Navarro—. Y bien, Amenábar, ¿qué piensa hacer ahora?

—Verificar si es exacto lo que me contó respecto al sulky. Me pareció en ese punto absolutamente sincero.

—¿Y si comprueba usted que ha dicho la verdad?

—Es que hay algo, comisario, que me llama poderosamente la atención: es el hecho de que el sulky se encajara en el barro junto al alambrado, justamente frente al chalet de los Ferguson. Si efectivamente ocurrió eso, tenga por seguro que Federico iba despavorido, manejando el vehículo. A menos que estuviera muy borracho...

—¿Acaso no recuerda que en La Madreselva bebió de más?

—Tiene usted razón. Pero, de cualquier modo, nada me costará darme una vuelta por frente al chalet de los Ferguson.

—Bueno, dese esa vuelta y vuelva enseguida a informarme de lo que averigüe, que me parece que la detención de Federico Robierti nos va a traer dolores de cabeza.

Monté enseguida, aflojé las riendas a mi Pintado y cinco minutos después estaba frente al chalet de los Ferguson, famoso

en todo Villa Ballester por los hermosos y cuidados jardines que lo rodeaban y por la riqueza de su propietario.

Dejé el caballo atado a un árbol y examiné el camino. La tierra estaba casi seca, pero todavía se veían con claridad las huellas de los carros y de los caballos que por allí habían transitado. Junto a uno de los alambrados que flanqueaban el camino advertí una huella profunda; la que deja una rueda hundida en el barro. Fácil me fue averiguar por donde se había metido el vehículo entre los árboles para llegar hasta allí: la señal de las ruedas se veía aún claramente en el medio del camino y había otro detalle de importancia: la maza de una de las ruedas había rozado el tronco de uno de los árboles, causándole una herida larga y profunda. Eso indicaba que el vehículo, en el momento de desviarse, marchaba a gran velocidad.

El relato de Federico Robierti era, pues, exacto. Volví a montar y regresé a la comisaría. Navarro me recibió en ella con el rostro contraído en un gesto de disgusto.

—¿Qué ocurre, comisario? ¿Malas nuevas?

Golpeó la mesa con la mano cerrada.

—¡Es una vergüenza lo que pasa! Figúrese usted que Rossi y Diéguez han recibido orden de abandonar inmediatamente la pesquisa.

—¡Para lo que servían!...

—Sé que ellos, en su fuero interno, se han alegrado de esa medida, porque en este asunto estaban más confundidos que nosotros. Pero eso no es todo...

—¿Federico Robierti?...

—Sí, he recibido orden de La Plata de ponerlo en libertad. Tienen allí una información que les merece absoluta fe, según la cual Elvira Costa se ha suicidado. Están disgustados conmigo porque suponen que yo, por antipatía u odio personal a los Robierti, trato de desfigurar el hecho y darle la mayor repercusión posible.

Estaba irritado y deprimido.

—¿Y usted no explicó, comisario?...

—¿Qué quiere que explique, si no creen lo que digo? La única prueba de que Elvira Costa fue asesinada es el proyectil que se extrajo de su cadáver. Esa bala está desde antes de anoche en mi poder: ¿qué importancia quiere usted que le den?

Dijo una palabrota y comenzó a pasearse de un extremo a otro de la habitación.

—Todo eso debe ser obra de Pascual Robierti —dije.

—Naturalmente —repuso Navarro sin cesar de andar.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Poner en libertad al muchacho. ¿Qué otro remedio me queda? Y quizás —agregó irónicamente— debiera usted pedirle disculpas...

—De cualquier modo, comisario, yo continuaré la investigación.

—Me parece bien. Cuente conmigo. Aunque, a decir verdad, no sé para qué vamos a seguir trabajando. ¿Quiere usted traer al joven Robierti?

Fui hasta frente al calabozo. Federico se paseaba de un extremo a otro. Desde el calabozo vecino, Dantegui me llamó.

—¿Qué quiere? —le pregunté.

—Hacerle una pregunta: ¿es el hijo del señor Robierti a quien han metido hace un rato entre rejas?

—Sí, ¿por qué?

—Por saberlo, nada más... Ahora, si quiere que le diga una cosa confidencialmente, señor oficial, se la diré: pronto va a recibir orden de “arriba” de ponerlo en libertad. ¡El padre está tan vinculado!...

Federico se había acercado a la puerta y me miraba con una sonrisa despectiva.

—¿Viene usted a gozar de mi encierro? —dijo.

Sonreí afablemente.

—No, vengo a felicitarlo por la fuerza de su brazo. ¡Me ha dejado la cara poco presentable, señor Robierti!

—¡Se la debí deshacer a pedazos!

—¡Vamos!... No sea usted exagerado. ¿Tanta rabia le dio lo que le dije? ¿Acaso no era cierto?

Iba a contestarme con un insulto, pero se contuvo a costa de un visible esfuerzo.

—¿Y qué importa que sea o no cierto? —repuso—. Usted tiene demasiado interés en saber adónde fui antes de anoche, solo.

—Efectivamente.

—¿Y cree que no sé a qué viene ese interés? Usted me somete a ese interrogatorio idiota tratando de descubrir si yo maté a Elvira Costa. ¿Puede pedirse una chiquillada mayor? A lo mejor, hasta me ven facha de asesino...

Volvió bruscamente la espalda y comenzó a pasearse con inquietud.

Me acerqué a la reja, diciendo:

—¿Me guarda usted rencor?

Se echó a reír, con la espontaneidad de un niño, sin poderse contener.

—¿Me va a pedir disculpas, todavía?...

—¿Por qué no?

Abrí la puerta del calabozo.

—Salga usted. Está en libertad.

—¿De veras? —dijo observándome con desconfianza—. ¿Es una libertad sin condiciones?

—Sí. Pero usted puede hacerme un buen servicio...

—¿Cuál?

—Contestarme a una última pregunta.

—¿Todavía?!... ¿Es que usted no escarmenta?

—¿Por qué no quiere respondérmela usted?

—Bueno, venga de una vez, siempre que sea la última.

—¿Qué hizo antes de anoche cuando abandonó solo La Colorada?

Lanzó una interjección.

—¿Insiste? Si espera que le conteste antes de salir del calabozo, me quedaré aquí un año o diez...

Estaba resuelto a no hablar y no hablaría. Insistir en la pregunta sería algo así como irritar a una fiera.

—Ya le he dicho, señor Robierti, que está usted en libertad. Puede irse cuando guste.

Salió al patio, mirándome aún desconfiadamente.

—¿Verdaderamente puedo irme ya?

—Desde luego.

Emocionado, me tendió la diestra.

—¡Al fin vamos a llegar a ser buenos amigos!... —dijo riendo.

Le acompañé hasta el despacho de Navarro. Este exclamó:

—Señor Robierti, lo que ha hecho esta noche es cosa grave. Y si lo pongo en libertad es solo a pedido del oficial, que no guarda para usted el menor rencor a pesar de la dureza con que usted lo trató.

—Sé que es la persona más gentil del mundo —repuso Federico—. Y le acabo de decir que, al cabo, seremos buenos amigos...

Lo acompañé a la puerta. Nos despedimos afablemente. El joven se alejó.

Otro testigo

Iba a penetrar en la comisaría cuando vi a Federico detenerse a conversar con el conductor de un carro. No pude oír lo que se decían, pero advertí que se separaron, casi enseguida, luego de saludarse afectuosamente. El joven se alejó rápidamente; el otro hizo restallar su látigo sobre los caballos atados al carruaje. Lo llamé a gritos:

—¡Eh, amigo! ¿Quiere usted venir un momento?

Tiró de las riendas, saltó del pescante y vino corriendo hacia mí. Era un hombre de unos 40 años, de poca talla y muy ancho de hombros. Una barba oscura le recuadraba el rostro, rostro de hombre voluntarioso y franco.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—¿Usted conoce a ese señor a quien acaba de saludar?

—Un poco... —dijo mirándome con cierta desconfianza.

—Le hago esta pregunta porque él me dijo que usted lo salvó de un apuro anteanoche.

—Es cierto. Iba en un sulky y metió una rueda en el barro hasta la maza. Fue frente al chalet de los Ferguson. Si yo no acudo en su ayuda, me parece que todavía estaría allí, forcejeando entre el barro...

—Me dijo que usted no quiso aceptarle ni un centavo...

—¿Se lo dijo también?... ¿Y cómo le puede extrañar que una persona como yo, que hace veinte años reside en Villa Ballester,



que soy amigo de casi todo el vecindario, vaya a cobrarle porque se encontraba solo en un apuro y lo ayudó a salir de él?

—¿Solo, dice?

—Sí, señor, solo. Lo que no dejó de llamarme la atención es que se desviara, de tal modo. Porque él se abajó en el barro junto al alambrado, a pesar de que el chalet de enfrente, todo iluminado, da alguna claridad al camino..

—¿Estaría algo bebido?

—¿Qué esperanza, señor? Estaba sereno, pero muy nervioso. Parecía tener un apuro terrible en llegar a alguna parte.

—¿Hacia dónde iba en el momento en que encajó el coche?

El carrero se había dado cuenta del interés con que formulaba estas preguntas, pero parecía deseoso de responderme del modo más claro posible.

—Venía del lado de La Madreselva.

—¿Usted no sospecha a qué motivo obedecía su apuro?

—No, señor, ni él me dijo que lo tuviera. Pero el caso es que su nerviosidad lo traicionaba.

—¿Se embarró mucho él?

—Sí, como que nos pusimos los dos a la miseria. Hasta barro en la cara teníamos.

—¿Recuerda qué hora era?

—Exactamente, no. Pero con seguridad habían pasado las 9.

—¿Insistió mucho en regalarle algún dinero?

—Sí, pero de un modo que, francamente, me hizo que desconfiara. Parecía desear que yo no dijera a nadie que lo había sacado de ese apuro, ni siquiera que lo había visto. “Está metido en un lío de mujeres”, pensé.

—Y así debe haber sido, nomás —repuse.

Le di las gracias y entré en la comisaría a narrarle a Navarro el resultado de ese interrogatorio.

El policía *amateur*

Aquellos días que siguieron al de la muerte de Elvira Costa fueron para mí de gran intensidad. A cada rato se producían novedades en la pesquisa, aunque bien es cierto que esas novedades no nos servían gran cosa para aclarar el misterioso suceso. Un par de horas después de haber interrogado al conductor del carro que auxilió a Federico Robierti frente al chalet de los Ferguson la noche en que fue asesinada Elvira Costa, Francisco Sturla entró corriendo en el despacho de la comisaría, en el que Navarro y yo nos hallábamos conversando. El joven de cara de señorita, con las mejillas más arreboladas todavía que antes, pero con la audacia que le daba la seguridad de traernos una noticia de importancia, exclamó:

—Señor comisario, he estado trabajando en la pesquisa para colaborar con ustedes...

—Ya lo sabemos —repuso calmosamente Navarro—. Y por cierto que de La Colorada no lo sacaron a usted con muchos rodeos...

Abrió mucho los ojos, asombradísimo:

—¿Pero es posible que ya estén ustedes enterados de ello? ¿Es que ustedes saben todo lo que pasa en todas partes?

Navarro asintió, sonriendo. Después dijo:

—Pero siéntese y cuéntenos el resultado de sus pesquisas.

—Es cierto que el señor Federico Robierti me descubrió oculto en el jardín de La Colorada y que, en lugar de invitarme amablemente a salir, como lo hubiera hecho cualquier persona

educada, quiso propinarme una serie de golpes que me hubieran dejado en mal estado si no pongo pies en polvorosa. Pero eso, señor comisario, no me desanimó, porque yo tengo alma de pesquisante.

Lo dijo tan seriamente que ni Navarro ni yo nos atrevimos a sonreír.

—Y como no me desanimé, continué vigilando La Colorado oculto entre los árboles de los alrededores. Así, vi al señor Pascual Robierti salir en su coche. Yo me colgué de la trasera del carruaje. Llegamos a la estación. Subió a un tren y se fue a Buenos Aires. Yo fui con él. En Buenos Aires visitó al doctor Lázaro Rojas...

(Lázaro Rojas era uno de los más famosos abogados porteños de aquel entonces).

”Salió al rato —continuó— y se dirigió en tren a La Plata. Parecía muy preocupado. Una vez en La Plata visitó la Jefatura de Policía y, a no ser por un agente que me amenazó con llevarme detenido, yo les habría traído la información de lo que dijo allí.

Hizo una pausa, sin duda para dar ocasión de que lo felicitáramos por su labor.

—¿Y después? —preguntó Navarro.

—Después el señor Pascual Robierti salió con el rostro resplandeciente de alegría y volvió en tren a Buenos Aires.

Se detuvo. Al observar nuestra seriedad, se turbó y dijo, tartamudeando:

—Fue a la calle San Martín, frente al edificio del diario *La Nación*, y allí entró en un escritorio que tenía un letrero con la siguiente inscripción —sacó de un bolsillo una libretita y leyó—: “Santiago Martínez. Comisiones y consignaciones”. Estuvo dentro como media hora y salió con el semblante más satisfecho que se puede imaginar. Marchó en dirección a la estación ferroviaria. Entonces me propuse averiguar qué había

hecho en la oficina del señor Santiago Martínez. Tardé poco en saberlo: había ido por asuntos de La Colorada. Ventas de hacienda, según parece.

—¿Nada más? —preguntó el comisario.

—¿Es que le parece a usted poco? —repuso inocentemente el joven.

Una carta brava

Dos días más habían transcurrido, sin que nuestras investigaciones adelantaran. Enrique Dantegui, el desalmado matador del Alemán, se encerró en un mutismo orgulloso, confiando sin duda en que Pascual Robierti acudiría en su ayuda. En vano fue que nos mantuviéramos dos horas haciéndole preguntas. Nos miraba desafiante y, cuando hablaba, solo decía:

—¿Pero no les basta saber que yo liquidé al Alemán?

Terminado el sumario, lo remitimos a La Plata. En el tren, a mitad de camino, intentó fugarse, saltando sorpresivamente afuera desde una de las portezuelas de un vagón. El sargento Fernández, que lo custodiaba, le hizo fuego con su revólver con rara puntería: Dantegui rodó por el terraplén con dos proyectiles en el cuerpo.

Veinticuatro horas después fallecía en un hospital como consecuencia de las heridas de bala y de las que se produjo al saltar del tren en marcha, sin haber podido declarar ante el juez.

La noticia de este fallecimiento puso a Navarro de mal humor.

—Probablemente Dantegui, como el Alemán, se ha llevado un secreto terrible a la tumba.

Comenzó a pasearse por la habitación, haciendo resonar las tablas del piso con sus pesadas botas.

—La investigación no avanza —dijo—. Cada día parece más difícil descubrir el asesinato de Elvira Costa.

Nada repuse, pero algo me parecía ya ver claro en el misterio de La Madreselva.

—Pero todavía tenemos una carta brava que jugarnos, la última, probablemente.

—¿Cuál?

—Decir claramente al doctor Ortúzar que nosotros sabemos que su esposa fue asesinada. Veremos qué impresión le causa esa noticia. O mucho me equivoco o nos prestará todo su apoyo en nuestra investigación, en el caso de que él no sea el asesino, se entiende...

—A menos que el corazón vuelva a fallarle...

—¡Oh, tiene usted razón, Amenábar! No debemos olvidar que es un enfermo y que es preferible mil veces mandar al diablo la pesquisa antes que causarle un daño serio a él.

—Naturalmente —repuse.

Pero en mi fuero interno ponía el interés en el éxito de la investigación por sobre todo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó bruscamente Navarro, después de un corto silencio—. ¿Esperar, acaso, que nos vengan con la noticia de algún nuevo asalto en la vecindad?... Para evitar ese peligro, lo mejor es que salgamos ya para La Madreselva.

Montamos y salimos al trote para la casa quinta del doctor Ortúzar. Atamos los caballos junto al portón que daba al camino principal. Atraídos por el ladrido de los perros, acudieron la mucama y el jardinero. Con frases atentas nos invitaron a pasar al hall. Varios minutos estuvimos aguardando allí.

La puerta de uno de los dormitorios se abrió con brusquedad y apareció en el hueco la hija del doctor.

—Buenas tardes —dijo desganadamente contestando a nuestro saludo—. ¿Desean ustedes hablar con mi padre?

—Sí.

—Pues pasen.

Entramos. La estufa caldeaba el ambiente. El doctor Ortúzar estaba sentado en el lecho, sobre las cobijas, con varios almohadones a la espalda y una manta sobre las piernas. Vestía un traje de calle. Estaba muy pálido y se excusó por no poder ponerse de pie para saludarnos.

—¿Qué los trae por aquí? —preguntó.

—El deseo de saludarlo y averiguar cómo se encuentra de salud —dije.

Navarro me miró con extrañeza. El doctor repuso:

—Les agradezco profundamente la atención. Si no hubiera sido por mi hija, que no se ha movido de mi lado, casi, desde que ocurrió la tragedia, la verdad es que no habría podido resistir...

El pecho deprimido, el rostro lleno de arrugas y las profundas ojeras azuladas, hablaban del sufrimiento terrible del gran médico.

Se hizo un silencio embarazoso. Isabel nos miraba inquisitivamente. Se mantenía de pie, con un gesto que quería decir: “Terminen de una vez y márchense”.

—Ustedes tienen algo que decirme a solas, ¿verdad? —dijo de pronto Ortúzar.

Navarro bajó la cabeza. El médico entonces se dirigió cariñosamente a su hija:

—Por favor, Isa: déjanos un momento solos.

—¿Por qué, papá? ¿Acaso estos señores no pueden hablar lo mismo en mi presencia?

—Andá tranquila, Isa, que no me pasará nada...

¿A qué se refería?

La muchacha abandonó protestando la habitación. La oí murmurar: “¡Sarta de imbéciles!... No les preocupa la salud de un enfermo...”.

—¿Y bien?...—preguntó Ortúzar acomodándose en el lecho para escucharnos mejor.

Observó nuestras caras graves y contrajo el ceño.

—¿Una mala noticia?

No nos atrevimos a responder. Entonces tomó de la mesita un frasco pequeño y echó varias gotas del líquido que contenía en un vaso con agua. La bebió de un sorbo.

—Ahora —dijo sonriendo débilmente— pueden ustedes hablar tranquilos: el corazón no me fallará...

—Nuestra visita —comenzó diciendo Navarro— se relaciona con el desgraciado suceso de hace varios días... Se trata de algo que consideramos un deber poner en su conocimiento y para esclarecer lo cual pedimos su colaboración.

Ortúzar nos escuchaba anhelante, la boca entreabierta y la respiración entrecortada.

—Se trata de cómo murió su esposa.

—¿Qué va usted a decir?... —preguntó desesperadamente el médico.



—Que su esposa, doctor, no murió por su propia mano...

—¿Qué bromas está gastando usted?

—Le aseguro, doctor, que no bromeo. Si me he permitido volver a verlo, aun conociendo que su salud no marcha del todo bien, si no he vacilado en traerle este nuevo disgusto, es porque estoy absolutamente seguro de lo que le digo: su esposa fue asesinada.

Observaba yo el rostro de Ortúzar con la mayor atención. No vi en sus facciones ninguna muestra de sorpresa, sino una expresión de terror intenso. ¿Estaría yo viendo visiones?

—Hable... Hable... —murmuró impaciente.

—Tenemos la prueba concluyente de que su esposa no se suicidó.

La respiración del médico era tan agitada, que temí por un momento que perdiera el conocimiento.

—Venga esa prueba —dijo—. Y, por favor le pido, dígamelo todo de una buena vez.

—Esta es la prueba —continuó el comisario, mostrando en su diestra la bala que causó la muerte de Elvira Costa—. Es el proyectil que usted mismo extrajo del pecho de su esposa...

—No entiendo por qué supone usted que no se ha suicidado...

—Sencillamente: porque el revólver que hallamos junto al cadáver, con el que se suponía que su esposa se quitó la vida, es de calibre 32, y esta bala, doctor, es de calibre 38.

Ortúzar nos miraba con los ojos fuera de las órbitas, presa de un terror indescriptible. Parecía sentirse desamparado al no ver junto al lecho a su hija.

Las palabras del comisario le habían causado un efecto terrible.

Navarro y yo nos miramos un instante sin saber qué hacer. Después, él atinó a llenar medio vaso de agua y echarle algunas gotas del mismo frasco utilizado por Ortúzar unos minutos antes.

—Beba, doctor...

Bebió afanosamente. Luego se echó hacia atrás, entornando los ojos. Su pecho subía y bajaba agitadamente.

La puerta se abrió con brusquedad y apareció Isabel.

—¡Ya me lo sospechaba yo! —murmuró rabiosamente al ver a su padre.

Corrió hacia él. Lo abrazó y acarició tiernamente.

—¡Hijita mía! —dijo él.

—¡Papá querido!...

Parecían haberse olvidado de nosotros, hasta que la joven volvió la cabeza, diciendo con aspereza:

—¿Quieren ustedes irse de una buena vez? ¿O necesitan que les echemos los perros?

—No diga usted eso, señorita —repuse—. Usted ignora a qué hemos venido.

—Sí, han venido a traerle disgustos a mi padre.

—Hemos venido a informar a su padre de algo que tiene mucha importancia para él.

—Mejor habría sido que no hubieran venido... —murmuró el doctor Ortúzar—. De todos modos, y hagamos ya lo que hagamos, la pobre Elvira está muerta...

De pronto se incorporó, mirando en torno suyo ansiosamente.

—¡A ver, comisario! —dijo—. Muéstreme usted esa prueba de que me hablaba hace un rato.

Navarro le ofreció en su mano abierta la bala medio aplastada y manchada. Ortúzar la examinó con atención hasta que, en un movimiento brusco, la arrojó al fuego de la estufa.

Empuñé la tenaza para rescatar el proyectil, pero el comisario me tomó del brazo.

—Quédese usted quieto...

Estábamos inmóviles, mirando al doctor Ortúzar; este clavaba en nosotros sus ojos desesperados.

—¿Qué esperan para irse? —rugió Isabel desesperadamente— ¿Es que quieren matarlo?

Abandonamos la habitación dolorosamente impresionados. En el hall, Navarro puso una mano sobre mi hombro:

—¿Habré hecho mal en jugar la última carta con un hombre enfermo? Estoy casi arrepentido de mi actitud...

—No tiene por qué estarlo, comisario —repuse—. Hemos hecho recién hoy lo que debimos hacer la misma noche del crimen.

—¿Notó usted una cosa, Amenábar? El doctor no se sorprendió con lo que le dije, sino que se asustó terriblemente.

—Es cierto.

24 horas franco de servicio

No me resignaba a la idea de abandonar La Madreselva sin sacar más provecho para nuestra pesquisa de esa visita. Di algunas vueltas por el hall, en el que Navarro había tomado asiento, y me introduje en el escritorio. Todo estaba allí como la noche del crimen, con excepción del cuerpo muerto de Elvira Costa, las flores y el revólver. El piso había sido lavado para borrar las manchas de sangre, pero los muebles se hallaban colocados exactamente en los mismos lugares en que los vi la primera vez que entré a esa habitación.

Examiné prolijamente, a la luz que penetraba por las dos ventanas abiertas al jardín, las paredes y el piso. No encontré lo que buscaba.

El jardinero asomó su rostro curioso por una de las ventanas. Aproveché su aparición para pedirle una escalera de tijera que había visto en el jardín. La trajo al instante. Trepando en ella examiné el techo de la habitación. Más de media hora empleé en esa tarea, que no tuvo ningún resultado práctico. Pero no desesperé. Examiné la pared del corredor situada frente a la puerta y el piso y la puerta misma. Tampoco hallé lo que buscaba.

Navarro, desde su asiento, me observaba.

—¿Ha encontrado usted algo nuevo? —preguntó.

—Nada —repuse.

—Ya me lo figuraba: si alguna huella de interés para la pesquisa escapó a nuestra observación la noche del crimen, alguien de esta casa la ha hecho desaparecer ya.

—¿Por qué dice usted eso?

—¿Acaso la actitud del doctor Ortúzar no ha sido toda una revelación?

—Es que usted cree que haya podido...

—Sí, él o Ana es la persona que mató a Elvira Costa.

—Eso sería siempre una sospecha, si no podemos probarlo.

—¿Y cómo quiere usted que lo probemos? Parece evidente que en este crimen hay varios complicados: quizá todos los que rodeaban habitualmente a Elvira Costa sean culpables de su muerte. Es sencillamente horrible. Y más horrible todavía que quede sin sanción este asesinato.

¡Nosotros estamos trabajando para encontrar al culpable!

—¡Qué vamos a hacer nosotros, si desde “arriba” nos ordenan que nos estemos quietos!...

—¿Le parece poco encontrar al asesino, aclarar todo?

Navarro estaba desconocido. Su optimismo habitual había desaparecido al sentirse atado de manos por órdenes de la superioridad. Me miró, sonriendo tristemente:

—Usted, Amenábar, todavía confía en el éxito de la investigación. Yo, en cambio, no. Esta última conversación con el doctor Ortúzar me ha deprimido mucho, aunque en parte venga a dar más fuerza a mis hipótesis... Y, además, debo confesarle una cosa: examinada fríamente la sospecha de que el asesino y Elvira se hayan hecho fuego simultáneamente, con sendos revólveres, me parece muy bonito como producto de imaginación, pero muy poco probable...

Se puso de pie y comenzó a recorrer el hall a grandes pasos. Su frente contraída indicaba su preocupación.

Luego de un momento de silencio, dijo con voz grave:

—Amenábar, usted sabe cuánto lo aprecio y cómo me agrada su razonamiento claro, su lógica rigurosa, su dinamismo... Yo mismo solicité su colaboración para aclarar este suceso. Hoy, le digo que es mejor que abandonemos la pesquisa, que nos olvidemos del cadáver de esa pobre muchacha asesinada la noche de su boda, y de la muerte del Alemán y de la muerte de Enrique Dantegui. Tengo miedo de que si seguimos escarbando en este asunto, continúe habiendo muertos...

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque bien pudiera ser —aunque no lo creo— que el Alemán diera muerte a Elvira Costa por encargo de alguien; que ese alguien comisionara luego a Dantegui para terminar con el Alemán y que luego...

—¿Qué? —interrumpí—. Dantegui fue muerto cuando intentaba huir y por nuestro sargento...

—A eso voy; ¿y si alguien aconsejó a Dantegui que se arrojara del tren donde se arrojó? Es decir, en un lugar donde lo más probable era que se rompiera la cabeza contra unos rieles colocados junto al terraplén, haciéndole creer que el sargento había sido hablado por alguna persona muy influyente...

Recién entonces vi claro el pensamiento de Navarro.

—Este es un asunto policial de los más dramáticos que han ocurrido en el país. Un asesinato ha traído otras dos muertes. Tengo la sensación de que, si persistimos en esta investigación, si no dejamos en paz a los sospechados, nos eliminarán de la policía. Y si no lo logran, entonces... peor para nosotros...

—Yo no creo en esos temores, comisario.

Reanudó su paseo por el hall.

—Supongo que no pensará usted que tengo miedo... —dijo.

¿Miedo el comisario Navarro, que para detener a Pascual Debenedetto, el asesino de toda una familia, fue a buscarlo solo a su propia guarida y se metió en ella sin desmontar del caballo

y salió llevando al criminal sujeto por el pescuezo, sin necesidad de disparar un solo tiro? ¿Miedo él, que tenía en el pecho cinco cicatrices de arma blanca, hechas en diferentes ocasiones?...

Algo de lo que pasó en aquel instante por mi imaginación debió leer el comisario, porque me dijo afectuosamente:

—No me diga usted nada, Amenábar... Lo que tenemos en contra en este asunto es la falta de publicidad que se le ha dado. Si los periódicos hubieran hablado, si todos supiesen que después del asesinato de Elvira Costa, fríamente premeditado, otros dos hombres, que algo deben tener con ese crimen, han sido muertos... Si las palabras que hace un momento me dijera el doctor Ortúzar pudieran divulgarse y darse a conocer su afán de borrar la única prueba de que Elvira Costa fue asesinada...

Había alzado algo la voz y en ese momento asomó la cabeza sonriendo de Ana Grimaux, por la puerta de su dormitorio.

—Es hora de marcharnos —me dijo Navarro, interrumpiéndose.

—Solicito autorización, comisario, para continuar la investigación —repuse.

—¿No le he dicho ya, oficial, que no es posible?

Su voz era severa.

—Es que creo, comisario, en el éxito de la pesquisa. —Quise decir esto con tranquilidad, pero el tono de mi voz me traicionó. Me miró escrutadoramente.

—Se ve que usted tiene una pista y que esa pista le merece mucha fe. Bien, ¿cuánto tiempo necesita usted seguir trabajando para aclarar todo?

—Veinticuatro horas, comisario.

Sacó el reloj.

—Son las 11 y 25. Hasta mañana a esta hora queda usted franco de servicio.

No encontraba yo palabras para agradecerle su gentileza.

—¿Piensa usted llevar el nombre del asesino a la comisaría? —No había en su voz la menor intención de burla, la más leve ironía.

—Eso espero, comisario.

—¿Vamos ya?

—Me quedaré un momento, comisario.

Después de saludar al dueño de casa y a su hija, Navarro se ausentó.

Conversando con Ana Grimaux

Comencé a pasearme por el hall. Era presa en ese momento de una terrible inquietud. ¿Habría descubierto realmente quién era el criminal? ¿O todo no era más el producto de mi imaginación sobreexcitada, a la que tanto miedo tenía Navarro?

Ana Grimaux volvió a asomar su rostro curioso por la puerta de su habitación.

La saludé afablemente. Contestó con una reverencia; un momento después la tenía frente a mí. Me miraba con ojos curiosos, deseando que le hablara.

—Felizmente —dije, por decir algo—, el doctor Ortúzar continúa mejor...

—Sí. La muerte de “esa” lo trastornó. Un hombre como él, de juicio tan claro, de razonamiento tan sereno, se ha perturbado de tal modo que, a no ser por los cuidados de su hija y por los pocos que puedo prodigarle yo, creo que no habría sobrevivido...

—¿No le ha dicho usted nada de la muerte, para consolarlo?

—No me atreví, y menos ahora, que no me quiere a su lado. Parece que me tuviera miedo. Sin embargo, en mí puede confiar ciegamente...

Notó la agudeza de mi mirada y volvió a hablar, pero esta vez precipitadamente:

—La que se lo dijo fue Isabelita.

—¿Ah, sí?

—Pues créalo usted, porque es la verdad. Fue el día siguiente al de la noche en que ocurrió “eso”. Yo estaba un poco alejada de ellos pero oí perfectamente lo que decían: “Papito” —hablaba ella—. “No te pongas así...”. Y él respondía: “¡Ella, ella, una mala mujer!...”, y lloraba como un chico.



—¿No oyó usted nada más?

—Claro que oí más cosas. Pero no quiero decírselas. ¿O se imagina que me he olvidado de que usted es un policía?

Bruscamente, puse mis manos sobre sus hombros.

—¡Usted sabe quién la mató! —dije con rudeza.

—¡Claro que sí! —repuso mirándome a los ojos con mirada desafiante.

—¡Dígame quién la mató!

Se echó a reír gozosamente.

—Usted ya lo sabe: el Alemán.

Comenzó a pasearse, tarareando una canción.

Y ya no le pude arrancar una sola palabra más.

Nuevo interrogatorio

En el jardín de La Madreselva cambié algunas palabras con la mucama.

—¿Recuerda usted bien lo que declaró la noche de la muerte de la señora? —pregunté.

—No, señor. Pero tenga usted la seguridad de que no le dije más que la verdad.

—No dudo de su palabra, pero quiero que me conteste a la pregunta que le voy a hacer solo después de haber pensado bien la respuesta. ¿Está usted ab-so-lu-ta-men-te segura de que nadie salió de la casa desde el instante en que sonó el disparo hasta que nosotros llegamos?

—Sí, señor. Como que estuve en observación, vigilando atentamente las dos puertas... ¡Ah! Claro que salieron de la casa las personas que entraron en ella enseguida de escucharse el balazo.

—¿Quiénes eran?

—Zoilo y mi esposo. Usted me ha dicho que también entró y salió la cocinera, pero no recuerdo haberla visto.

—¿Pero es que a pesar de su vigilancia alguien pudo salir de la casa sin ser visto?

—Tenga en cuenta, señor, que yo, como le dije la primera vez que usted me preguntó esto, aguardaba ansiosamente y llena de terror a que el asesino (yo creía que había ocurrido un

asesinato) saliera de la casa. Las figuras familiares no llamaron mi atención; ni siquiera me fijé en ellas.

Tenía un acento de profunda sinceridad.

Comencé a andar de un extremo al otro del jardín, fija la mirada en el suelo. De pronto, una débil sospecha se hizo certidumbre en mi pensamiento. Me detuve entre los árboles, aspirando el aire a pleno pulmón. Una gran alegría, una satisfacción inenarrable, me embargó el corazón. ¿Es que, realmente, había descubierto ya quién era el matador de Elvira Costa, cómo y por qué le había dado muerte?

Tenía la seguridad de que era así.

Raciocinando serenamente, examinando con calma los pequeños hechos y los hechos importantes y despojándolos de la hojarasca de mentiras, exageraciones y desfiguraciones con que la gente de imaginación viva suele adornarlos, poco a poco fui abriéndome camino en la oscuridad hasta que una luz repentina me iluminó.

Un hallazgo valioso

Yo sabía ya quién era el asesino de Elvira Costa. Pero necesitaba, antes de comunicar su nombre al comisario Navarro, hallar un pequeño trocito de plomo...

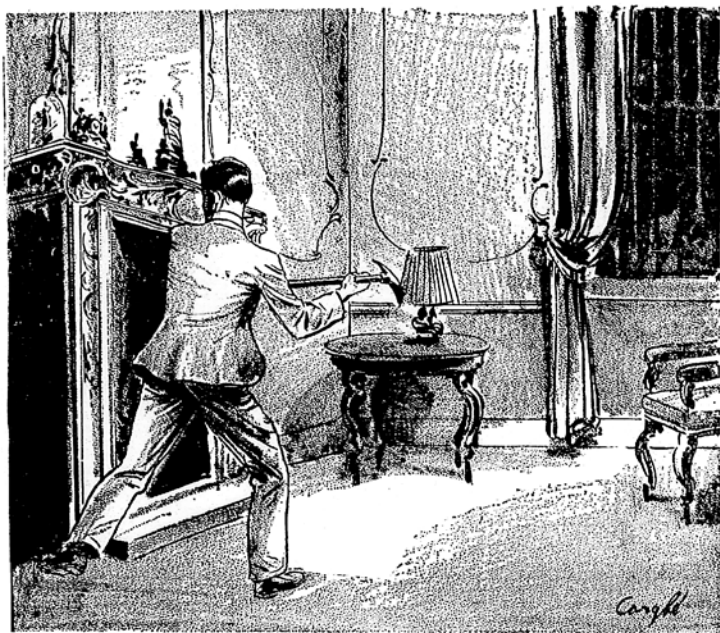
Resueltamente, abandoné a Ana Grimaux en el hall y salí al jardín en busca del jardinero.

—Necesito un pico —le dije.

Me miró extrañadísimo de mi pedido, pero no contestó una palabra y me lo trajo. Empuñé la herramienta y entré en el escritorio, cerrando con llave la puerta. Fui directamente hacia la chimenea y comencé a golpear los ladrillos del cañón. Mi torpeza y la nerviosidad que me invadía retrasaron la labor.

Los golpes del pico repercutían en toda la casa. La vieja chillaba horriblemente frente a la puerta, dando puñetazos contra las tablas. Por las ventanas del jardín asomaban caras curiosas. La ruda voz de Malone me increpaba desde afuera... Yo oía todo esto como en sueños, absorbido por entero por mi labor... Gruesas gotas de sudor cubrían mi frente.

Los ladrillos fueron cayendo sobre la hornalla con gran estrépito. Ansiosamente fui examinándolos uno por uno, hasta hallar lo que buscaba.



Cómo aclaré el crimen: los sospechosos

Desde el mismo momento en que me enteré del crimen de Elvira Costa y de las circunstancias que lo rodearon, todos mis pensamientos, todos mis afanes, convergieron en un solo propósito: descubrir al asesino. Sentía una impaciencia febril por poder decir al comisario Navarro: “Fulano la mató”. Pero el esclarecimiento del dramático suceso, a medida que avanzábamos en la investigación, se tornaba más difícil. Surgían nuevas pistas y cada uno de los hombres y las mujeres que rodearon a Elvira Costa en vida, aparecía a mis ojos, por instantes, con vehementes indicios de culpabilidad.

Con todos los sospechosos —es decir: con todas las personas, casi, que he mencionado hasta ahora en mi relato— decidí hacer una lista, en esta forma:

Grupo de los muy sospechosos:

1°) Ramiro Ortúzar.

2°) Ana Grimaux.

3°) Federico Robierti.

Grupo de los sospechosos:

4°) El Alemán.

5°) Honorato Malone (el cochero).

6°) Pascual Robierti.

7°) Raúl Fernández Acuña.

8°) Isabel Ortúzar.

9°) Enrique Dantegui.

Grupo de los menos sospechosos:

10°) María Navarro (la cocinera).

11°) Marta López (la mucama).

12°) Ramón Fernández (el jardinero).

13°) Zoilo Pertini (el peón).

Grupo de los casi no sospechosos:

14°) Francisco Sturla.

15°) Rafael Torres.

16°) El carrero.

Según esta lista, el número puesto a la izquierda de cada nombre servía para indicar su calidad de más o menos sospechoso. Así, por ejemplo, el más sospechado de todos me resultaba el N° 1 (Dr. Ortúzar), y el menos sospechoso el N° 16 (el carrero que ayudó a Federico Robierti frente al chalet de los Ferguson).

El lector podrá juzgar si esta clasificación estaba o no bien hecha.

¿Quiénes, de entre esas diez y seis personas, habían declarado la verdad? ¿Quiénes habían mentido? Pensé que, invirtiendo la lista, es decir, empezando por el número 16, tenía en orden decreciente de probabilidades, las personas que nos habían dicho la verdad o que más se habían ajustado a ella al responder a nuestras preguntas.

Con esa lista delante, procuré aclarar el enigma de la muerte de Elvira Costa.

Primera conclusión

Comencé con la declaración del N° 14 que, por pertenecer al grupo de los casi no sospechosos, daba yo por sentado que se ajustaba a la verdad. ¿Qué es lo que dijo Francisco Sturla?

Sturla dijo que yendo de Buenos Aires a Villa Ballester en el tren que llega a la última de las localidades nombradas a las 8:47 horas de la noche, vio dos figuras blancas “como de personas”, “en la puerta” posterior de La Madreselva, y un caballo en el camino.

Dos bultos blancos, como de personas. ¿Esas personas serían hombres o mujeres? La respuesta no resultaba difícil: solo las mujeres llevan —o llevaban en aquel mes de diciembre— vestidos claros.

Esas dos mujeres estaban “en la puerta”, pero en el caso de que esta estuviera cerrada, de acuerdo con las averiguaciones practicadas por nosotros y por Rossi y Diéguez, ¿de qué lado del cerco se hallarían? A través de la puerta o a través del alambrado que cercaba La Madreselva, puede verse perfectamente cualquier “bulto blanco”, desde luego. Es fácil comprobarlo: colóquense dos personas, junto a un alambrado, una de cada lado del mismo: miradas desde cierta distancia, si es de noche, no podrá distinguirse de qué lado del cerco se halla cada una.

Conclusión: Dos personas —mujeres, probablemente— se hallaban junto a la puerta posterior de La Madreselva cuando pasó el tren que llegó a Villa Ballester a las 8:47 del día del crimen. En el camino, había un caballo.

El tren de las 8:47 horas

Examinemos de nuevo la lista de nombres que yo he preparado. En el grupo de los menos sospechosos, tenemos el N° 12: Ramón Fernández, el jardinero. Él dijo en su declaración:

“Vimos salir por la puerta lateral de la casa a la señora Elvira. Iba hacia el jardín, cantando alegremente”.

Y cuando yo le pregunté hacia qué lado del jardín se dirigió, repuso:

“Supongo que hacia la parte del jardín que está detrás de la casa, que es el lugar donde hay más flores. Digo esto porque a la luz de un tren, que pasó en ese momento, traté de ver a la señora Elvira y no lo conseguí”.

¿Qué conclusión puede sacarse de esto? La de que en el tren que pasó en ese momento viajaba Francisco Sturla. La hora del disparo que alarmó a todos los habitantes de la casa quinta, según Ana Grimaux (¡ojo! lleva el N° 2 y pertenece al grupo de los muy sospechosos) era las 8:45.

Después se cerró la puerta lateral de la casa (Declaraciones de Marta López, Ramón Fernández, Zoilo Pertini, etc.).

Los dos disparos

Dentro de la casa, estaban en ese momento solo Ana Grimaux, Elvira Costa y Ramiro Ortúzar. Sonó una denotación de arma de fuego. Acudieron los criados: Elvira Costa estaba muerta.

“A su lado, en el suelo, vi un revólver oscuro que humeaba aún”, declaró Ramón Fernández. Ese revólver debía ser el de calibre 32, al que le faltaba un proyectil que no pudimos hallar por ninguna parte. Si realmente humeaba, acababa de hacerse fuego con él. La detonación escuchada en toda la quinta provenía de ese revólver, a menos que, como suponía el comisario Navarro, simultáneamente se hubiera hecho fuego con otro, de modo que las dos detonaciones parecieran una sola. (Estas suposiciones se basan en el hecho de que Elvira Costa falleció por causa de la herida provocada por un proyectil de calibre 38).

La suposición de Navarro parecía acertada, pero me hice esta pregunta: ¿Pudieron sonar los dos disparos en diferentes momentos? En caso afirmativo, ¿cómo no se oyó el disparo del revólver de calibre 38?

“... Y eso, ¿qué tiene que ver con el hecho de que yo no haya escuchado el balazo? A lo mejor, en ese momento pasaba el tren...”, había declarado Honorato Malone.

Y al preguntarle yo: “¿Se oye mucho el paso del tren desde aquí?”. Repuso:

“Sí, como que está del otro lado del camino. Puede decirse que lo tenemos encima”.

Conclusión: los dos revólveres —el de calibre 38 y el de calibre 32— fueron disparados simultáneamente o se hizo fuego con el primero cuando pasaba el tren y con el segundo en el momento que todos los sirvientes de La Madreselva recuerdan. Y cuando pasaba el tren, no lo olvidemos, Elvira Costa estaba en el jardín. ¿Y no es lógico pensar que, probablemente, fuera ella una de las dos figuras femeninas que vio Sturla?

Dónde fue herida

Nadie salió de la casa desde que sonó el disparo hasta que llegamos nosotros (declaración de la mucama), con excepción de las personas que acudieron al escuchar los gritos del doctor Ortúzar. (Alguna de esas personas pudo, por otra parte, llevarse el revólver de calibre 38). ¿Fue instantánea la muerte de Elvira Costa? La única declaración sobre el particular proviene del esposo de la víctima (muy sospechoso). Esa declaración se ajustaría a los hechos si los dos revólveres fueron disparados simultáneamente. En caso contrario, lo afirmado por el doctor Ortúzar sería falso, pues el disparo del revólver de calibre 38 solo pudo ser hecho, de acuerdo con

las conclusiones anteriores, cuando Elvira Costa estaba en el jardín. ¿Pudo ser herida allí la esposa del médico y fallecer en el escritorio? Veamos lo que dice Marta López:

“El caso es que volvió al rato (Elvira Costa) con un gran ramo de flores. Entró enseguida en la casa”.

A mi pregunta de si había notado en ella algo raro, repuso:

“No. Pero oí que llamaba a su esposo”.

“¿En qué forma lo llamaba? ¿Gritando?”, volví a preguntar.

“No, en voz baja: ‘Ramiro, Ramiro...’”, dijo. “Parecía que pedía ayuda porque las flores que llevaba en los brazos se le iban al suelo”.

Me pregunté: ¿Por qué las flores estaban manchadas de sangre en los tallos y por qué suponía yo que las manchas sangrientas del jardín habían sido causadas por el Alemán? ¿Era lógico pensar, acaso, que el Alemán hubiera entrado en la casa antes de ser sorprendido en el jardín? ¿No podía ser sangre de Elvira Costa la que vi frente a la puerta lateral?

Dejé correr un poco la imaginación. Creía hallarme en el buen camino, pero procuraba por todos los medios confirmar mis presunciones.

Sobre esa hipótesis, reconstruyamos la escena. Elvira Costa sale al jardín, sola, a buscar flores, según dice. Ese debe ser un pretexto para ver a alguien, entrevistarse con alguien. ¿Con quién? Con una mujer que ha llegado a caballo o en un carruaje. Corta algunas flores, aguardando. La otra está del otro lado del alambrado, sobre el camino. Discuten. Suena un balazo en el momento en que pasa el tren. (Sturla vio a las dos mujeres volviendo la mirada hacia atrás). Elvira Costa, oprimiendo las flores contra la herida que la desangra, va hacia el escritorio, llamando a su esposo.

¿Por qué el doctor Ortúzar no dice a nadie una palabra de esto y ordena cerrar la casa y que se acuesten los sirvientes?

Tengamos presente que, según mi hipótesis, fue una mujer la que hirió de muerte a Elvira Costa. ¿Y por qué mujer el doctor se complica, con su silencio, en el crimen de su esposa? La respuesta no es difícil: por su hija. Isabel es la persona que, alterada por el champán que acababa de tomar y luego de ver cómo Federico —con quien mantenía relaciones amorosas— daba una carta a Elvira Costa, puede perder todo dominio de sí. Esa mujer, a los ojos de la muchacha, le robaba al ser querido —es de pensar que tuviera ya a ese respecto alguna información o alguna sospecha— y traicionaba a su padre la misma noche de su boda. Enloquecida, dice unas palabras al oído de Elvira Costa que pudieron ser estas: “La espero en el jardín”. Después, el crimen.

En síntesis, mi hipótesis era esta: Isabel Ortúzar, desde el camino y a través del alambrado, disparó un revólver de calibre 38 contra Elvira Costa. Esta, herida, fue hasta el escritorio y murió en el sillón. Las flores estaban caídas del lado derecho, junto a la mano entreabierta, en el momento en que entramos al escritorio de La Madreselva por vez primera.

La simulación del suicidio

Admitiendo que estuviera en lo cierto y que mi hipótesis fuera exacta hasta en sus menores detalles, tendríamos que el Dr. Ortúzar, con el objeto de salvar del desprestigio y de la cárcel a Isabel, simuló el suicidio de su esposa. Para ello, no tuvo más que hacer un disparo con su revólver de calibre 32 que guardaba en un cajón del escritorio, según su declaración. ¿Y dónde hacer ese disparo como no sea dentro del cañón de la estufa, si ha pensado un momento en que la huella de la bala en la pared o en el techo podía llamar la atención de la policía?

Si fue Isabel Ortúzar quien dio muerte a Elvira Costa, ¿cómo puede explicarse su presencia en el camino, frente a La Madreselva, a la hora en que ocurrió el hecho?

Cuando pregunté a Rafael Torres (N° 15 en mi lista, lo que significa que casi no me resultaba sospechoso) si sabía a qué hora habían vuelto a La Colorada de su visita a La Madreselva, Isabel, Fernández Acuña y los dos Robierti, dijo:

“No, señor; pero supongo que no serían más que las ocho y media, aunque bien puede ser que esté equivocado”. Con esa salvedad no le di ninguna importancia a sus palabras. Pero cuando le pregunté si los cuatro llegaron en los sulkys, repuso:

“Lo ignoro. Yo estaba en la cocina cuando fueron llegando. Únicamente los vi entrar en la casa”.

Y también dijo:

“Vinieron, primero, los señores Fernández Acuña y Robierti y, al rato, la niña Isabel y el niño Federico”.

Todo esto resultaba interesante tenerlo en cuenta por cuanto no estaba probado que regresaron en los sulkys.

Por su parte, el carrero que ayudó a Federico a sacar el sulky de entre el barro, frente al chalet de los Ferguson, dijo que su intervención se había producido “después de las nueve, con seguridad”. Dato impreciso y de escaso valor.

Varios detalles

Si realmente Isabel estuvo en el camino frente a Elvira Costa y la hirió de muerte, es poco probable que junto a sí —hipótesis sobre hipótesis— tuviera a Federico. Por otra parte, Sturla no alcanzó a ver más que dos figuras humanas.

Varios detalles parecían confirmar mi hipótesis: la vehemencia de Federico, que sin duda sabía lo que había hecho

Isabel; su propósito de hacer desaparecer el revólver; su deseo de que no se ahondase la investigación; la inquietud del doctor Ortúzar cuando le dijimos que sabíamos que su esposa había sido asesinada; su aparición en la comisaría, ante el temor de que le estuviéramos tomando declaración a su hija; su afán de destruir la única prueba del crimen; la nerviosidad de Elvira Costa la tarde del hecho; la comprobación de que los perros no habían ladrado cuando la víctima salió al jardín; etc., etc. Otros detalles, que no habrán escapado al lector, daban más fuerza a mi hipótesis.

Ya podía contestar yo a las preguntas que Navarro formulara noches atrás en la oscuridad del jardín: ¿Quién la mató? ¿Cómo la mató? ¿Por qué la mató?

Pero todavía faltaba averiguar qué había ido a hacer en La Madreselva el Alemán. Supuse que a robar, simplemente. Probablemente a buscar unos papeles en el escritorio —para eso tenía el plano de esa habitación— y que como no lo pudo hacer la noche del trágico hecho, el propio administrador de El Arenal intentó robarlos el día siguiente, cuando yo lo sorprendí en actitud sospechosa.

La confesion de Isabel

Fui a La Madreselva. Pedí hablar con Isabel. Me recibió en el hall, con gesto de pocos amigos.

—Sé todo —le dije.

—¿Qué?

Me miraba fijamente a los ojos, como tratando de leer en mi pensamiento.

—Sé todo —repuse con calma.

—¿Qué sabe usted? —Su voz era áspera, agresiva.

Le puse la mano en el hombro:

—¡Pobre muchacha!...

El tono de sincero pesar con que formulé estas palabras, hizo que sus ojos se empañaran de lágrimas y que una expresión de dolor, de angustia terrible, se dibujara en su semblante. Todavía tuvo el valor de decir:

—¿No sé por qué me compadece usted?

No pudo resistir mi mirada. Repentinamente se había convertido en una muchacha débil y llena de miedo.

Bruscamente se dio vuelta, para huir de mí.

La tomé de un brazo, y con la audacia con que procedía siempre en los interrogatorios, le dije que teníamos testigos de que ella había hecho fuego contra Elvira Costa, desde el camino.



Después le pregunté:

—¿No tiene miedo de que se entere de esto su padre?

—Solo esto faltaba... —murmuró—. Mi pobre padre no resistirá este golpe, ni yo tampoco. Prefiero morir antes que ir presa...

Sollozaba silenciosamente.

—¿Federico presencié todo? —pregunté.

—No —repuso—. Él quedó esperándome cerca de La Colorada. Lo dejé allí, diciéndole que quería volver sola a darle un último abrazo a mi padre. Dijo que esas eran cosas de chicas, pero me dejó ir...

—¿El revólver?...

—Era de Federico. Estaba en el sulky, bajo el asiento. Al volver, enloquecida...

—Encajó el sulky en el barro del camino, frente al chalet de los Ferguson...

—Efectivamente.

—¿Usted citó a Elvira Costa en el jardín?

—Sí.

—¿Después que encajó el sulky?

—Me uní a Federico y regresamos juntos y a pie a La Colorada. Luego fue él por el sulky...

—¿Sabe usted que vino a hacer el Alemán aquí?

Isabel contestaba mecánicamente mis preguntas.

—Sí, Federico lo descubrió. Vino a buscar unos recibos de ventas de haciendas que comprometían al administrador. Como el padre de Federico ha perdido tanto dinero en el juego...

—¿Y el asesinato del Alemán?

—Federico dice que su padre le juró que nada tiene que ver con ese hecho.

Una felicitación

11:00 de la mañana. El sol se colaba por la puerta abierta en el despacho del comisario Navarro. Estaba sentado frente a la mesa, ojeando unos papeles. Le bastó una mirada para descubrir la satisfacción que escapaba por todos mis poros.

—¿Quién?... —preguntó, poniéndose de pie.

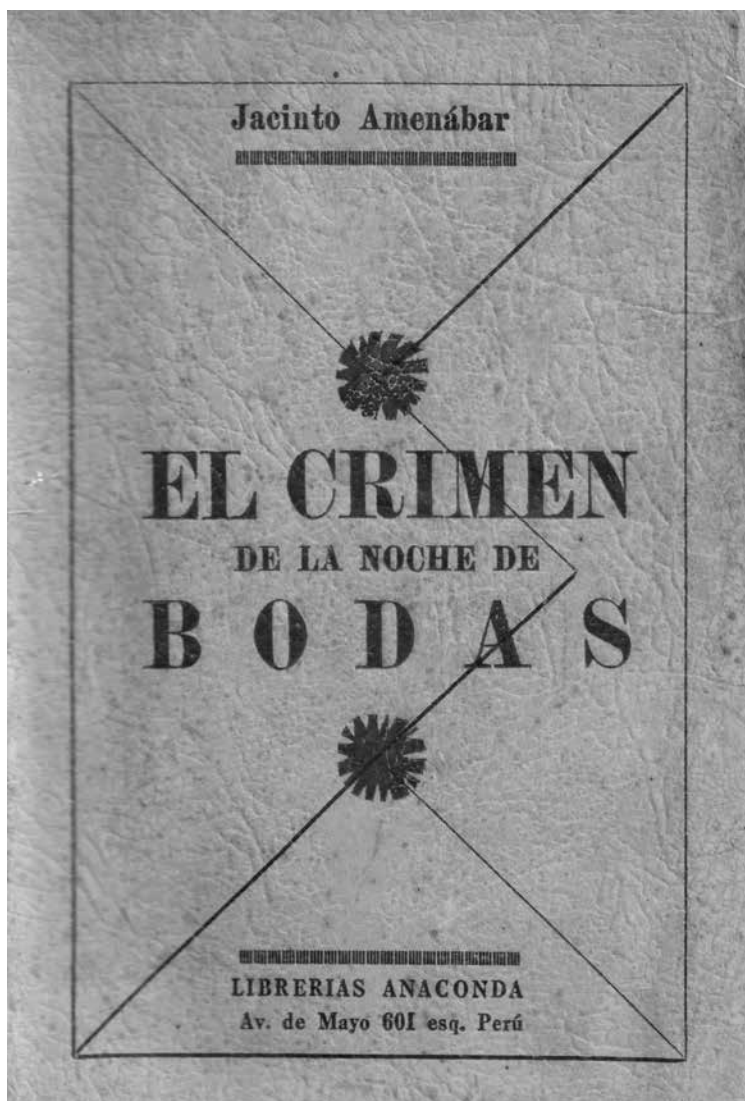
Se lo dije. Le conté todas las novedades.

Me estrechó entre sus brazos poderosos.

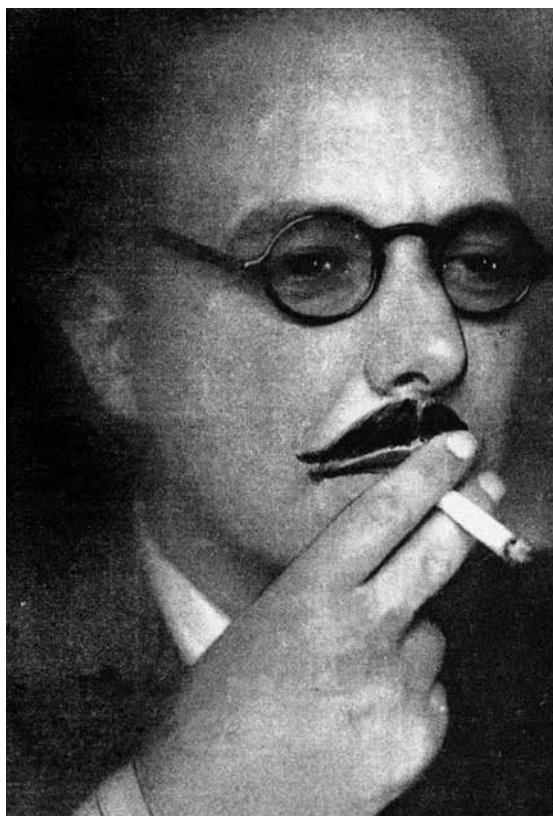
—Amenábar, hijo mío —exclamó—, lo felicito de todo corazón. Es usted, ya, un pesquisante excepcional. Me honra esta investigación, pero es preciso que nadie se entere de ella en muchos años.

Estaba conmovido como nunca lo había visto antes. Las lágrimas aumentaban el brillo de sus ojos.

FIN



Portada de la edición original en formato libro (Anaconda, 1933), posterior a la publicación en fascículos en *Noticias Gráficas*.



SALVADOR CORDONE / JACINTO AMENÁBAR

Bosquejo biográfico

Salvador Cordone nació el 10 de marzo de 1903. Hijo de Domingo Faustino Cordone y de Concepción Pezzoti, junto a su hermano Alberto participó en diversidad de proyectos literarios.

Su primera empresa periodística fue en 1928 como redactor para *La Cancha. Revista Argentina de Deportes* que competía, por aquellos años, con el pujante semanario *El Gráfico* publicado por la editorial Atlántida.

En 1931, comenzó a publicarse el diario *Noticias Gráficas* en los talleres de *La Nación*. Alberto Cordone asumió el cargo de director y llamó a Salvador para que se desempeñara como jefe del Departamento Comercial y secretario de Redacción. Para ese diario, Salvador Cordone comenzó a escribir la novela por entregas *El crimen de la noche de bodas*, que llevaba el sugerente subtítulo de *Memorias del pesquisante Jacinto Amenábar* (heterónimo que, a partir de entonces, usaría para firmar toda su obra literaria). El texto estaba acompañado de un pequeño recuadro con el título *Lo que el lector debe descubrir* (más adelante pasó a tener otro más explícito: *¿Quiere usted hacer la investigación de este crimen?*), donde los editores aseguraban que se trataba de un suceso verídico que había sido ligeramente maquillado para no afectar a sus protagonistas. En ese recuadro se desafiaba a los lectores a que descubrieran la identidad del asesino como así también los motivos que lo llevaron a cometer el asesinato.

La publicación se imprimió en la edición vespertina del diario y se extendió durante un mes (desde el 6 de julio hasta el 6 de agosto de 1933). Poco después, Anaconda realizó una sencilla edición de la novela con ligeras mejoras estilísticas. El lanzamiento del folletín fue a toda orquesta: Radio Stentor transmitió una representación del primer capítulo y también se solicitó, día a día, la colaboración activa de los lectores para la resolución del crimen. Las respuestas se premiaron con dos modernos juegos de muebles de la casa Harrods. Durante los años siguientes, motivado por su éxito como autor radioteatral, Cordone escribió una serie de notas y estampas de temática policial para el diario *Noticias Gráficas*.

Coincidiendo con el debut de la flamante LS8 Radio Stentor, a partir del 5 de octubre de 1933 comenzó a emitirse el radioteatro *Aventuras de Carlos Norton* en los salones del Hotel Castelar, situado sobre Avenida de Mayo al 1000. Esta obra, del mismo autor de *El crimen de la noche de bodas* y firmada con su reconocido seudónimo, se transformó de inmediato en un éxito de público. Se trataba de una narración policial con ínfulas de folletín romántico, protagonizada y dirigida por el actor Roberto Salinas, que encarnaba al apuesto detective Carlos Norton. Este personaje era secundado por Olga Levingston (Emma Bernal), que cumplía el papel de *partenaire* romántico; Otto Kraus (Gustavo Alaiza), un chofer alemán que llevaba sobre sus hombros el peso cómico del radioteatro; y Juan Lorsi (Ricardo Bustamante), un malvado y repulsivo jorobado, némesis de Carlos Norton. La primera novela se tituló *El misterio del ojo de vidrio*. Tras sesenta episodios sensacionales, concluyó el 5 de diciembre de 1933.

El 23 de agosto de ese año, la revista *Altavoz* publicó una reseña que describe muy bien el éxito alcanzado por esta obra, que, en palabras de especialistas, fue el primer radioteatro policial argentino:

Jacinto Amenábar, periodista de enjundia y de talento, consagrado en el género policial, ha escrito este folletín de aventuras que se irradia por Radio Stentor. Hubiera podido caer en la truculencia barata y en la exageración “cursilona” y llorosa que suelen ser tan frecuentes en el género. Pero ha preferido mantener una línea de dignidad literaria, sin sacrificar por ello el apasionante interés de su novela. De este modo, *Las aventuras de Carlos Norton* se ha convertido en la audición oral más sintonizada, pues ha sabido armonizar los gustos de todos los públicos, aun del público culto que estaba prevenido contra el folletín radiotelefónico.

Carlos Norton es el personaje novelesco por excelencia: ladrón a ratos, detective y filántropo en otros. Es una mezcla moderna y porteña de Arsenio Lupin y Sherlock Holmes. Encarnado por el actor Roberto Salinas, joven comediante de exitosa actuación en los escenarios, Carlos Norton se ha convertido en el ídolo de las mujeres y de los niños del país. A su lado se destaca Emma Bernal, en el papel de Olga, la novia de Norton; Gustavo Alaisa, que ha consagrado un tipo de alemán ocurrente y simpático; Leonor Lima, prestigiosa figura del teatro nacional; Emilia Harolds; Juanito Vehil y el pibe Raulito, un artista precoz que le tiene robado el sueño a toda la gente menuda.

A pesar de su infinidad de responsabilidades y tareas, Salvador se hizo también un hueco en sus actividades para escribir los guiones de la historieta *Las aventuras de Carlos Norton*, considerada por Carlos Trillo y Guillermo Saccomano como la primera tira policial con ambiente porteño.

Tras mudarse de emisora en 1935 (de Radio Stentor pasó a La Voz del Pueblo) por desavenencias entre el autor y la radio, el programa se extendió hasta fines de 1936. En total se emitieron

nueve novelas completas, cuyos guiones se imprimieron en la revista homónima *Aventuras de Carlos Norton*. Cada novela se completaba en alrededor de nueve entregas y cada folleto contaba con unas 64 páginas. El orden de las novelas en episodios fue el siguiente: *El misterio del ojo de vidrio*; *El crucifijo de oro*; *La desaparición de Eloísa Navarro*; *El amor de Ana María*; *El cofre de ébano*; *El comandante Fernat*; *El pañuelo gris*; *El rival de Carlos Norton* y *La vuelta de Otto Kraus*.

En 1937 Salvador Cordone volvió a usar su famoso heterónimo de Jacinto Amenábar para firmar una serie de cuentos policiales que se publicaron en la revista *Tipperary*, popular mensual que rara vez dio lugar entre sus páginas a autores nacionales. El ciclo de cuentos se tituló *Los enredos de Martin-Martin* y la serie se extendió desde el número 257 hasta el 261 (desde julio a noviembre). Los casos estaban protagonizados por el periodista Jacinto Amenábar (como ya dijimos, un recurrente heterónimo de Cordone), que portaba la voz del lector, y por un pesquisante aficionado, pero de notable genio deductivo, llamado Martin-Martin. Este detective *amateur* intervenía en los casos una vez satisfecha su pasión por el cine y la novelística policial, afición que siempre era interrumpida por Jacinto, ansioso por resolver los enigmas con los que se topaba. En total se publicaron cuatro cuentos en el siguiente orden: “La dama del cinematógrafo” (nro. 257, julio); “El veneno en la herida” (nro. 258, agosto); “La muerte de Marta Garmendi” (nro. 259, septiembre) y “La coartada” (nros. 260-261, octubre-noviembre).

Un año después, en 1938, su hermano Alberto se colocó a la cabeza de un ambicioso proyecto periodístico con la creación de *Pregón. Un Diario Argentino para el Pueblo Argentino*. El periódico ocupó un edificio sobre la Avenida de Mayo al 600 con sus propios talleres gráficos. Las tareas de Salvador en este diario no están claras, pero es probable que se haya desempeñado como

jefe de Redacción y que su pluma estuviera camuflada bajo el seudónimo de Adolfo Becher en unas breves novelas policiales aparecidas también como folletines, durante los primeros meses del periódico. El diario tuvo entre sus colaboradores a Nicolás Olivari y Raúl González Tuñón y a dibujantes del calibre de Roberto Bernabó y Cristóbal Arteche.

Desde 1942 hasta 1945, Cordone ocupó brevemente el cargo de director de audiciones en la editorial Haynes, responsable de revistas como *PBT* y *Caras & Caretas* (ambas en su segunda época), vehículos oficiales de la propaganda peronista. También, durante 1943, volvieron a emitirse algunos episodios de la exitosa serie de Carlos Norton por Radio El Mundo (también perteneciente al emporio Haynes).

A partir de 1947 —y durante diez años— se desempeñó como secretario de Redacción del diario *Clarín*.

Tras su etapa de gloria en los radioteatros, Cordone no volvió a conocer el éxito. Además de la serie protagonizada por Carlos Norton, el autor escribió novelas radiofónicas y piezas radioteatrales como *Daniel Aldamo, el valiente* —emitida por Radio El Mundo— o *El entrometido señor Rawson* para Radio Belgrano.

Salvador Cordone falleció en Buenos Aires el 17 de enero de 1974, como consecuencia de una trombosis cerebral.

Este ejemplar se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2023
en los talleres gráficos de Área Cuatro.

Colección

Disparos en la Biblioteca

La literatura policial argentina nació en 1877 con la novela *La huella del crimen* de Raúl Waleis. Desde entonces fueron muchos los textos publicados dentro de la vertiente del crimen, el misterio y el enigma detectivesco.

La lectura de los clásicos policiales nacionales siempre quedó en manos de coleccionistas, especialistas o maniáticos.

La Biblioteca Nacional Mariano Moreno presenta esta colección que tiene el objetivo de recuperar textos que rara vez estuvieron al alcance de los lectores, ya fuera por su escasa difusión o por la lejanía temporal de sus primeras ediciones. Son obras que, en virtud de su originalidad, su calidad o, incluso, su excentricidad, reclaman nuevas lecturas.

La publicación en el diario *Noticias Gráficas* del folletín policial *El crimen de la noche de bodas. Memorias del pesquisante Jacinto Amenábar*, a mediados de 1933, fue una respuesta a la aparición de *El enigma de la calle Arcos* en el diario *Crítica* algunos meses antes. Ambas novelas fueron escritas con seudónimos y ambas aseguraban —para conseguir mayor impacto entre los lectores— que se trataba de eventos reales. “No es un folletín: es un relato de un hecho ocurrido hace treinta años”, afirmaban los anuncios.

En el prólogo a esta edición, Sylvia Saítta sostiene que estas dos publicaciones “abren una línea de la novela popular que se caracteriza por estar escrita por periodistas profesionales que convierten en ficción casos policiales realmente existentes ajustando las tramas a las convenciones del género”. En *El crimen de la noche de bodas*, casi todos los personajes son sospechosos. Noventa años después de su primera edición, el mecanismo literario creado por el autor aún persiste en mantener la intriga y la atención hasta su última página. Mérito que solo consiguen los grandes clásicos del género, como merece serlo este libro que el lector tiene entre sus manos.

